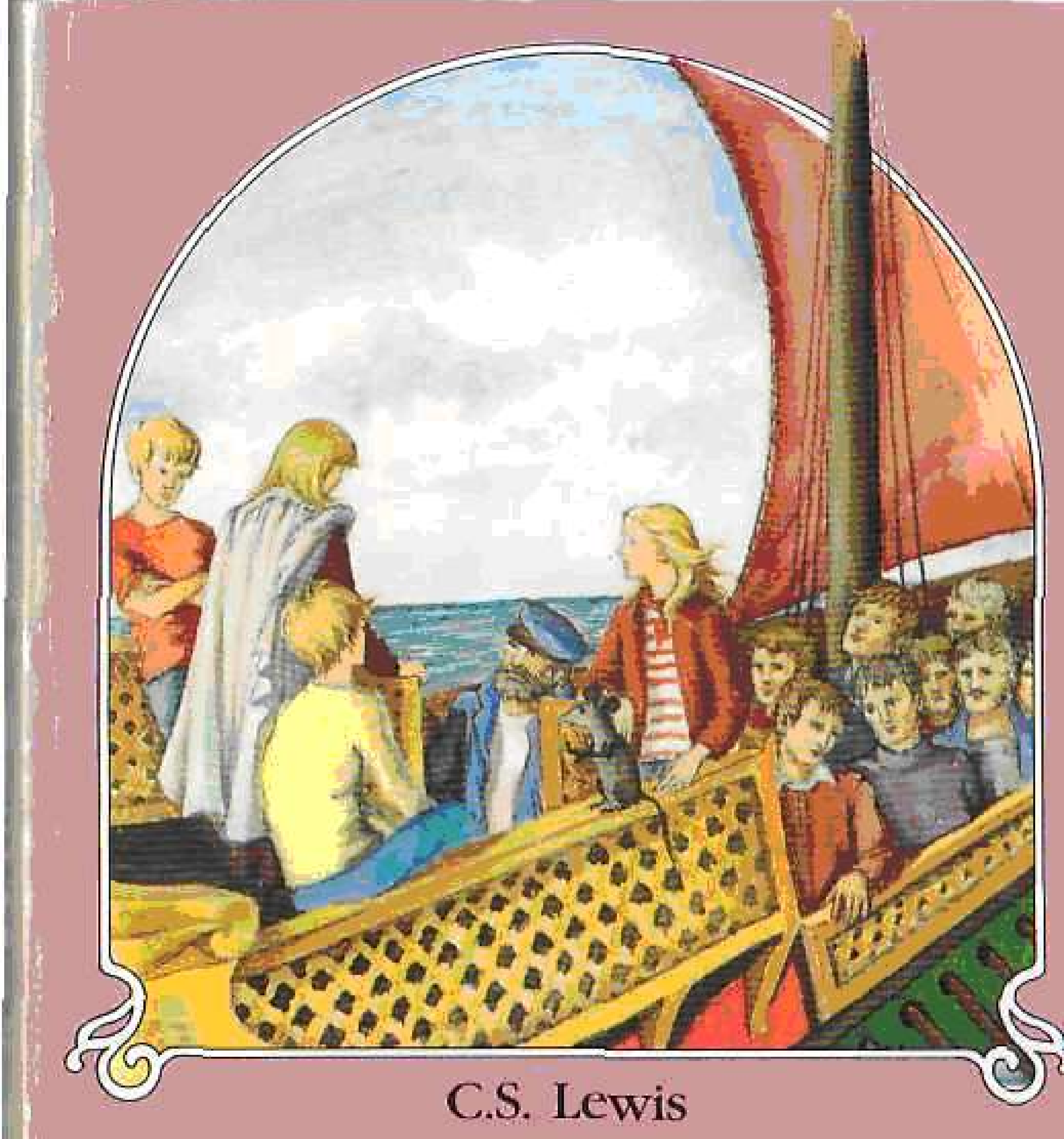


C.S. Lewis

# Las crónicas de Narnia

LIBRO III

## LA TRAVESÍA DEL "EXPLORADOR DEL AMANECER"

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

Primera edición, 1988
Segunda edición, 1990
Tercera edición, 1992



Traducción de
MARIA ELENA PEREZ DE ARCE ARAYA
MARÍA ROSA DUHART SILVA

Distribución sólo para Chile


Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

Inscripción Nª 68.843

Se terminó de imprimir esta cuarta edición
de 5.000 ejemplares en el mes de octubre de 1993

IMPRESORES: Alfabeta

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-0728-5

C. S. LEWIS

# LAS CRONICAS DE NARNIA

## LIBRO III

## “LA TRAVESIA DEL “EXPLORADOR DEL AMANECER”

ILUSTRACIONES DE
ALICIA SILVA ENCINA

COMENTARIO DE
ANA MARIA LARRAIN

EDITORIAL ANDRES BELLO

# I N D I C E

# I EL CUADRO DE LA HABITACION

HABIA un niño llamado Eustaquio Clarence Scrubb[*] y casi merecía ese nombre. Sus padres lo llamaban Eustaquio Clarence y sus profesores, Scrubb. No puedo decirles qué nombre le daban sus amigos, porque no tenía ninguno. El no trataba a sus padres de "papá" y de "mamá", sino de Haroldo y Alberta. Estos eran muy modernos y de ideas avanzadas. Eran vegetarianos, no fumaban, jamás tomaban bebidas alcohólicas y usaban un tipo especial de ropa interior. En su casa había pocos muebles; en las camas, muy poca ropa, y las ventanas estaban siempre abiertas.

A Eustaquio Clarence le gustaban los animales, especialmente los escarabajos, pero siempre que estuvieran muertos y clavados con un alfiler en una cartulina. Le gustaban los libros si eran informativos y con ilustraciones de elevadores de granos o de niños gordos de otros países haciendo ejercicios en escuelas modelos.

A Eustaquio Clarence no le gustaban sus primos, los cuatro Pevensie —Pedro, Susana, Edmundo y Lucía—. Sin embargo, se alegró mucho cuando supo que Edmundo y Lucía se iban a quedar durante un tiempo en su casa. En el fondo le gustaba mandar y abusar de los más débiles; y aunque era un tipo insignificante, ni siquiera capaz de enfrentar en una pelea a Lucía, ni mucho menos a Edmundo, conocía muchas maneras de hacer pasar un mal rato a cualquiera, especialmente si estás en tu propia casa y ellos son sólo visitas.

Edmundo y Lucía no querían por ningún motivo quedarse con sus tíos Haroldo y Alberta. Pero realmente no lo pudieron evitar. Ese verano su padre fue contratado para dictar conferencias en Norteamérica durante dieciséis semanas y su madre lo acompañó, pues desde hacía diez años no había tenido verdaderas vacaciones.

Pedro estudiaba sin descanso para un examen y aprovecharía sus vacaciones para prepararse con clases particulares del anciano profesor Kirke, en cuya casa los cuatro niños tuvieron fantásticas aventuras mucho tiempo atrás, en los años de la guerra. Si el profesor hubiera vivido aún en aquella casa, los habría recibido a todos. Pero, por diversas razones, se había empobrecido desde aquellos lejanos días y ahora habitaba una casita de campo con un solo dormitorio para alojados.

Llevar a los otros tres niños a Norteamérica resultaba demasiado caro, así es que sólo fue Susana. Los adultos la consideraban la belleza de la familia, aunque no una buena estudiante (a pesar de que en otros aspectos era bastante madura para su edad). Por eso, mamá dijo que "ella iba a aprovechar mucho más un viaje a Norteamérica que sus hermanos menores". Edmundo y Lucía trataron de no envidiar la suerte de Susana, pero era demasiado espantoso tener que pasar las vacaciones en casa de sus tíos.

—Y para mí es muchísimo peor —alegaba Edmundo—, porque tú, al menos, tendrás una habitación para ti sola; en cambio yo tengo que compartirla con ese requete apestoso de Eustaquio.

La historia comienza una tarde en que Edmundo y Lucía aprovechaban unos pocos minutos a solas. Por supuesto, hablaban de Narnia; ese era el nombre de su propio y secreto país. Yo supongo que la mayoría de nosotros tiene un país secreto, pero en nuestro caso es sólo un país imaginario. Edmundo y Lucía eran más afortunados que otras personas: su país secreto era real. Ya lo habían visitado dos veces; no en un juego ni en sueños, sino en la realidad. Por supuesto habían llegado allí por magia, que es el único camino para ir a Narnia. Y una promesa, o casi una promesa que se les hizo en

[*] *Scrub* significa mezquino, despreciable. (N. del T.).

Narnia mismo, les aseguraba que algún día regresarían. Te podrás imaginar que hablaban mucho de todo eso, cuando tenían la oportunidad.

Estaban en la habitación de Lucía, sentados al borde de su cama y observaban el cuadro que colgaba en la pared frente a ellos. Era el único de la casa que les gustaba. A tía Alberta no le gustaba nada (por eso el cuadro había sido relegado a la pequeña pieza del fondo, en el segundo piso), pero no podía deshacerse de él porque se lo había regalado para su matrimonio una persona a quien no quería ofender.

Representaba un barco... un barco que navegaba casi en línea recta hacia uno... La proa era dorada y tallada en forma de una cabeza de dragón con su gran boca abierta; tenía sólo un mástil y una gran vela cuadrada, de un vivísimo color púrpura. Los costados del barco, lo que se podía distinguir de ellos al final de las alas doradas del dragón, eran verdes. El barco acababa de encumbrar sobre la cresta de una imponente ola azul que, al reventar, casi se te venía encima, llena de brillos y burbujas. Obviamente, el barco avanzaba muy veloz impulsado por un alegre viento, inclinándose levemente a babor. (A propósito, si van a leer esta historia y si aún no lo saben, métanse bien en la cabeza que en un barco, mirando hacia adelante, el lado izquierdo es babor y el derecho, estribor.) Toda la luz del sol bañaba ese lado de la nave, y allí el agua se llenaba de verdes y morados. A estribor, el agua era de un azul más oscuro debido a la sombra del barco.

—Me pregunto —comentó Edmundo— si no será peor mirar un barco de Narnia cuando uno no puede ir allí.

—Incluso mirar es mejor que nada —señaló Lucía—, y la verdad es que ese es un barco típico de Narnia.

—¿Siguen con su viejo jueguito? —preguntó Eustaquio Clarence, que había estado escuchando tras la puerta, y entraba ahora en la habitación con una sonrisa burlona.

Durante su estada con los Pevensie el año anterior, se las arregló para escuchar cuando hablaban de Narnia y le encantaba tomarles el pelo. Por supuesto que pensaba que todo esto era una mera invención de sus primos, y como él era incapaz de inventar algo por sí mismo, no lo aprobaba.

—Nadie te necesita aquí —le dijo fríamente Edmundo.

—Estoy tratando de hacer un verso —dijo Eustaquio—, algo más o menos así:

"Por inventar juegos sobre Narnia, algunos niños están cada vez más chiflados".

—Bueno, para comenzar, Narnia y chiflado no riman en lo más mínimo —dijo Lucía.

—Es una asonancia —contestó Eustaquio.

—No le preguntes lo que es una aso-cómo-se-llama —pidió Edmundo—. Lo único que quiere es que se le pregunten cosas. No le digas nada y a lo mejor se va.

Frente a tal acogida, la mayoría de los niños se habría mandado cambiar o, por lo menos, se habría enojado; pero Eustaquio no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que se quedó allí dando vueltas, con una mueca burlesca, y en seguida comenzó nuevamente a hablar.

—¿Les gusta ese cuadro? —preguntó.

—¡Por el amor de Dios! No lo dejes que se ponga a hablar de arte y todas esas cosas —se apresuró a decir Edmundo.

Pero Lucía, que era muy sincera, ya había dicho que a ella sí le gustaba y mucho.

—Es un cuadro pésimo —opinó Eustaquio.

—No lo verías si te vas para afuera —dijo Edmundo.

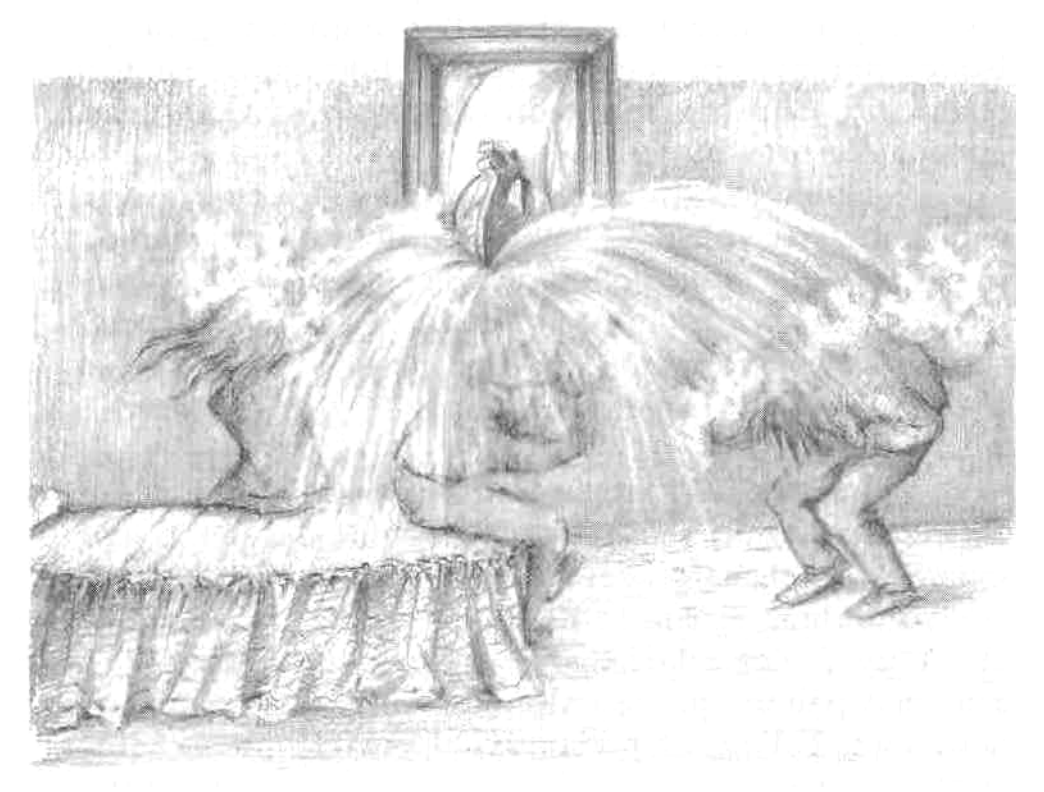
—¿Por qué te gusta? —preguntó Eustaquio a Lucía.

—Bueno, por una razón muy simple —respondió Lucía—: realmente el barco parece moverse. Y el agua se ve como si estuviera en verdad mojada. Y las olas se ven

como si en verdad subieran y bajaran con la marea.

Es evidente que Eustaquio podría haber respondido de mil maneras a este comentario, pero no dijo nada, porque en ese mismo momento miró las olas del cuadro y vio que efectivamente parecían subir y bajar. Sólo una vez había estado en un barco (y aquella vez únicamente hasta la cercana isla de Wight) y se mareó en una forma horrible. El ver las olas en el cuadro lo hizo volver a experimentar esa desagradable sensación; se puso verde y trató de mirar otra vez, pero en ese momento ocurrió algo que hizo que los tres niños quedaran con la boca abierta, mirando con ojos fijos.

Seguramente lo que ellos vieron es difícil de creer cuando se lee en un libro, pero el presenciarlo fue igualmente increíble. Todos los elementos del cuadro comenzaron a moverse, pero no como ocurre en el cine, ya que los colores eran demasiado claros, limpios y reales como para una película. Se sumergió la proa de la nave en la ola, haciendo explotar una masa de espuma; luego la ola se alzó tras el barco y por primera vez se pudieron ver su popa y cubierta, pero pronto volvieron a desaparecer con el impacto de la siguiente ola que lo azotó, levantando nuevamente su proa. En ese mismo momento, un cuaderno que estaba tirado en la cama al lado de Edmundo comenzó a agitarse, luego se elevó y, por último, cruzó suavemente los aires hacia la muralla que estaba tras él. Lucía sintió que su peló le azotaba la cara como en los días de viento; y ese era un día ventoso, pero el viento soplaba desde el cuadro hacia ellos. Y de pronto, junto al viento vinieron los ruidos: el murmullo de las olas, el golpe del agua contra los costados del barco, los crujidos y el fuerte rugido constante que el agua y el aire producían de proa a popa. Pero fue el olor, ese olor violento y salado, lo que finalmente convenció a Lucía de que no estaba soñando.



—¡Basta! —se oyó la voz chillona de Eustaquio, rechinando de miedo y rabia—. Esto debe ser un truco estúpido inventado por ustedes. ¡Basta! Se lo diré a Alberta... ¡Ay!

Los otros dos niños estaban más acostumbrados a las aventuras, pero así y todo cuando Eustaquio dijo “Ay”, ambos dijeron “Ay” al mismo tiempo. La causa fue una

gran ola salada y fría que reventó justo fuera del cuadro, dejando a los niños sin respiración por su chasquido, además de completamente empapados.

—¡Voy a hacer añicos esa porquería! —gritó Eustaquio.

Y a continuación sucedieron muchas cosas al mismo tiempo. Eustaquio se precipitó hacia el cuadro. Edmundo, que sabía algo de magia, dio un salto y corrió tras él advirtiéndole que tuviese cuidado y no fuera tonto. Lucía trató de cogerlo por el otro lado, pero fue arrastrada hacia adelante. Y ahora sucedía que o bien ellos se achicaron, o el cuadro se hizo más grande. Eustaquio saltó para tratar de descolgarlo de la pared y de pronto se encontró parado en el marco; lo que vio frente a sí no era un vidrio, sino que el mar de verdad, y viento y olas que se precipitaban contra el marco, como contra una roca. Se desequilibró y trató de agarrarse a los otros dos, que habían saltado a su lado. Hubo un segundo de lucha y griteríos, y cuando creyeron haber recuperado el equilibrio, se levantó a su alrededor una gran ola azul que los arrastró y los precipitó al mar. El grito desesperado de Eustaquio se acalló repentinamente cuando se le llenó la boca de agua.

Lucía dio gracias a Dios por haber practicado mucho su natación durante el verano anterior; pero no se puede negar que le habría ido mejor con brazadas más lentas y si el agua no estuviera mucho más fría de lo que parecía cuando era sólo un cuadro. Aun así, mantuvo la calma y se sacó los zapatos con los pies, como debe hacerlo cualquier persona que cae al agua vestida. También mantuvo la boca cerrada y los ojos abiertos. Estaban aún muy cerca del barco; Lucía pudo ver su costado verde alzándose muy alto sobre ellos, y gente que la miraba desde cubierta. Entonces, como era de esperar, Eustaquio se aferró a ella en un ataque de pánico y ambos se hundieron.

Al salir a flote nuevamente, Lucía pudo distinguir una figura blanca que se zambullía desde uno de los costados del barco. Edmundo estaba bastante cerca de ella, pataleando en el agua y había cogido por los brazos a Eustaquio que aullaba de terror. Luego, por el otro lado, alguien más, cuyo rostro le era vagamente familiar, la sostuvo firmemente. Del barco se oía una serie de gritos y en la borda se podía ver a un sinnúmero de personas apiñadas unas contra otras, arrojando las cuerdas. Edmundo y el desconocido le amarraron una alrededor de ella. Después vino lo que pareció una espera muy larga, durante la cual su cara se puso azul y comenzaron a castañetearle los dientes. En realidad, la demora no fue tan grande como parecía. Estaban esperando el momento oportuno para subirla a bordo del barco, sin correr el riesgo de que se golpeara contra su costado. Pero a pesar de todos los esfuerzos, Lucía vio que tenía una rodilla magullada cuando, finalmente, estuvo en la cubierta goteando y tiritando. Luego, de un tirón subieron a Edmundo y, en seguida, al desdichado Eustaquio. Al último subió el desconocido, un muchacho de pelo dorado, algunos años mayor que los niños.

—¡Ca... Ca... Caspian! —balbuceó Lucía muy sorprendida apenas hubo recuperado el aliento. Pues era Caspian, el joven rey de Narnia, a quien ellos ayudaron a obtener el trono durante su última visita. Edmundo también lo reconoció y los tres se dieron la mano y se palmotearon la espalda con gran júbilo.

—¿Quién es este amigo de ustedes? —dijo Caspian casi al instante y se volvió a Eustaquio con su alegre sonrisa.

Pero Eustaquio lloraba mucho más fuerte de lo que se puede permitir a cualquier niño de su edad, cuando sólo ha sufrido un buen remojón.

—¡Déjenme ir, déjenme volver! ¡No me gusta estar aquí! —vociferaba.

—¿Dejarlo ir?— preguntó Caspian—. Pero ¿a dónde? Eustaquio se abalanzó a la baranda del barco, como si esperase ver el marco del cuadro colgado sobre el mar, o tal vez vislumbrar el cuarto de Lucía. Pero lo que vio fueron olas muy azules salpicadas de espuma y un cielo de color azul más pálido, que se extendían sin interrupción hacia el

horizonte. Tal vez no podamos culparlo de que se le fuera el alma a los pies, ya que se estaba mareando rápidamente.

—Rynelf —llamó Caspian a uno de los marineros—, trae vino aromático para sus Majestades. Ustedes necesitan algo para entrar en calor después de ese chapuzón.

Llamaba a Edmundo y a Lucía sus Majestades porque, junto con Pedro y Susana, habían sido reyes y reinas de Narnia antes que él. El tiempo en Narnia transcurre en forma diferente al nuestro. Si pasas cientos de años allá, al volver a nuestro mundo será la misma hora del mismo día en que te fuiste. Y también, si vuelves a Narnia después de pasar una semana aquí, te encontrarás con que han transcurrido mil años narnianos, o sólo un día, o tal vez ni siquiera un segundo; pero eso nunca lo sabrás hasta que llegues allá. Por eso, cuando los niños Pevensie volvieron a Narnia por segunda vez, su llegada fue considerada (por los narnianos) como si el rey Arturo volviera a Inglaterra, como algunos creen que lo hará. Y en mi opinión cuanto antes lo haga, tanto mejor.

Rynelf volvió con el humeante y aromático vino en una gran jarra y cuatro copas de plata. Era exactamente lo que les hacía falta, y a medida que Lucía y Edmundo lo bebían a sorbos, podían sentir el calor que los recorría hasta la punta de los pies. Sin embargo, Eustaquio hizo muecas, tartamudeó y lo escupió lejos; se mareó nuevamente y reanudó sus gritos, preguntando si acaso no tendrían algún alimento energético vitaminizado de cualquier tipo de arbusto y si podrían preparárselo con agua destilada. Y de todos modos insistía en que lo dejaran en tierra en el próximo puerto.

—Has traído un compañero de viaje muy divertido, hermano —susurro Caspian al oído de Edmundo, con risa ahogada.

Pero antes que pudiese decir cualquier otra cosa, Eustaquio gritó nuevamente:

— ¡Por el amor del cielo! ¿Qué es eso? Saquen esa horripilancia de aquí.

En realidad esta vez tenía algo de razón en sorprenderse, ya que de la cabina de popa había salido algo en verdad muy curioso, y se acercaba lentamente hacia ellos. Podríamos decir que se trataba, y de hecho eso era, de un ratón; pero este era un Ratón que caminaba en sus patas traseras y medía cerca de sesenta centímetros de alto. Alrededor de su cabeza llevaba una delgada banda de oro que pasaba por debajo de una oreja y por encima de la otra, y en ella había pegada una gran pluma carmesí. (Como el pelaje del Ratón era muy oscuro, casi negro, el efecto era audaz y llamativo). Su pata izquierda se apoyaba en la empuñadura de una espada casi tan larga como su propia cola; con un equilibrio perfecto, elegantes modales y aspecto grave, se paseaba por la cubierta oscilante del barco. Lucía y Edmundo lo reconocieron de inmediato. Era Rípichip, el más valiente de todos los Animales que Hablan de Narnia y el Jefe de los ratones. Se había hecho merecedor de eterna gloria durante la segunda batalla de Beruna. Lucía, como siempre, tuvo muchas ganas de tomarlo en sus brazos y regalonearlo, pero bien sabía que jamás podría darse ese gusto, ya que esto ofendería profundamente a su amigo. En lugar de ello se arrodilló para hablar con él.

Rípichip adelantó su pata izquierda, dejando atrás la derecha, hizo una reverencia y le besó la mano; luego se enderezó, se retorció los bigotes y dijo con su voz aguda y chillona:

—Mis más humildes respetos a su Majestad y también al Rey Edmundo —al decir estas palabras, se inclinó nuevamente—: Sólo la presencia de sus Majestades faltaba a esta gloriosa aventura.

—¡Uf! Llévenselo de aquí —gimió Eustaquio—, odio los ratones y jamás he podido soportar a los animales amaestrados. Son tontos, vulgares... y... sentimentales.

Después de mirarlo fijamente durante algunos segundos, Rípichip se volvió a Lucía y dijo:

—¿Debo suponer que esta persona tan increíblemente grosera está bajo la

protección de su Majestad? Porque de lo contrario...

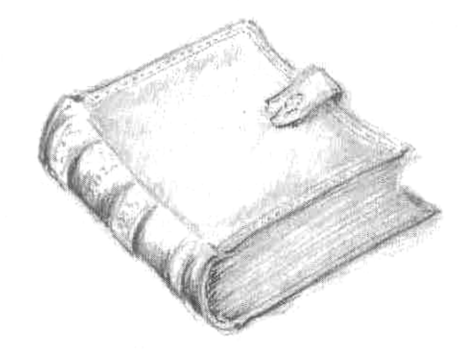
En ese momento Lucía y Edmundo estornudaron.

—¡Qué tonto he sido al dejarlos aquí con sus ropas empapadas! —exclamó Caspian—. ¿Por qué no van abajo y se cambian? Yo le cederé mi cabina a Lucía, por supuesto, pero me temo que no tenemos ropa femenina a bordo. Tendrás que arreglártelas con algo de lo mío. Rípichip, como buen compañero, enséñale el camino.

—Por servir a una dama, hasta por un asunto de honor debe ceder su lugar... al menos por el momento —señaló Rípichip y lanzó una mirada muy dura a Eustaquio. Pero Caspian los obligó a apresurarse, y pocos minutos más tarde Lucía estaba dentro de la cabina de popa. Se enamoró de ella en el acto: las tres ventanas cuadradas, por las que se veía el agua azul y arremolinada a popa; las tres bancas bajas con cojines que rodeaban tres costados de la mesa; la lámpara de plata que oscilaba sobre su cabeza ("hecha por los enanos", pensó Lucía en seguida, por su exquisita delicadeza); y, colgada en la pared de enfrente, sobre la puerta, la imagen de Aslan, el León, pintada en oro. Todo esto lo captó Lucía en un minuto, ya que inmediatamente Caspian abrió la puerta a estribor y entró.

—Esta será tu habitación, Lucía. Yo sólo recogeré alguna ropa seca para mí —dijo mientras revolvía uno de los cajones—, y luego me iré para que puedas cambiarte. Si tiras tu ropa mojada al lado de la puerta, encargaré que la lleven a la cocina para secarla.

Lucía se sintió tan en su casa como si hubiese estado semanas en la cabina de Caspian; el movimiento del barco no la molestaba, ya que había hecho numerosos viajes cuando fue reina de Narnia, mucho tiempo atrás. La cabina era diminuta, pero clara y llena de paneles pintados (pájaros, animales salvajes, dragones carmesí y parras); además estaba inmaculadamente limpia. La ropa de Caspian era demasiado grande para ella, pero pudo arreglárselas; no había esperanzas de usar sus zapatos, sandalias y botas de mar, pero a ella no le importaba andar descalza a bordo. Cuando finalmente terminó de vestirse, se asomó a la ventana para mirar el agua que pasaba vertiginosamente, y respiró profundo. Estaba segura de que allí lo pasarían muy bien.



# II A BORDO DEL EXPLORADOR DEL AMANECER

—¡Ah! Ha llegado Lucía —dijo Caspian—. Te esperábamos. Este es mi capitán, Lord Drinian.

Un hombre de pelo negro dobló una rodilla ante Lucía y besó su mano. Sólo se encontraban presentes Edmundo y Rípichip.

—¿Dónde está Eustaquio? —preguntó Lucía.

—En su cama —respondió Edmundo—, y creo que no podemos hacer nada por él. Lo único que se logra al tratar de ser amable con él, es que se ponga peor.

—Mientras tanto, tenemos que conversar —dijo Caspian.

—Por supuesto —convino Edmundo—, y, en primer lugar, sobre el paso del tiempo. Según nuestro tiempo, hace un año que nos fuimos de aquí, justo antes de tu coronación. ¿Cuánto ha transcurrido en Narnia?

—Exactamente tres años —contestó Caspian.

—Y ¿todo anda bien? —preguntó Edmundo.

—No supondrás que yo abandonaría mi reino y me haría a la mar si las cosas no anduvieran bien —dijo el rey—. La verdad es que no podrían andar mejor. Los problemas entre los Telmarinos, Enanos, Animales que Hablan, Faunos y demás, terminaron y el verano pasado les dimos tal paliza a esos gigantes camorreros de la frontera, que ahora nos rinden homenaje. Además, tengo un excelente regente para cuando estoy fuera: Trumpkin, el Enano. ¿Se acuerdan de él?

—Mi querido Trumpkin —suspiró Lucía—. ¡Por supuesto que sí! No podrías haber elegido mejor.

—Es leal como tejón, Señora, y tan valiente como... como... un ratón —dijo Drinian.

Iba a decir *como un león*, pero se dio cuenta de que los ojos de Rípichip estaban fijos en él.

—¿Cuál es nuestro rumbo ahora? —preguntó Edmundo.

—Bueno —comenzó Caspian—, es una historia bastante larga. Tal vez recuerden que cuando yo era un niño, el usurpador, mi tío Miraz, se deshizo de siete amigos de mi padre (que habrían estado de mi parte), enviándolos a explorar los desconocidos mares del este, más allá de las Islas Desiertas.

—Sí —respondió Lucía— y nunca jamás regresaron.

—Así fue —continuó Caspian—. El día de mi coronación, con el consentimiento de Aslan, juré que si lograba establecer la paz en Narnia navegaría hacia el este durante un año y un día, con el fin de encontrar a los amigos de mi padre o saber de su muerte y vengarlos si podía. Sus nombres eran Lord Revilian, Lord Bern, Lord Argoz, Lord Mavramorn, Lord Octesiano, Lord Restimar y Lord... Lord... Me es tan difícil recordar el otro nombre...

—Rup, su Majestad, Lord Rup —recordó Drinian.

—Rup, Rup, eso es —dijo Caspian—. Ese es mi objetivo principal, pero mi amigo Rípichip tiene una ilusión aún más grande.

—Todas las miradas se volvieron al Ratón.

—Tan grande como mi buen humor —dijo éste—, aunque puede ser tan pequeña como mi estatura. ¿Por qué no ir hasta el confín oriental del mundo? Y ¿qué podemos encontrar allí? Yo espero encontrar el país de Aslan. Siempre es del este, del otro lado del océano, desde donde viene a nosotros el gran León.

—¡Oigan, esa sí que me parece una buena idea! —exclamó Edmundo con voz de

admiración.

—Pero ¿crees realmente que el país de Aslan es de esa clase... Es decir, ese tipo de país al que se puede llegar navegando? —preguntó Lucía.

—No lo sé, Señora —contestó Rípichip—, pero ocurre lo siguiente: cuando estaba en mi cuna, una ninfa del bosque, una Dríada, recitó este verso sobre mi cabeza:

*“Donde el mar y el cielo se encuentran,*
*donde las olas se hacen más dulces,*
*no dudes Rípichip,*
*que encontrarás lo que buscas.*
*Allí en el Oriente absoluto”.*

—En realidad —continuó el Ratón— no entiendo el significado de estas palabras, pero su sortilegio me ha acompañado siempre.

Después de una breve pausa, Lucía preguntó:

— ¿Dónde estamos ahora, Caspian?

—El capitán puede responder mejor que yo a esa pregunta —dijo Caspian.

Drinian extrajo entonces su carta de navegación y la extendió sobre la mesa.

—Esta es nuestra posición —dijo señalando el lugar con el dedo—, o lo era al mediodía de hoy. Tuvimos viento favorable desde Cair Paravel y nos mantuvimos un poco en dirección al norte, hacia Galma, donde llegamos al día siguiente. Allí nos quedamos durante una semana, ya que el Duque de Galma organizó un gran torneo en honor a su Majestad, quien desmontó a muchos caballeros.

—Y sufrí algunas caídas bastante peligrosas, Drinian. Todavía me quedan los rasmillones —añadió Caspian.

—Y desmontó a muchos caballeros —repitió Drinian con una sonrisita—. Nosotros pensamos que el duque habría estado dichoso si su Majestad el Rey se hubiese casado con su hija, pero nada sucedió.

—Era bizca y tenía pecas —recordó Caspian.

—¡Oh, pobrecita! —se compadeció Lucía.

—Y luego zarpamos de Galma —continuó Drinian—, y navegamos por un mar tranquilo durante dos días enteros y tuvimos que usar los remos; aunque después hubo viento nuevamente, no logramos llegar a Terebintia, sino hasta el cuarto día de haber abandonado Galma. Pero al llegar allí, el Rey dio orden de no desembarcar, ya que en Terebintia había una epidemia. Dimos entonces la vuelta al cabo e hicimos escala en una pequeña ensenada lejos de la ciudad, donde nos aprovisionamos de agua. Tuvimos que esperar tres días anclados lejos de la costa, hasta que cogimos viento sudeste y zarpamos hacia las Siete Islas. Al tercer día de viaje nos alcanzó un barco pirata terebintiano, a juzgar por su aparejo; pero, como nos vio bien armados, se retiró después de un tiroteo de flechas de ambos lados.

—Y lo deberíamos haber perseguido, abordado y haber ahorcado de capitán a paje —agregó Rípichip.

—Y al quinto día ya teníamos Muil a la vista —continuó Drinian—, que, como ustedes saben, es el extremo más occidental de las Siete Islas. Luego navegamos a remo a través de los estrechos y casi a la puesta del sol llegamos a Cielo Rojo, en la isla de Brenn, donde fuimos cariñosamente festejados y nos abastecimos de agua y comida a destajo. Hace seis días abandonamos Cielo Rojo y hemos mantenido una velocidad estupenda, por lo que espero ver las Islas Desiertas pasado mañana. En resumidas cuentas, llevamos cerca de treinta días de navegación y hemos recorrido más de mil doscientas millas desde que salimos de Narnia.

—¿Y después de las Islas Desiertas? —preguntó Lucía.

—Nadie sabe, su Majestad —respondió Drinian—. A menos que los mismos isleños nos lo puedan decir.

—En nuestra época no pudieron —dijo Edmundo.

—Entonces, la aventura comenzará realmente después de las Islas Desiertas —dijo Rípichip.

En ese momento, Caspian sugirió que tal vez les gustaría recorrer el barco antes de cenar, pero Lucía tuvo remordimientos de conciencia y dijo:

—Creo que tengo que ir a ver a Eustaquio. El mareo es algo espantoso. Si tuviera aquí mi viejo cordial, podría curarlo.

—Lo tienes —dijo Caspian—, ya casi ni me acordaba de él. Como se te quedó, pensé que debería ser considerado como parte de los tesoros de la corona y por eso lo traje ahora. Si tú piensas que se puede derrochar en algo como un mareo...

— Sólo usaré una gota —dijo Lucía.

Caspian abrió uno de los cajones bajo las bancas y extrajo la preciosa botellita de cristal que Lucía recordaba tan bien.

—Te devuelvo lo que es tuyo, Majestad —dijo Caspian, y luego abandonaron la cabina y salieron a la luz del sol.

En cubierta había dos grandes escotillas de proa a popa del mástil; ambas estaban abiertas, como siempre que hacía buen tiempo, para dejar que la luz y el aire entraran al interior del barco. Caspian los hizo bajar por una escalera y entrar en la compuerta de popa. Se encontraron en un recinto donde, de lado a lado, había bancas para los remeros, y la luz, que penetraba por los boquetes para los remos, danzaba en el techo. Por supuesto que el barco de Caspian no era una de esas horribles galeras movidas a remo por los esclavos. Solo cuando fallaba el viento o para entrar y salir de los puertos se utilizaban los remos, y a todos les tocaba su turno, menos a Rípichip que tenía las patas demasiado cortas. A cada costado del barco, el espacio que quedaba bajo las bancas había sido despejado para que los remeros pusieran los pies; pero al centro había una especie de foso, que bajaba hasta la misma quilla, que llenaban con todo tipo de cosas (sacos de harina, toneles con agua y cerveza, barriles con carne de cerdo, jarros con miel, odres de vino, manzanas, nueces, quesos, galletas, nabos y lonjas de tocino). Del techo (o sea, de debajo de la cubierta) colgaban jamones y ristras de cebollas y, también, los vigías que no estaban de guardia, en sus hamacas. Caspian los condujo a popa, dando un paso de banca en banca. Para él sólo eran pasos; algo entre un paso y un salto para Lucía y verdaderos y largos saltos para Rípichip. De este modo llegaron ante un tabique en el que había una puerta. Caspian la abrió y entraron a una cabina que ocupaba el espacio debajo de los camarotes de cubierta, en la popa, aunque, como es de suponer, no era tan bonita como las de arriba. Era un camarote muy bajo y sus paredes inclinadas se angostaban hacia abajo, por lo que casi no había piso; aunque tenía ventanas de vidrio grueso, no estaban hechas para abrirse, porque se encontraban bajo el agua. De hecho, en ese mismo momento, cada vez que el barco cabeceaba, las ventanas se veían de pronto doradas por la luz del sol y luego de color verde oscuro por el mar.

—Nosotros deberemos alojar aquí, Edmundo —dijo Caspian—. A tu primo le daremos la litera y colgaremos las hamacas para nosotros.

—Le ruego, su Majestad... —solicitó Drinian.

—No, no, compañero —interrumpió Caspian—, ya hemos discutido eso. Tú y Rins (Rins era el piloto) están a cargo del barco y más de una noche tendrán mucho trabajo y preocupaciones, mientras nosotros cantamos canciones con alegres estribillos y narramos historias, así es que ocuparán el camarote de babor en cubierta. El rey Edmundo y yo estaremos muy cómodos aquí abajo. Pero, ¿cómo sigue el forastero?

Eustaquio, con la cara pálida, frunció el ceño y preguntó si habría alguna señal de

que la tormenta estaba amainando.

—¿Qué tormenta? —preguntó Caspian, y Drinian prorrumpió en carcajadas.

—¡Tormenta, señorito! —gritó riendo—, pero si no podríamos tener mejor tiempo.

—¿Quién es ése? —preguntó Eustaquio, irritado—. Echenlo fuera. Su voz me traspasa la cabeza.

—Te traigo algo que te aliviará —dijo Lucía.

—¡Andate y déjame en paz! —gruñó Eustaquio.

Pero bebió un poquito de la botella y, aunque dijo que era algo asqueroso (al abrir Lucía el frasco, la pieza se llenó de un olor delicioso), lo cierto es que pocos minutos después de tomar la bebida le volvieron los colores a la cara; y tiene que haberse sentido mejor, porque en vez de lamentarse por la tormenta y su cabeza, comenzó a exigir que lo dejaran en tierra, y a decir que "presentaría una orden" contra todos ellos, ante el cónsul británico. Pero cuando Rípichip preguntó qué quería decir "una orden" y cómo se presentaba (Rípichip pensaba que se trataba de una nueva forma de solucionar un duelo), Eustaquio sólo pudo decir:

—Imagínense, no saber eso.

Por fin lograron convencer a Eustaquio de que en realidad navegaban lo más rápido posible hacia el lugar más cercano que conocían, y que tenían las mismas posibilidades de mandarlo de regreso a Cambridge, que era el lugar donde vivía tío Haroldo, que de mandarlo a la Luna. Después de esto accedió de mala gana a ponerse la ropa limpia que habían llevado para él y subió a cubierta.

Caspian continuó mostrándoles el barco, aunque ya lo habían recorrido casi por completo. Subieron al castillo de proa y vieron al vigía que estaba de pie en una pequeña tabla en el interior del cuello dorado del dragón, y miraba a través de su boca abierta. Dentro del castillo de proa se encontraban el fogón (o cocina del barco) y los alojamientos para personas como el contramaestre, el carpintero, el cocinero y el jefe de los arqueros. Si piensas que es extraño que la cocina se encuentre en la proa, e imaginas que el humo de su chimenea flota hacia la parte trasera del barco, es porque estás pensando en los barcos a vapor, que siempre tienen viento en contra. En los barcos a vela, el viento viene desde atrás, por lo que cualquier cosa que despida olor se sitúa lo más adelante posible.

Después los hicieron subir a la cofa de combate. En un principio se asustaron bastante con el balanceo del barco y por lo pequeña y distante que se veía abajo la cubierta. En ese momento comprendes que si llegaras a resbalar, te puedes caer igual dentro del barco, que al mar. Desde allí fueron conducidos a la popa, donde Rins y otro hombre estaban de guardia junto a la gran palanca del timón. Tras ellos se alzaba la cola dorada del dragón, y justo en su interior había una pequeña banca. El barco se llamaba *Explorador del Amanecer,* y era tan poquita cosa comparado con nuestros barcos, e incluso comparado con las naves a rueda, veleros, barcos mercantes y galeones que Narnia había tenido cuando Edmundo y Lucía reinaban junto a Pedro, que era el gran Rey, porque en Narnia casi había desaparecido toda navegación durante los reinados de los antecesores de Caspian. Cuando su tío Miraz, el usurpador, envió a los siete lores al mar, éstos tuvieron que comprar un barco galmiano y contratar una tripulación de marineros también galmianos.

Pero ahora Caspian había empezado a enseñar a los narnianos para que volvieran a ser un pueblo navegante, y el *Explorador del Amanecer* era el mejor barco que habían construido hasta entonces. Era tan pequeño que en la cubierta, a proa del mástil, casi no quedaba espacio entre la escotilla central y el bote del barco amarrado a un costado, y el gallinero (Lucía alimentaba a las gallinas), al otro. Pero era una belleza en su especie,

*una dama* como dicen los marineros; sus líneas eran perfectas y sus colores puros, y cada palo, cada cabo y cada remache habían sido hechos con amor.

Por supuesto que a Eustaquio no le gustaba para nada y siguió jactándose de los transatlánticos, lanchas a motor, aviones y submarinos. (“Como si supiera algo de ellos”, murmuraba Edmundo). Pero los otros dos estaban fascinados con el *Explorador del Amanecer.* Cuando volvieron al camarote de popa para comer y vieron todo el cielo del oeste iluminado por una inmensa y roja puesta de sol, y sintieron el estremecimiento del barco y el sabor de la sal en sus labios, pensaron en esas tierras desconocidas al confín oriental del mundo... Lucía se sentía demasiado feliz para hablar.

Respecto de Eustaquio, es mejor que sepan lo que pensaba a través de sus propias palabras, ya que a la mañana siguiente, apenas les fue devuelta su ropa seca, él sacó una pequeña libreta negra y un lápiz y comenzó a escribir un diario. Siempre llevaba esta libreta consigo y en ella mantenía un registro de sus notas, pues aunque ninguna materia de estudio le importaba mucho para su propio provecho, sí le importaban muchísimo las notas, e incluso iba donde sus compañeros a decirles:

—Yo me saqué tal nota. ¿Qué nota te sacaste tú?

Pero como, al parecer, no se sacaría nota alguna a bordo del *Explorador del Amanecer*, decidió comenzar un diario. La primera anotación fue la siguiente:

“7 de agosto

“Hace ya veinticuatro horas que estamos a bordo de este espantoso barco, si es que esto no es un sueño. Una tormenta terrible ha estado rugiendo sin cesar (es una gran cosa que no esté mareado). Inmensas olas golpean el barco por el frente, y yo diría que casi se ha hundido varias veces. Nadie parece darse cuenta de esto, ya sea por fanfarronear o porque, como dice Haroldo, uno de los actos de mayor cobardía de la gente mediocre es cerrar los ojos ante los hechos. Es una locura hacerse a la mar en una porquería como ésta. No es mucho más grande que un bote salvavidas. Y, por supuesto, su interior es absolutamente primitivo. No hay un salón apropiado, ni radio, ni baños, ni siquiera sillas de playa. Ayer en la tarde me arrastraron por todos lados para conocerlo y fue enfermante oír a Caspian haciendo alarde de su barquito de juguete, como si fuera el *Queen Mary.* Yo traté de explicarle lo que era un verdadero barco, pero es demasiado torpe. Por supuesto, E. y L. no me apoyaron en lo más mínimo. Supongo que una niña como L. no se da cuenta del peligro, y E. trata de halagar a C. al igual que todos los demás. Lo llaman rey. Yo dije que era republicano, y él me preguntó qué quería decir... Realmente parece no saber nada de nada. No hay ni qué decir que me dieron el peor camarote del barco, un perfecto calabozo. En cambio a Lucía le dieron una pieza para ella sola en cubierta; casi una pieza agradable, comparada con el resto del lugar. Según C. esto se debe a que ella es mujer. Yo traté de explicarle que Alberta dice que lo único que se logra con este tipo de cosas es rebajar a las niñas, pero él es demasiado torpe. Aun así debería entender que si me dejan en un *hoyo* como éste, yo me voy a enfermar. Según E., no debemos quejarnos, ya que C. compartirá este cuarto con nosotros, para poder ceder su camarote a L. Como si esto no nos tuviera más apretados e hiciera las cosas mucho peor. Se me olvidaba decir que hay también una especie de ratón que los trata a todos con la desfachatez más espantosa. Los demás pueden aguantarlo si quieren; lo que es yo, le voy a retorcer la cola si trata de hacerme algo. La comida también es horrible”.

El problema entre Eustaquio y Rípichip se presentó incluso antes de lo que era de esperar. Al día siguiente, cuando todos estaban sentados alrededor de la mesa esperando la comida (el estar en el mar da un hambre tremenda), Eustaquio entró corriendo,

retorciéndose las manos y gritando:

—¡Esa pequeña bestia por poco me mata! Insisto en que se le ponga bajo control. Yo podría entablar un juicio en su contra, Caspian, y ordenarle que lo maten.

En ese mismo momento apareció Rípichip. Llevaba la espada desenvainada y sus bigotes tenían un aspecto feroz; pero guardaba su misma cortesía de siempre.

—Pido perdón a todos ustedes —dijo—, especialmente a sus Majestades. Si hubiese sabido que él se refugiaría aquí, habría esperado un momento más oportuno para darle una lección.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Edmundo.

Lo que ocurrió en realidad fue lo siguiente. Rípichip siempre consideraba que el barco no avanzaba tan rápido como él quería. Lo que más le gustaba era sentarse en la borda, muy adelante, justo al lado de la cabeza del dragón, y contemplar el horizonte cantando suavemente, con su gorjeo especial, la canción que la Dríada compuso para él. Nunca se apoyaba en ninguna parte y, a pesar de que el barco cabeceaba continuamente, siempre conservaba el equilibrio con mucha naturalidad. Tal vez el tener la cola colgando hacia cubierta, por dentro de la borda, hacía esto más fácil. Todo el mundo a bordo estaba familiarizado con esta costumbre y a los marineros les encantaba, porque así, cuando tenían turno de vigilancia, contaban con alguien con quien conversar. Jamás he podido saber cuál fue la verdadera razón por la que Eustaquio resbaló, se tambaleó y se fue de un solo tropezón hasta el castillo de proa (todavía no se habituaba a andar a bordo de un barco). Tal vez esperaba ver tierra, o ir a rondar a la cocina y escamotear algo de comer. De todas formas, apenas divisó la larga cola que colgaba, lo que quizás parecía bastante tentador, pensó que sería delicioso agarrarla y tirarla para hacer que Rípichip diera un par de vueltas en al aire, y luego salir corriendo y reírse. Al principio el plan pareció funcionar a las mil maravillas. El Ratón no pesaba mucho más que un gato grande y Eustaquio lo sacó de la baranda en un abrir y cerrar de ojos. Se veía muy ridículo (pensó Eustaquio) con sus patitas desparramadas y la boca abierta. Pero para desgracia de Eustaquio, Rípichip había tenido que luchar muchas veces para salvar su vida y no perdió la cabeza ni un solo instante, ni tampoco su destreza. No debe ser muy fácil desenvainar la espada cuando uno está girando por los aires sujeto de la cola, pero él lo hizo; entonces Eustaquio sintió dos dolorosos pinchazos en las manos, que lo hicieron soltar la cola. Un segundo más tarde, Rípichip se incorporó y saltó como si fuera una pelota dando botes por cubierta. Y allí estaba, enfrentándolo, y Eustaquio vio una cosa horrible, larga, brillante y afilada, semejante a un punzón, que ondeaba de un lado para otro a sólo unos milímetros de su estómago. (No cuenta como golpe bajo el cinturón, ya que para los ratones en Narnia es muy difícil alcanzar más arriba).

—¡Detente! —balbuceó Eustaquio—. ¡Andate! Guarda eso. Es peligroso... ¡Te dije que no sigas!... ¡Se lo diré a Caspian!... Haré que te pongan un bozal y que te amarren.

—¿Por qué no desenvainas tu propia espada, cobarde? —chilló el Ratón—. Desenvaina y pelea o te dejaré lleno de cardenales con el filo de mi espada.

—Jamás he tenido una espada —dijo Eustaquio—. Yo soy un pacifista y no creo en la lucha.

—¿Debo entender con esto —dijo Rípichip, apartando su espada por un momento y hablando en un tono muy sombrío— que no me vas a dar una satisfacción?

—No entiendo lo que me quieres decir —dijo Eustaquio, mientras se sobaba la mano—, pero si no eres capaz de aceptar una broma no es asunto mío.

—Entonces toma esto —dijo Rípichip—, y esto, para que aprendas modales,... y el respeto que se debe a un caballero... y a un Ratón... y a la cola de un Ratón.

Y a cada palabra le daba a Eustaquio un golpe con el canto de su delgado espadín,

de fino acero templado hecho por los enanos, tan flexible y efectivo como una vara de abedul. Eustaquio (por supuesto) estaba en un colegio donde no se usaban los castigos corporales, de manera que esa sensación era una absoluta novedad para él. Es por esto que, a pesar de no tener costumbre de moverse a bordo, se demoró menos de un minuto en salir de aquel lugar, atravesar la cubierta y abrir la puerta del camarote, perseguido acaloradamente por Rípichip. De hecho, a Eustaquio le parecía que tanto la espada como la persecución eran muy calurosas. Daban la sensación de estar al rojo vivo.

No hubo mucha dificultad para solucionar el asunto una vez que Eustaquio comprendió que todo el mundo había tomado bastante en serio la idea de un duelo. Oyó a Caspian ofrecerle una espada, y a Edmundo y Drinian que discutían sobre si se debía o no desfavorecer de alguna manera a Eustaquio, para compensar su superioridad de tamaño en relación a Rípichip.



Eustaquio se disculpó de mala gana y se alejó. Lucía lo acompañó para lavarle y vendarle la mano. Luego él se fue a su litera y tuvo buen cuidado de acostarse en el lugar que le habían asignado.



# III LAS ISLAS DESIERTAS

¡Tierra a la vista! —gritó el hombre de proa.

Al oír esto Lucía, que estaba en la popa conversando con Rins, bajó volando la escalera y se fue a toda carrera hacia la parte delantera. En el camino se le juntó Edmundo y al llegar al castillo de proa encontraron a Caspian, Drinian y Rípichip, que ya habían llegado.

Era una mañana más bien fresca, el cielo tenía un color pálido y el mar estaba de un azul muy oscuro con unos como sombreritos blancos de espuma. Un poco más lejos a estribor se divisaba Félima, la más próxima de las Islas Desiertas, semejante a un pequeño cerro verde en medio del mar. Tras ella se alcanzaban a ver más allá las grises laderas de su hermana Doorn.

—La misma Félima de siempre y la misma Doorn —exclamó Lucía aplaudiendo—. ¡Oh, Edmundo! ¡Cuánto tiempo ha pasado desde que vimos estas islas por última vez!

—Nunca he comprendido por qué pertenecen a Narnia —dijo Caspian—. ¿Las conquistó Pedro, el gran Rey?

—¡Oh, no! —contestó Edmundo—, pertenecían a Narnia antes de nuestro tiempo, en tiempos de la Bruja Blanca.

(A todo esto, jamás he sabido cómo fue que estas remotas islas pasaron a formar parte de la corona de Narnia, pero si algún día lo sé y la historia es interesante, lo contaré en otro libro).

—¿Haremos escala aquí, su Majestad? —preguntó Drinian.

—No creo que sea conveniente desembarcar en Félima —dijo Edmundo—. Me acuerdo de que en nuestro tiempo estaba casi deshabitada y pareciera que sigue igual. La mayoría de la gente vivía en Doorn y algunos en Avra, la tercera isla que aún no se ve. En Félima sólo criaban ovejas.

—En ese caso supongo que doblaremos aquel cabo —dijo Drinian—, y desembarcaremos en Doorn: quiere decir que habrá que remar.

—Qué pena no poder desembarcar en Félima —dijo Lucía—. Me habría gustado pasear otra vez por ahí. Era tan solitaria, pero con una soledad tan encantadora, con su pasto, los tréboles y la suave brisa del mar.

—A mí también me gustaría estirar las piernas —comentó Caspian—. Les propongo algo: vayamos hasta la orilla en el bote, lo mandamos de vuelta y atravesamos la isla a pie. El *Explorador del Amanecer* nos recogerá en la otra orilla.

Si en ese momento Caspian hubiese tenido la experiencia que adquirió más adelante en el viaje, no habría hecho tal sugerencia, pero en ese instante la idea parecía estupenda.

—¡Oh, sí! ¡Vamos! —dijo Lucía.

—Tú también vendrás, ¿no es así? —preguntó Caspian a Eustaquio, que había subido a cubierta con su mano vendada.

—Haría cualquier cosa con tal de salir de este maldito bote —dijo Eustaquio.

—¿Maldito? —preguntó Drinian—. ¿Qué quiere decir?

—En países civilizados como el mío —respondió Eustaquio—, los barcos son tan grandes, que cuando uno está embarcado ni siquiera se da cuenta de que está en el mar.

—En ese caso lo mejor será que te quedes en tierra —dijo Caspian—. Drinian, diles que bajen el bote, por favor.

El Rey, el Ratón, los dos niños Pevensie y Eustaquio subieron al bote y los

marineros remaron hasta la playa de Félima. Una vez que llegaron allí y el bote regresó al barco, miraron a su alrededor. Se sorprendieron de lo pequeño que se veía el *Explorador del Amanecer* desde ese lugar.

Lucía andaba descalza, por supuesto, pues se había sacado los zapatos de un puntapié mientras nadaba, pero esto no es ningún problema cuando uno va a caminar sobre un pasto muy suave. Estar de nuevo en tierra y sentir el olor del polvo y la hierba, era verdaderamente delicioso, a pesar de que en un principio el suelo pareciera balancearse igual que el barco, como sucede comúnmente al desembarcar después de haber estado un tiempo en el mar. Aquí estaba mucho más caluroso que a bordo y Lucía sentía una agradable sensación en sus pies al caminar sobre la arena. Una alondra cantaba.

Se internaron en la isla y subieron un cerro que, aunque pequeño, era bastante empinado. Al llegar a la cumbre se dieron vuelta y pudieron ver al *Explorador del Amanecer* que resplandecía como un llamativo insecto de gran tamaño y avanzaba lentamente con sus remos en dirección noroeste. Luego pasaron al otro lado de la loma y lo perdieron de vista.

Doorn se extendía frente a ellos, separada de Félima por un canal de unos dos kilómetros de ancho, y tras ella, hacia la izquierda, se encontraba Avra. Fácilmente se podía ver Cielo Angosto, un pueblito blanco y pequeño situado en Doorn.

—¡Miren! ¿Qué es eso? —exclamó de pronto Edmundo.

Abajo, en el verde valle hacia el cual se dirigían, había seis o siete hombres armados y de aspecto rudo, sentados bajo un árbol.

—No les digan quiénes somos —advirtió Caspian.

—¿Por qué no, su Majestad, por favor? —preguntó Rípichip, que había accedido a viajar en el hombro de Lucía.

—Se me acaba de ocurrir —dijo Caspian— que posiblemente nadie de por aquí ha oído hablar de Narnia en mucho tiempo, por lo que posiblemente aún no reconozcan nuestra autoridad. De ser así, creo que no habría mucha seguridad de que supieran que soy el Rey.

—Tenemos nuestras espadas, su Majestad —dijo Rípichip.

—Sí, Rip, lo sé —dijo Caspian—, pero si se tratara de reconquistar las tres islas, preferiría volver con un ejército más grande.

En ese momento estaban bastante cerca de los desconocidos, uno de los cuales (tipo corpulento y de pelo oscuro), gritó:

—Buenos días tengan ustedes.

—Buen día tenga usted —dijo Caspian—. ¿Aún existe un gobernador en las Islas Desiertas?

—Ciertamente que sí —dijo el hombre—. Es el gobernador Gumpas. Su Suficiencia está en Cielo Angosto, pero ustedes se quedarán a beber con nosotros.

Caspian agradeció la invitación, a pesar de que ni a él ni a los otros les agradó mucho el aspecto de sus nuevas amistades, y todos se sentaron. Pero apenas habían alzado las copas hasta sus labios, cuando vieron que el hombre de pelo oscuro hacía una señal con la cabeza a sus compañeros y, con la velocidad de un rayo, se encontraron envueltos por fuertes brazos. Hubo un momento de lucha, pero la ventaja estaba de un solo lado. Pronto les quitaron las armas y les amarraron las manos a la espalda (menos a Rípichip, que se retorcía en las manos de su captor, y lo mordía furiosamente).

—Cuidado con esa bestia, Tachuelas —dijo el jefe—. No le hagas daño. Estoy seguro de que alcanzará el mejor precio del lote.

Rípichip gritaba cada vez más fuerte y exigía que lo soltaran.

—¡Vaya! —exclamó el vendedor de esclavos (ya que eso era)—. ¡Sabe hablar!

Jamás lo habría creído. Que me parta un rayo si me gano menos de doscientos crecientes por él.

(El creciente calormano, que es la moneda principal en aquellos lugares, es más o menos equivalente a un tercio de libra inglesa).

—Entonces eso eres —dijo Caspian—. Un secuestrador y un comerciante de esclavos. Espero que estés orgulloso de serlo.

—Bien, bien, bien, bien —dijo el traficante de esclavos—, no comencemos con insolencias. Mientras menos molestes, mejor van a ir las cosas. ¿Entiendes? Yo no hago esto por diversión, sino para ganarme la vida como todo el mundo.

—¿A dónde nos llevarás? —preguntó Lucía, sacando la voz a duras penas.

—A Cielo Angosto —dijo el comerciante de esclavos—, para el mercado de mañana.

—¿Existe allí un cónsul británico? —preguntó Eustaquio.

—Que si hay un ¿qué? —preguntó el hombre.

Pero mucho tiempo antes de que Eustaquio se hubiera cansado tratando de explicar, el traficante de esclavos dijo simplemente:

—Bueno, ya he tenido suficiente de este parloteo. El Ratón es un regalo para la



feria, en cambio éste va a hablar hasta por los codos. Vamos, compañeros.

Luego ataron a los cuatro prisioneros humanos con una misma cuerda, no en forma cruel pero sí segura, y los hicieron marchar hasta la playa. A Rípichip lo llevaron en brazos. Había dejado de morder ante la amenaza de que le amarrarían el hocico, pero tenía muchas cosas que decir. Lucía se asombraba de que un hombre pudiera aguantar que le dijeran todas las cosas que el Ratón decía al comerciante de esclavos. Pero éste, lejos de hacer objeciones, pedía al Ratón que siguiera adelante y cuando Rípichip se detenía para tomar aliento, a veces agregaba algo como "es como si fuera un juego", o "¡caramba, no se puede menos que pensar que sabe lo que está diciendo!", o también "¿fue alguno de ustedes el que lo entrenó?" . Todo esto enfureció a tal punto a Rípichip, que al final casi se ahogó con el montón de cosas que quiso decir al mismo tiempo, y se quedó callado.

Cuando llegaron abajo a la playa que miraba hacia Doorn, divisaron un pueblito y una gran lancha en la orilla; poco más allá había un barco sucio y destartalado.

—Bueno, jovencitos —dijo el traficante—, no hagan líos y no tendrán que lamentarse. Todos a bordo.

En ese momento, de una de las casas (una posada, me parece) salió un hombre de barba y aspecto imponente, que dijo:

—Bien, Pug, ¿traes más de tu mercadería de costumbre?

El traficante, cuyo nombre parecía ser Pug, se inclinó profundamente y dijo con voz lisonjera:

—Sí, para satisfacer a su Señoría.

—¿Cuánto pides por ese muchacho? —preguntó el otro señalando a Caspian.

—¡Ah! Yo sabía que su Señoría elegiría lo mejor. Su Señoría no se deja engañar con algo de segunda clase. Ahora bien, me he encaprichado un poco con ese muchacho, y le tengo cariño. Soy de corazón tan tierno que jamás me debería haber dedicado a un trabajo como éste. Sin embargo, a un cliente como su Señoría...

—Dime el precio, pedazo de carroña —dijo el Lord en tono severo—. ¿Crees que quiero oír toda la sarta de disparates de tu sucio comercio?

—Trescientos crecientes para usted, su honorable Señoría, aunque para cualquier otro...

—Te daré ciento cincuenta.

—¡Por favor, se lo suplico! —interrumpió Lucía—. Haga lo que quiera..., pero no nos separe. Usted no sabe...

Pero en ese momento se calló, pues comprendió que Caspian no quería que ni siquiera ahora se supiera su identidad.

—Son ciento cincuenta, entonces —dijo el Lord—. En cuanto a ti, niñita, lo siento mucho, pero no puedo comprarlos a todos. Desata a mi muchacho, Pug. Y mira, ten mucho cuidado de tratar bien a los otros mientras estén en tu poder; de lo contrario, te irá muy mal.

—Bueno —dijo Pug—. ¿Dónde se habrá visto un caballero en este tipo de trabajo que trate mejor a su mercadería de lo que lo hago yo? Bien, pues yo los trato como si fueran mis propios hijos.

—Es bien probable que sea cierto —dijo el otro, fríamente.

Había llegado el momento que todos temían. Caspian fue desatado y su nuevo dueño dijo:

—Por aquí, muchacho.

Lucía se puso a llorar y Edmundo parecía sumamente confundido. Pero Caspian los miró por encima del hombro y dijo:

—Tengan valor. Estoy seguro de que al final todo resultará bien. Hasta pronto.

—Ya pues, señorita —dijo Pug—, no empieces a llorar, porque vas a echar a perder tu belleza para el mercado de mañana. Sé buena niña y no tendrás por qué llorar, ¿ves?

Luego fueron llevados en un bote hasta el barco de esclavos, y, una vez allí, los condujeron abajo, a un lugar amplio, oscuro y no demasiado limpio, donde encontraron a muchos otros desafortunados prisioneros. Pug era, sin lugar a dudas, un pirata y regresaba de un crucero por las islas, donde capturó a todos los que pudo. La mayoría de los prisioneros eran galmianos y terebintianos, por lo que los niños no encontraron a nadie conocido. Se sentaron en un montón de paja preguntándose lo que había ocurrido con Caspian, y tratando de hacer callar a Eustaquio, que reclamaba como si todos tuviesen la culpa, menos él.

Mientras tanto, Caspian vivía momentos bastante más interesantes. El hombre que lo había comprado lo condujo por un pequeño sendero entre dos casas, hasta que llegaron a un lugar abierto detrás del pueblo. Allí se volvió y lo miró.

—No debes tenerme miedo, muchacho —le dijo—, te voy a tratar bien. Te compré por tu cara, porque me recuerdas a alguien.

—¿Puedo preguntarte a quién, mi Lord? —dijo Caspian.

—Me recuerdas a mi Señor Caspian, rey de Narnia —contestó el hombre.

Entonces Caspian decidió jugarse el todo por el todo.

—Mi Lord —le dijo—. Yo soy tu Señor. Yo soy Caspian, Rey de Narnia.

—Lo dices con mucha seguridad —dijo el otro—. ¿Cómo podré saber que eso es verdad?

—Primero, por mi cara —repuso Caspian—. Segundo, porque sé, sin hacer adivinanzas, quién eres tú. Eres uno de los siete lores de Narnia a quienes mi tío Miraz envió a navegar, y a quienes yo he venido a buscar. Sus nombres son Argoz, Bern, Octesiano, Revilian, Restimar, Mavramorn y... y... Me he olvidado del otro nombre. Finalmente, si su Señoría me presta una espada, le probaré en el cuerpo de cualquier persona, en una limpia batalla, que yo soy Caspian, hijo de Caspian, legítimo Rey de Narnia, Señor de Cair Paravel y Emperador de las Islas Desiertas.

—¡Santo Cielo! —exclamó el hombre—. Es la misma voz de su padre, y su misma forma de hablar. Mi Señor, su Majestad.

Y allí, en el campo, se arrodilló y besó la mano del rey.

—Las monedas que su Señoría pagó por nuestra persona, le serán devueltas de nuestro propio tesoro —dijo Caspian.

—Esas monedas no están aún en la bolsa de Pug, Señor —dijo Lord Bern, ya que de él se trataba—, y confio en que jamás lo estarán. He solicitado a su Suficiencia, el gobernador, un centenar de veces que termine con ese vil comercio de seres humanos.

—Mi estimado Lord Bern, es necesario que hablemos sobre el estado de las islas. Pero antes quisiera conocer tu propia historia.

—Es muy corta, mi Señor —dijo Bern—. Llegué hasta este lugar tan lejano con mis seis compañeros; me enamoré de una muchacha de las islas y pensé que ya había tenido suficiente de mar. No tenía ninguna intención de regresar a Narnia mientras el tío de su Majestad llevara las riendas, así es que me casé y he vivido aquí desde entonces.

—Y ¿qué tal es ese gobernador Gumpas? ¿Reconoce aún al Rey de Narnia como su Señor?

—De palabra, sí. Todo se hace en el nombre del Rey, pero creo que no le gustará nada encontrarse con un Rey de Narnia vivo y real, que le salga al paso. Y si su Majestad se presenta ante él solo y desarmado... Bueno, seguramente él no le negaría su lealtad, pero fingiría no creerle. Y la vida de su Gracia correría peligro. ¿Qué séquito tiene su Majestad en estas aguas?

Mi barco está dando la vuelta al cabo —dijo Caspian—, y a bordo tenemos alrededor de treinta espadas por si fuera necesario pelear. ¿No deberíamos hacer entrar el barco a puerto y dejarnos caer sobre Pug, para liberar a mis amigos que tiene prisioneros?

—Yo no se lo aconsejaría —dijo Bern—, ya que si hay lucha, dos o tres barcos zarparían de Cielo Angosto para rescatar a Pug. Lo que su Majestad debe hacer es demostrar más poder del que en realidad tiene, y lograr que el nombre del rey cause terror. No será necesario llegar a franca batalla, ya que Gumpas es un cobarde y se le puede intimidar fácilmente.

Caspian y Bern continuaron con su conversación un rato más, y luego bajaron a la playa, un poco al norte del pueblo. Allí Caspian hizo sonar su cuerno (no se trataba del gran cuerno mágico de Narnia, el cuerno de la reina Susana; lo dejó en casa para que Trumpkin, su regente, lo utilizara si lo necesitaba ante un ataque al reino, durante la ausencia del Rey).

Drinian, que estaba vigilando en espera de alguna señal, reconoció de inmediato el sonido del cuerno real y el *Explorador del Amanecer* comenzó a tomar rumbos a la playa. Luego el barco dejó la costa otra vez y, pocos minutos después, Caspian y Lord Bern estaban en cubierta y explicaban la situación a Drinian. Este, al igual que Caspian, quería poner la quilla del *Explorador del Amanecer* contra el barco de esclavos y abordarlo. Bern se opuso nuevamente:

—Navega derecho por este canal, Capitán, y luego da vuelta hacia Avra, donde están mis dominios. Pero antes, iza la bandera real, saca a relucir los escudos y envía tantos hombres como puedas a la cofa de combate, y, a unos cinco tiros de ballesta de aquí, cuando a proa tengas mar abierto a babor, haz rápido unas cuantas señales.

—¿Señales? ¿A quién? —preguntó Drinian.

—¡Vaya! A todos los barcos que no tenemos, pero que sería bueno que el señor Gumpas creyese que tenemos.

—¡Ah!, ya veo —dijo Drinian, frotándose las manos—, y ellos descifrarán nuestras señales. ¿Qué es lo que debo decir? *¿Una flota completa rodea el sur de Avra y se congregará en...?*

—En la finca de Bern —dijo Lord Bern—. Eso nos viene muy bien. Si es que hubiesen más barcos no podrían ser avistados desde Cielo Angosto durante toda su travesía.

Caspian se compadecía de sus amigos que languidecían en la bodega del barco de esclavos de Pug; pero no pudo dejar de encontrar muy agradable el resto de aquel día. Ya tarde (pues tuvieron que hacer todo el trayecto a remo), habiendo virado a estribor para bordear el extremo noreste de Doorn, y girando nuevamente a babor, alrededor de la puntilla de Avra, entraron por fin a un buen puerto en la costa sur de Avra, donde las acogedoras tierras de Bern bajaban hasta la orilla del mar.



La gente de Bern, a muchos de los cuales se podía ver trabajando en los campos, eran personas libres y aquel era un feudo feliz y próspero. Allí desembarcaron y, en una casa baja, sostenida por pilares y con vista a la bahía, fueron magníficamente agasajados. Bern, junto a su amable esposa y sus alegres hijas, los hizo comer como reyes. Pero cuando ya estuvo oscuro, Bern envió un mensajero que cruzó en bote a Doorn con el fin de hacer algunos arreglos para el día siguiente (no dijo de qué se trataba exactamente).

# IV LO QUE CASPIAN HIZO EN ESE LUGAR

A la mañana siguiente, muy temprano, Lord Bern despertó a sus invitados y, después del desayuno, pidió a Caspian que hiciera formar a todos sus hombres con su armadura completa.

—Y lo más importante —añadió— es que todo esté tan ordenado y limpio como si ésta fuese la mañana de la primera batalla en una gran guerra entre nobles reyes, y el mundo entero estuviera observando.

Así se hizo; luego, Caspian con su gente y Bern con algunos de los suyos, en tres viajes del bote zarparon rumbo a Cielo Angosto. La bandera del Rey flameaba en la popa de su bote y lo acompañaba su trompeta.

Al llegar al muelle en Cielo Angosto, Caspian vio a una muchedumbre inmensa que se había reunido para recibirlos.

—Este es el mensaje que envié anoche —dijo Bern—. Todos son amigos míos y gente honesta.

Y tan pronto como Caspian pisó tierra, la multitud rompió en alegres vítores y gritos: "Narnia, Narnia" y "Viva el rey". Al mismo tiempo, y también gracias a los mensajeros de Bern, comenzaron a repicar las campanas en diversos lugares del pueblo. Caspian ordenó que avanzara su estandarte y que se hiciera sonar su trompeta. Todos los hombres desenvainaron sus espadas y, adoptando un aire de alegre severidad, marcharon calle arriba, haciéndola temblar. Y sus armaduras relucían de tal manera (aquella era una mañana asoleada) que apenas se podía mirarlas mucho rato. Al principio, los únicos que avivaban eran aquellos que habían sido advertidos por los mensajeros de Bern, que sabían lo que estaba ocurriendo y que querían que eso ocurriese. Pero pronto todos los niños se les unieron, porque les encantaban los desfiles y habían visto muy pocos.

Luego se les unieron los colegiales, a los que también les gustaban los desfiles, y pensaban que mientras más ruido y desorden hubiera, menos posibilidades había de que tuvieran clases esa mañana. Y todas las ancianas asomaron la cabeza por puertas y ventanas, y empezaron a charlar y a vitorear, pues se trataba de un rey... Y ¿qué es un gobernador comparado con un rey? Luego se les unieron todas las muchachas jóvenes por la misma razón, y también porque Caspian, Drinian y todos los demás eran muy buenos mozos. Y también los jóvenes se acercaron a ver qué era lo que miraban las muchachas. Así, cuando Caspian llegó a las puertas del castillo, casi todo el pueblo estaba gritando, y Gumpas podía oír el ruido desde el lugar donde se encontraba sentado dentro del castillo, enredándose y perdiendo el tiempo con cuentas y formularios, reglas y reglamentos.

Frente a las puertas del castillo, el trompeta de Caspian dejó oír un toque y gritó:

—¡Abran al Rey de Narnia, que ha venido a visitar a su fiel y bienamado servidor, el gobernador de las Islas Desiertas!

En aquellos días, en la isla todo se hacía en forma descuidada y floja. Sólo se abrió un pequeño postigo y salió un hombre despeinado, que llevaba un sombrero viejo y sucio en lugar de casco, y una lanza oxidada y vieja en sus manos. Parpadeó al ver a los deslumbrantes personajes que tenía ante sí, con ojos entreabiertos.

—No pue... ver... fiencia —masculló (era su modo de decir "No pueden ver a su Suficiencia")—. No entrevistas sin citas, cepto tre nueve y diez p.m. segundo sábado del mes.

—¡Descúbrete ante el Rey de Narnia, perro! —vociferó Lord Bern y le dio un golpe seco con su guantelete, haciendo volar su sombrero.

—¿Qués esto? —comenzó el portero, pero nadie le hizo caso.

Dos de los hombres de Caspian saltaron por el postigo y, después de forcejear un momento con barras y cerrojos (ya que todo estaba oxidado), abrieron de par en par las dos hojas de la puerta. Entonces el Rey y su séquito entraron a grandes pasos en el patio. Allí encontraron a muchos de los guardias del gobernador sentados haraganeando, y de los portales salieron varios más tambaleándose (la mayoría de ellos iba limpiándose la boca). A pesar de que sus armaduras estaban en condiciones vergonzosas, eran tipos que habrían peleado si se les hubiera empujado o si hubieran sabido lo que pasaba; era el momento peligroso. Caspian no les dio tiempo para pensar.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó.

—Soy yo, más o menos, si entiendes lo que quiero decir —dijo lánguidamente un joven muy acicalado que no llevaba armadura alguna.

—Es nuestro deseo —dijo Caspian—, que nuestra visita real a nuestro reino de las Islas Desiertas sea, en lo posible, una ocasión de alegría y no de terror para nuestros leales súbditos. Si no fuese por esta razón, tendría algunas críticas que hacer sobre el estado de la armadura y las armas de sus soldados, pero en este caso, lo perdonaré. Ordena que abran un tonel de vino para que tus hombres lo beban a nuestra salud. Pero mañana al mediodía quiero verlos reunidos aquí, en este patio, luciendo como hombres de armas, y no como vagabundos. Preocúpate de que así sea, bajo pena de causarnos un gran disgusto.

El capitán se quedó boquiabierto, pero inmediatamente Bern gritó: "Tres vivas por el Rey" y fue secundado por los soldados, que habían comprendido perfectamente lo del tonel de vino, aunque no entendieron nada más. Luego Caspian ordenó a la mayoría de sus propios hombres que permanecieran en el patio, y él, junto a Bern, Drinian y otros cuatro, entró en la sala.

Al otro lado de la habitación, sentado tras una mesa y rodeado de varios secretarios, se encontraba su Suficiencia, el gobernador de las Islas Desiertas. Gumpas tenía la apariencia de un hombre malhumorado, y su cabello, que antes fue rojo, estaba casi totalmente gris. Al entrar los desconocidos, les echó un vistazo y luego volvió a sus papeles diciendo de manera automática:

—No hay entrevistas sin haber pedido cita, excepto los sábados entre las nueve y diez p.m.

Caspian hizo una seña con la cabeza a Bern y se quedó a un lado. Bern y Drinian avanzaron un paso y cada uno tomó un extremo de la mesa, la levantaron y la lanzaron a un rincón de la sala, donde se dio vuelta desparramando una cascada de cartas, expedientes, tinteros, lápices, lacre y documentos. Después, sin rudeza pero con tal firmeza que sus manos parecían tenazas de acero, sacaron de un tirón a Gumpas de su silla, y lo depositaron al frente, a poco más de un metro de distancia. En el acto Caspian se sentó en el sillón y puso sobre sus rodillas la espada desenvainada.

—Mi Lord —dijo clavando sus ojos en Gumpas—. No nos has dado la bienvenida que esperábamos. Soy el Rey de Narnia.

—Nada de eso en la correspondencia —dijo el gobernador—. Ni en las actas. Nadie nos notificó de tal cosa. Todo irregular. Encantado de considerar cualquier solicitud...

—Y hemos venido a informarnos acerca de la conducción de la oficina de su Suficiencia —continuó Caspian—. Hay dos puntos, especialmente, sobre los cuales exijo una explicación. En primer lugar, no encuentro ningún registro que indique que estas islas hayan pagado los tributos adeudados a la corona de Narnia, por casi ciento

cincuenta años.

—Este es un asunto que deberá ser presentado al Consejo el próximo mes —dijo Gumpas—. Si alguien propone que se cree una comisión de investigación que informe sobre la historia financiera de las islas en la primera reunión del año que viene, bueno, entonces...

—También está estipulado claramente en nuestras leyes —continuó Caspian—, que si el tributo no es entregado, la deuda completa deberá ser cancelada de su propio bolsillo por el gobernador de las Islas Desiertas.

Ante esto, Gumpas empezó a prestar verdadera atención.

—¡Ah, no, ni hablar! —dijo Gumpas—. Es una imposibilidad económica... eh... su Majestad debe estar bromeando...

En su interior se preguntaba si habría manera de deshacerse de aquellos visitantes inoportunos. De haber sabido que Caspian tenía un solo barco y sólo la tripulación de ese barco con él, le habría dicho palabras dulces por ahora, y habría esperado hacerlos cercar y asesinar a todos durante la noche. Pero el día anterior había visto un barco de guerra bajar por los estrechos y enviar señales a su escolta, según él supuso. No supo entonces que era el barco del Rey, pues no había viento suficiente para desplegar su bandera y hacer visible el León dorado. Por eso había esperado los acontecimientos. Ahora Gumpas imaginaba que Caspian tenía una flota completa en la finca de Bern. Jamás se le habría pasado por la mente que alguien atacara Cielo Angosto para tomar las islas con menos de cincuenta hombres. Desde luego no era la clase de cosas que se le ocurriría hacer a él.

—En segundo lugar —dijo Caspian—, quiero saber por qué has permitido establecer aquí este abominable y desnaturalizado comercio de esclavos, contrario a las antiguas costumbres y usanzas en nuestros dominios.

—Necesario, inevitable —dijo su Suficiencia—. Un elemento primordial en el desarrollo económico de las islas, se lo aseguro. El auge de nuestra actual prosperidad depende en gran medida de este comercio.

—¿Qué necesidad tienes de esclavos?

—Para la exportación, su Majestad. Venderlos principalmente a Calormen; y tenemos otros mercados. Somos un gran centro de comercio.

—En otras palabras —dijo Caspian—, no los necesitas. Dime ¿para qué sirven fuera de poner dinero en los bolsillos de un tipo como Pug?

—La juventud de su Majestad... —dijo Gumpas con lo que pretendía ser una sonrisa paternal—, no le permite entender el problema económico que esto significa. Yo tengo estadísticas, tengo gráficos, tengo...

—Por muy joven que sea —interrumpió Caspian—, creo entender el mercado de esclavos por dentro tan bien como su Suficiencia. Y no veo que traiga a las islas ni carne, ni pan, ni cerveza, ni vino, ni madera, ni repollos, ni libros, ni instrumentos musicales, ni caballos, ni armaduras, ni ninguna otra cosa digna que valga la pena tener. Pero ya sea que lo haga o no, esto debe terminar.

—Pero esto significaría volver atrás —resolló el gobernador—. ¿No sabes nada de progreso y de desarrollo?

—Los he visto nacer —dijo Caspian—. En Narnia los llamamos *un mal camino.* Este comercio debe terminar.

—No puedo responsabilizarme de una medida semejante —dijo Gumpas.

—Muy bien, entonces —dijo Caspian—, te relevamos de tu cargo. Milord Bern, ven acá...

Y antes de que Gumpas se diera verdaderamente cuenta de lo que ocurría, Bern, con sus manos entre las del Rey, se arrodilló y prestó juramento de gobernar las Islas

Desiertas conforme a las antiguas costumbres, derechos, usanzas y leyes de Narnia.

—Creo que ya hemos tenido bastante de gobernadores —dijo Caspian. Y dio a Bern el título de Duque, Duque de las Islas Desiertas.

—En cuanto a ti, Milord —se dirigió a Gumpas—, perdono tu deuda por los tributos. Pero mañana, antes del mediodía, tú y los tuyos deberán abandonar el castillo, que desde ahora es la residencia del Duque.

—Miren, todo está muy bien —dijo uno de los secretarios de Gumpas—, pero supongamos, caballeros, que ustedes terminen con esta comedia y trabajemos un poco. Para nosotros el asunto es realmente...

—El asunto es —dijo el Duque— si tú y el resto de la chusma se irán con o sin una paliza. Puedes elegir lo que prefieras.

Cuando todo se arregló amigablemente, Caspian hizo traer caballos; había unos cuantos en el castillo, aunque muy mal cuidados. Junto a Bern, Drinian y algunos otros, cabalgó hacia el pueblo y se dirigió al mercado de esclavos. Era un edificio largo y bajo situado cerca del puerto. La escena que se desarrollaba cuando ellos entraron, se parecía a cualquier otra subasta: es decir, había una gran multitud y Pug, desde un estrado, gritaba con voz ronca:

—Ahora, caballeros, el lote veintitrés. Excelente trabajador agrícola terebintiano, apto para trabajar en minas o en las galeras. Menos de veinticinco años de edad. Ni un solo diente malo. Un tipo bueno y musculoso. Tachuelas, sácale la camisa para que los caballeros puedan verlo. ¡Ahí tienen músculos! Mírenle el pecho. Diez crecientes ofrece el caballero del rincón. Debe estar bromeando, señor. ¡Quince!, ¡dieciocho!..., dieciocho es la postura por el lote veintitrés. ¿Alguien da más?... Veintiuno. Gracias, señor. La oferta es veintiuno...

Pero Pug se interrumpió boquiabierto al ver a los personajes vestidos con armaduras que subieron al estrado, haciendo sonar los metales.

—Arrodíllense todos ante el Rey de Narnia —dijo el Duque.

Todos escucharon el cascabeleo de los caballos piafando afuera, y muchos habían oído rumores del desembarco y de los acontecimientos en el castillo. La mayoría obedeció. A los que no lo hicieron, los tiraron al suelo sus propios vecinos. Algunos vitorearon.

—Estás condenado, Pug, por haber puesto ayer tus manos sobre nuestra real persona —dijo Caspian—, pero tu ignorancia queda perdonada. El comercio de esclavos ha sido prohibido en todos nuestros dominios, desde hace un cuarto de hora. Declaro en libertad a todos los esclavos en este mercado.

Levantó la mano para acallar las ovaciones de los esclavos, y continuó:

—¿Dónde están mis amigos?

—¿Aquella adorable niñita y el encantador joven caballero? —preguntó Pug con una sonrisa zalamera—.

¡Pues bien, los agarraron en el acto!

—¡Aquí estamos Caspian, aquí estamos! —gritaron Edmundo y Lucía al unísono.

—A su servicio, Majestad —chilló Rípichip desde otra esquina.

Habían sido vendidos, pero los hombres que los compraron se quedaron a fin de hacer ofertas por otros esclavos; por eso no se los habían llevado aún. La multitud se apartó para dar paso a ellos tres y hubo fuertes apretones de mano y saludos entre Caspian y sus amigos. En seguida se acercaron dos comerciantes de Calormen. Los calormanos tienen la cara oscura y largas barbas, usan túnicas sueltas y turbantes color naranja, y son un pueblo antiguo, sabio, rico, cortés y cruel. Se inclinaron atentamente ante Caspian y le hicieron muchos cumplidos sobre las fuentes de prosperidad que riegan los jardines de la prudencia y la virtud (y muchas cosas por el estilo), pero, por

supuesto, lo que querían era el dinero que habían pagado.

—Es muy justo, señores —dijo Caspian—. A todo aquel que compró un esclavo hoy, se le devolverá su dinero. Pug, saca todas tus ganancias, hasta el último mínimo. (Un mínimo equivale a un cuadragésimo de creciente).

—¿Es que su Majestad pretende arruinarme? —gimió Pug.

—Toda tu vida has vivido del sufrimiento ajeno —dijo Caspian—, y si quedas en la ruina, es preferible ser mendigo que esclavo. Pero ¿dónde está mi otro amigo?

—¿El? —dijo Pug—. Por favor, lléveselo, se lo agradeceré. Feliz de deshacerme de él. Jamás había visto algo más difícil de vender en el mercado, en todos los días de mi vida. Al final lo ofrecí en cinco crecientes y, así y todo, nadie lo compró. Lo tiré gratis junto a otros lotes, y nadie lo quiso tampoco, ni siquiera lo miraron. Tachuelas, muéstranos a Enfurruñado.

De ese modo presentaron a Eustaquio y por cierto que parecía estar de mal humor, ya que, aunque a nadie le gustaría que lo vendieran como esclavo, debe ser aún más mortificante ser una especie de esclavo de repuesto al que nadie quiere comprar. Subió hasta donde se encontraba Caspian y dijo:

—Ya veo. Como siempre. Divirtiéndote en algún lugar, mientras el resto de nosotros estábamos prisioneros. Supongo que no has averiguado nada del cónsul británico. Por supuesto que no.

Aquella noche hubo una gran fiesta en el castillo de Cielo Angosto.

—¡Ojalá mañana empiecen nuestras verdaderas aventuras! —dijo Rípichip al irse a la cama, después de hacer sus reverencias a todos.

Pero en realidad no podría ser mañana, ni nada parecido. Por ahora se aprestaban para dejar atrás todos los mares y tierras conocidos, y tenían que hacer grandes preparativos. El *Explorador del Amanecer* quedó vacío y ocho caballos lo arrastraron a tierra sobre grandes olas. Los más expertos carpinteros de barcos lo revisaron entero hasta el último rincón. Luego lo echaron nuevamente al mar y lo aprovisionaron con todos los víveres y el agua que podía contener, es decir, para veintiocho días. Aun así, como Edmundo lo hizo ver con desilusión, esto les permitiría navegar sólo quince días en dirección este antes de tener que abandonar su búsqueda.

Mientras se hacían estos preparativos, Caspian no perdió la oportunidad de interrogar a todos los capitanes navales de más edad que pudo encontrar en Cielo Angosto, para averiguar si sabían algo o habían oído algún rumor sobre la existencia de tierras hacia el este.

Sirvió muchas jarras con cerveza del castillo, a hombres de caras curtidas, de cortas barbas grises y claros ojos azules y, a cambio de esto, escuchó muchos cuentos increíbles. Pero los que parecían ser más veraces no sabían de tierras más allá de las Islas Desiertas, y muchos pensaban que si navegabas alejándote hacia el este, entrarías en los profundos oleajes de un mar sin tierras, que se arremolinan eternamente alrededor del borde del mundo.

—Y pienso que es allá donde se fueron a pique los amigos de su Majestad.

El resto sólo contaba extrañas historias sobre islas habitadas por hombres sin cabeza, islas flotantes, trombas marinas, y fuego que quema de un extremo a otro de las aguas. Sólo uno de ellos, para felicidad de Rípichip, dijo:

—Y tras todo aquello está el país de Aslan. Pero eso es más allá del fin del mundo, y ustedes no pueden llegar allá.

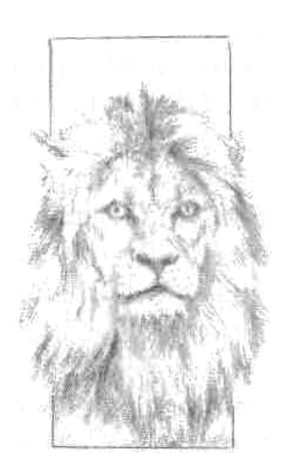
Mas, cuando le interrogaron, solamente pudo decir que se lo había escuchado a su padre.

Lo único que Bern podía decir era que había visto a sus seis compañeros navegar hacia el este, y que nunca más había vuelto a saber de ellos. Dijo esto cuando estaba con

Caspian en el lugar más alto de Avra, que domina el mar oriental.

—A menudo he estado aquí por la mañana —dijo el Duque—, y he visto el sol saliendo por el mar. A veces parecía que estuviera un par de millas más allá, y he pensado en mis amigos y me he preguntado qué habrá verdaderamente tras el horizonte. Nada, probablemente, y, sin embargo, siempre me avergüenzo un poco de haberme quedado atrás. Pero quisiera que su Majestad no se fuera. Podríamos necesitar su ayuda aquí. El haber cerrado el mercado de esclavos puede significar un mundo nuevo. Temo una guerra con los calormanos. Mi Señor, piénsalo bien.

—Hice un juramento, señor Duque —dijo Caspian—. Y de todas formas ¿qué podría decirle a Rípichip?



# V LO QUE LA TORMENTA TRAJO CONSIGO

Cerca de tres días después de su arribo, el *Explorador del Amanecer* fue remolcado fuera del puerto de Cielo Angosto. La despedida fue muy solemne, y una gran multitud se reunió para verlos partir. Hubo aplausos y también lágrimas cuando Caspian pronunció su último discurso a los habitantes de las Islas Desiertas y se despidió del Duque y su familia. Pero cuando el barco se alejaba de la orilla, con su vela púrpura aún crujiendo perezosamente, y el sonido de la trompeta de Caspian en la popa se hizo más débil a través del agua, todo el mundo quedó silencioso. Pronto apareció el viento. La vela se hinchó, el remolcador soltó el barco y regresó remando. La primera ola grande creció rápido bajo la proa del *Explorador del Amanecer,* y el barco volvió a tener vida. Los hombres que no estaban en servicio bajaron, Drinian tomó la primera guardia en la popa y la nave puso proa en dirección este, girando al sur de Avra.

Los días que siguieron fueron deliciosos. Lucía pensaba que era la niña más afortunada del mundo, pues al despertar cada mañana veía los reflejos del agua iluminada por el sol bailando en el techo de su camarote, y a su alrededor veía todas esas preciosas cosas nuevas que traía de las Islas Desiertas (botas marineras, botines, capas, chaquetillas y bufandas). Y luego iría a cubierta, a mirar un mar de un azul más brillante cada mañana y beber un aire día a día más cálido. Después venía el desayuno y un hambre que sólo se siente en el mar.

Lucía pasaba largas horas sentada en el banquito de popa jugando ajedrez con Rípichip. Era divertido verlo levantar, con sus dos patas, esas piezas demasiado grandes para él, y pararse en la punta de los pies si tenía que hacer una movida en el centro del tablero. Era un buen jugador y, cuando se acordaba de lo que estaba haciendo, generalmente ganaba. Pero de vez en cuando Lucía era la vencedora, porque a veces el Ratón hacía cosas tan ridículas como poner en peligro un caballo entre una torre y una reina juntas. Esto ocurría cuando él momentáneamente se olvidaba de que se trataba de un juego de ajedrez y estaba pensando en una batalla real y hacía que el caballo se moviera como él lo hubiera hecho en su lugar. Rípichip tenía su mente llena de aventuras imposibles, leyendas de gloria o de muerte y actitudes heroicas.

Pero momentos tan agradables no podían durar eternamente. Una tarde en que Lucía miraba distraídamente hacia popa la estela que el barco dejaba tras de sí, vio de pronto una gran masa de nubes que se formaba al oeste con asombrosa rapidez. De pronto se hizo un hueco entre las nubes por donde se desparramó una dorada puesta de sol. Detrás del barco las olas parecieron tomar extrañas formas, y el mar, un color pardo o amarillento, como el de las velas sucias. El aire se puso frío. El barco parecía moverse inquieto, como si presintiera el peligro a sus espaldas. La vela podía estar plana y lacia, y al momento siguiente desplegarse con violencia. Mientras Lucía observaba estas cosas, extrañada por un siniestro cambio que se percibía en el ruido del viento, Drinian gritó:

—¡Todos a cubierta!

Y en un minuto todo el mundo trabajaba frenéticamente. Aseguraron las escotillas, apagaron el fuego de la cocina y algunos hombres subieron a recoger la vela. Antes de que pudieran terminar, los azotó la tormenta. Lucía pensó que un gran valle se abría en el mar, justo frente a proa y que se metían en él mucho más a fondo de lo que podría haberse imaginado. Una inmensa montaña de agua gris, mucho más alta que el mástil, se precipitaba contra ellos; la muerte parecía segura, pero la corriente los levantó hasta la cresta de la gran ola. Luego pareció que el barco daba vueltas en redondo y una

catarata de agua inundó la cubierta; la popa y el castillo de proa parecían dos islas separadas por un furioso mar. Arriba, los marineros estaban tendidos en la verga, tratando desesperadamente de sujetar la vela. Un cabo roto colgaba al viento hacia un lado, muy derecho y tieso como un palo.

—¡Vaya abajo, Señora! —gritó Drinian.

Lucía, sabiendo que los marineros —y marineras— de agua dulce son un estorbo para la tripulación, trató de obedecer de inmediato. Pero no le fue fácil. El *Explorador del Amanecer* estaba terriblemente escorado a babor, y la cubierta se inclinaba como el techo de una casa. La niña tuvo que gatear de un lado a otro hasta llegar a lo alto de la escalera, afirmándose a la barandilla; se quedó muy quieta mientras dos hombres subían y luego bajó como pudo. Fue una suerte que estuviera bien sujeta, pues al pie de la escalera otra ola atravesó la cubierta bramando y llegó hasta sus hombros. Lucía ya estaba calada hasta los huesos con la espuma y la lluvia, pero esto fue más frío. Después se abalanzó a la puerta de su camarote, entró y dejó afuera la espantosa visión de la rapidez con que se internaban en la oscuridad, pero no pudo acallar la terrible confusión de chirridos, gemidos, chasquidos, estruendos, rugidos y bramidos que sonaban mucho más impresionantes allí abajo que en cubierta.

Y el día siguiente y el subsiguiente fue lo mismo, y así siguió hasta que apenas se podían acordar de cuándo había empezado. Y todo el tiempo tenía que haber tres hombres al timón, ya que menos no habrían podido mantener el rumbo. Y siempre debía haber gente en la bomba. Nadie podía descansar, nada se podía cocinar y nada se podía secar. Un hombre se perdió en el mar. Y no veían nunca el sol.

Una vez que pasó la tormenta, Eustaquio hizo la siguiente anotación en su diario:

“3 de septiembre

“Es el primer día en años que puedo escribir. Nos agarró un huracán que duró trece días y trece noches. Lo sé porque he llevado una cuenta muy minuciosa, aunque los demás dicen que son doce. ¡Qué agradable embarcarse en un viaje tan peligroso con gente que ni siquiera sabe contar bien! He pasado momentos horribles; hora tras hora subiendo y bajando con inmensas olas, a menudo empapado hasta los huesos, y ni siquiera han hecho un intento de prepararnos una verdadera comida. No hace falta decir que no tenemos radio, ni siquiera un cohete, así que no hay ninguna posibilidad de hacer señales para que vengan a ayudarnos. Todo esto prueba lo que les he dicho todo el tiempo. Que es una locura echarse a navegar en un botecito apolillado como éste. Sería bastante malo aun estando con gente decente, en vez de demonios con forma humana. Caspian y Edmundo son muy crueles conmigo. La noche que perdimos nuestro mástil (ahora sólo queda un pedazo de palo) me obligaron a salir a cubierta y a trabajar como un esclavo, a pesar de que no me sentía nada de bien. Lucía metió su cuchara diciendo que Rípichip estaba ansioso por ayudar, pero que era demasiado pequeño. Me pregunto si no se dará cuenta de que todo lo que hace esa pequeña bestia es por lucirse. Incluso a su edad ella podría tener un poco de sentido común. Hoy día, por fin este maldito bote está tranquilo y ha salido el sol, y todos hemos estado horas y horas discutiendo sobre lo que haremos. Tenemos suficiente comida para dieciséis días, aunque puras porquerías. (El agua barrió por la borda todas las aves de corral. Aunque no lo hubiese hecho, la tormenta les habría impedido poner huevos). El verdadero problema es el agua. Parece que dos de los barriles tienen agujeros y perdieron toda el agua (nuevamente la eficiencia narniana). Con pequeñas raciones de medio litro al día, tendremos lo necesario para doce días (aún queda un montón de ron y de vino, pero incluso ellos se dan cuenta de que eso los haría tener más sed).

“Si pudiésemos, por supuesto, lo sensato sería dar la vuelta hacia el oeste y regresar a las Islas Desiertas. Pero nos ha tomado dieciocho días llegar hasta donde estamos, corriendo como locos con un vendaval a nuestras espaldas. Aunque agarráramos viento este, nos demoraríamos mucho más en volver. Por el momento no hay ninguna señal de viento este (de hecho, no hay viento de ningún tipo). Tampoco se puede pensar en remar, porque tomaría mucho más tiempo y, además, Caspian dice que los hombres no pueden remar con apenas medio litro de agua al día. Yo estoy convencido de que está equivocado. Le traté de explicar que el sudor calma a las personas, y que los hombres necesitarían menos agua si estuvieran trabajando, pero no se dio por aludido como lo hace siempre que no se le ocurre alguna respuesta. Todos los demás votaron por continuar, con la esperanza de encontrar tierra. Me sentí en el deber de advertirles que ninguno de nosotros sabía si *había* tierra más adelante, y traté de hacerles ver los peligros de las ilusiones exageradas. En vez de idear un plan mejor, tuvieron la desfachatez de preguntarme qué proponía yo. Así es que me limité a explicarles fría y tranquilamente que yo había sido raptado y llevado a este estúpido viaje sin mi consentimiento, y que no era asunto mío sacarlos a ellos de su aprieto".

“4 de septiembre

“Todavía todo en calma. Muy pocas raciones para la comida y a mí es al que menos le dan. Caspian es muy hábil para servirse y piensa que no me doy cuenta. Por alguna razón Lucía me quiso compensar esto ofreciéndome parte de su ración, pero ese pedante metete de Edmundo no la dejó. Sol bastante caluroso. Terriblemente sediento toda la tarde”.

“5 de septiembre

“Aún en calma y con mucho calor. Me he sentido fatal todo el día y estoy seguro de que tengo fiebre. Claro que no tienen un termómetro a bordo”.

“6 de septiembre

“Un día horrible. Desperté en la noche, *sabiendo* que estaba afiebrado y que *necesitaba* un trago de agua. Cualquier doctor lo habría dicho. Dios sabe que yo sería la última persona en tratar de sacar una ventaja desleal, pero jamás *imaginé* que este racionamiento de agua se aplicaría a un enfermo. En realidad, yo podría haber despertado a los otros y haberles pedido un poco, pero pensé que sería un egoísmo despertarlos. Así es que me levanté, tomé mi taza y salí en puntillas del Agujero Negro donde dormimos, teniendo mucho cuidado de no molestar a Caspian ni a Edmundo, puesto que habían estado durmiendo mal desde que comenzaron el calor y la escasez de agua. Siempre trato de ser considerado con los demás, me sean o no simpáticos. Salí muy bien y entré en la pieza grande, si es que se le puede llamar pieza, donde están las bancas de los remeros y el equipaje. El asunto del agua está allí. Todo iba maravillosamente bien, pero antes de que pudiera sacar una taza llena de agua, me tuvo que atrapar Rip, *ese pequeño espía.* Traté de explicarle que me iba a cubierta para tomar un poco de aire (él no tenía nada que ver con el problema del agua), pero me preguntó por qué andaba con una taza. Metió tanta bulla que despertó a todo el barco. Me trataron en forma escandalosa. Pregunté, como creo que cualquiera hubiera hecho, por qué Rípichip andaba con tanto sigilo entre los barriles de agua a medianoche. Dijo que como era muy pequeño para ayudar en cubierta, todas las noches vigilaba el agua para que otro hombre

pudiera ir a dormir. Y ahora la asquerosa injusticia: ¡Todos le creyeron! ¿No es el colmo?

“Tuve que disculparme, porque si no esa peligrosa bestia me habría perseguido con su espada. Y luego Caspian se mostró tal cual es, un tirano cruel, y dijo en voz alta para que todos oyeran que si descubría a alguien *robando* agua en el futuro, le daría *dos docenas.* No entendía lo que quiso decir hasta que Edmundo me lo explicó. Aparece en la clase de libros que leen esos niños Pevensie.

“Después de esta cobarde amenaza, Caspian cambió el tono y comenzó a hablar con aire protector. Dijo que lo sentía por mí, pero que todo el mundo estaba tan afiebrado como yo, y que debíamos tratar de sacar el mejor partido de esto, etc. Odioso mojigato presumido. Me quedé todo el día en cama”.

“7 de septiembre

“Un poquito de viento hoy día, pero siempre del oeste. Hicimos unas pocas millas hacia el este, con parte de la vela puesta en lo que Drinian llama bandola. Esto quiere decir el bauprés en posición vertical y atado (ellos lo llaman amarrado) al pedazo que quedaba del verdadero mástil. Todavía con una sed tremenda”.

“8 de septiembre

“Seguimos navegando rumbo al este. Paso en mi litera todo el día y no veo a nadie, salvo a Lucía, hasta que los dos demonios vienen a acostarse. Lucía me da un poco de su ración de agua. Dice que a las niñas no les da tanta sed como a los muchachos. Yo siempre he pensado lo mismo, pero esto debería saberse más en el mar”.

“9 de septiembre

“Tierra a la vista. Una montaña muy alta allá lejos, al sureste”.

“10 de septiembre

“La montaña se ve más alta y más claramente, pero siempre bastante lejos. Gaviotas otra vez, hoy por primera vez desde hace no sé cuánto tiempo”.

“11 de septiembre

“Pescaron algunos peces y los sirvieron a la comida. Alrededor de las 7 p.m. dejaron caer el ancla a tres brazas de agua en una bahía de esta isla montañosa. El imbécil de Caspian no nos dejó bajar a tierra, porque estaba oscureciendo, y temía que hubiese nativos y animales salvajes. Ración extra de agua esta noche”.

Lo que les esperaba en esta isla iba a afectar a Eustaquio más que a ningún otro, pero no puedo contárselos con sus propias palabras, porque a partir del 11 de septiembre olvidó escribir su diario por un buen tiempo.

Al llegar la mañana, con un cielo bajo y gris, pero con mucho calor, los aventureros se encontraron en una bahía rodeada por tales acantilados y despeñaderos, que parecía un fiordo noruego. Frente a ellos, en la punta de la bahía, había un espacio de tierra cubierta totalmente con árboles que parecían cedros, a través de los cuales corría un rápido riachuelo. Más allá había una cuesta muy escarpada, que terminaba en

una dentada cordillera y, más atrás, una vaga oscuridad de montañas que se elevaban en medio de descoloridas nubes que hacían imposible divisar sus cumbres. Los acantilados más cercanos, a cada lado de la bahía, estaban veteados aquí y allá por líneas blancas, y todo el mundo se dio cuenta de que eran cascadas, aunque a esa distancia no parecían tener movimiento ni hacían ruido alguno. En verdad, todo el lugar estaba muy silencioso y el agua de la bahía se veía tan lisa como un cristal, y reflejaba hasta el más mínimo detalle de los acantilados. Tal escena habría sido hermosa en un cuadro, pero en la vida real era un tanto agobiadora. No era un país acogedor para los visitantes.

La tripulación bajó a tierra en dos barcadas; todos bebieron y se lavaron alegremente en el río, comieron y descansaron un poco. Luego Caspian envió a cuatro hombres de regreso para que cuidaran el barco y comenzó el trabajo del día. Había que hacerlo todo: bajar los barriles a tierra, arreglar los que estaban en mal estado, si era posible, y llenarlos todos; debían buscar un árbol, de preferencia un pino si conseguían uno, para cortarlo y fabricar un nuevo mástil; reparar las velas; organizar una cacería para matar cualquier presa que ofreciera aquella tierra; había que lavar y remendar la ropa, y reparar un sinnúmero de destrozos producidos a bordo. Porque en el propio *Explorador del Amanecer* —más evidente ahora que lo veían a la distancia— apenas se podía reconocer ese barco elegante que zarpó de Cielo Angosto. Parecía un armatoste estropeado y descolorido, que cualquiera habría podido tomar por un barco naufragado. Y sus oficiales y tripulantes no estaban mucho mejor: flacos, pálidos, con los ojos rojos por la falta de sueño y vestidos con harapos.

Cuando Eustaquio, tendido bajo un árbol, escuchó discutir todos estos planes, se le fue el alma a los pies. ¿Es que no habría descanso? Parecía que el primer día en esa anhelada tierra sería de trabajo tan pesado como un día en el mar. Pero entonces se le ocurrió una estupenda idea. Nadie lo miraba, todos hablaban hasta por los codos sobre su barco, como si realmente les gustara esa porquería. ¿Por qué no desaparecer simplemente?

Podría dar un paseo hacia el interior de la isla, encontrar un lugar fresco con buen aire arriba en las montañas, dormir una larga siesta, y no reunirse con los demás hasta que la jornada de trabajo hubiese terminado. Pensó que esto le haría muy bien. Pero tendría buen cuidado de no perder de vista la bahía y el barco para estar seguro del camino de vuelta. No le gustaría que lo dejaran olvidado en ese lugar.

Puso su plan en acción de inmediato. Silenciosamente se levantó del suelo y se alejó caminando entre los árboles. Se preocupó de ir lentamente, como sin rumbo, de modo que si alguien lo veía, podía pensar que sólo estaba estirando las piernas. Se sorprendió al ver lo rápido que disminuía el murmullo de la conversación tras él, lo silencioso y tibio que se volvía el bosque y del tono verde oscuro que tomaba. Pronto se dio cuenta de que podía aventurarse a paso más rápido y decidido.

Este tranco pronto lo llevó fuera del bosque. El terreno comenzó a subir empinadamente frente a él. El pasto estaba seco y resbaloso, pero podría arreglárselas si usaba las manos además de los pies, y aunque jadeaba y tenía que secarse a cada rato la frente, siguió sin parar. Esto demostró, dicho sea de paso, que aunque él no lo sospechase su nueva vida ya le había hecho bien; el Eustaquio de antes, el Eustaquio de Haroldo y Alberta, habría renunciado a escalar al cabo de unos diez minutos.

Lentamente y parándose de vez en cuando a descansar, llegó a la cumbre. Esperaba desde ahí tener vista hacia el centro de la isla, pero las nubes habían bajado aún más, acercándose mucho, y un mar de niebla se arrastraba en dirección a él. Se sentó y miró hacia atrás. Estaba tan alto que la bahía se veía muy pequeña a sus pies, y alcanzaba a ver muchas millas de mar. En eso la niebla que venía de las montañas se cerró a su alrededor, espesa pero no fría; Eustaquio se tendió y se dio vuelta para todos

lados buscando la posición más cómoda para pasarlo bien. Pero no lo pasó bien, al menos no por mucho rato. Comenzó, casi por primera vez en su vida, a sentirse solo. Esta sensación, al principio, creció en forma muy gradual. Luego empezó a preocuparse del tiempo. No se oía ni el más leve sonido. De pronto se le ocurrió que tal vez había estado tendido allí durante horas. ¡Quizás los demás se habían ido! ¡A lo mejor lo habían dejado irse a vagar a propósito, con el fin de dejarlo abandonado! Pegó un salto, muerto de miedo, y empezó el descenso.

Al principio trató de hacerlo a toda carrera, pero resbaló en el pasto que estaba muy alto y rodó varios metros. Luego, pensando que esta caída lo había desviado mucho hacia la izquierda y que a la subida había visto precipicios en esa dirección, trepó gateando otra vez, lo más cerca posible —según recordaba— del lugar desde donde había partido y comenzó a bajar de nuevo, torciendo a la derecha. Después las cosas parecieron ir mejor. Iba muy cauteloso, pues no podía ver más allá de un metro y todo a su alrededor continuaba en absoluto silencio. Es muy desagradable tener que caminar con cautela cuando hay una voz dentro de ti diciendo todo el tiempo: "Rápido, rápido, rápido". Cada instante que pasaba se hacía más fuerte su sensación de haber sido abandonado. Si Eustaquio hubiera entendido a Caspian y a sus primos Pevensie, habría sabido, por supuesto, que no existía ni la más remota posibilidad de que hiciesen una cosa semejante. Pero estaba convencido de que ellos eran unos demonios con forma humana.

—¡Al fin —exclamó Eustaquio, mientras se resbalaba por una cuesta llena de piedras sueltas (ellos las llamaban *guijarros)* hasta que llegó al plano—. Y ahora, ¿dónde están esos árboles? Hay algo oscuro allá adelante. Vaya, creo que la niebla se está disipando.

Y así era. La luz aumentaba cada vez más y lo hacía parpadear. La niebla se levantó, y Eustaquio se encontró en un valle absolutamente desconocido para él. No se veía el mar por ninguna parte.



## VI LAS AVENTURAS DE EUSTAQUIO

En ese preciso momento los demás se estaban lavando la cara y las manos en el río y se preparaban para comer y, luego, descansar. Los tres mejores arqueros habían subido a los cerros al norte de la bahía, y habían vuelto cargados con un par de cabras salvajes, que ahora se asaban en el fuego. Caspian hizo traer a tierra un barril de vino, un vino fuerte de Arquenlandia, que tuvo que ser mezclado con agua para que hubiera bastante para todos. Hasta el momento el trabajo anduvo bien, así es que la comida fue muy alegre. Sólo después de una segunda porción de carne de cabra, Edmundo preguntó:

—¿Dónde está ese sinvergüenza de Eustaquio?

Entretanto Eustaquio miraba con los ojos muy abiertos aquel valle desconocido. Era tan angosto y profundo, y los precipicios que lo rodeaban tan escarpados, que parecía un gran pozo o una zanja. El suelo estaba cubierto de hierba, aunque lleno de rocas y, por todas partes, se veían manchas negras calcinadas, semejantes a las que ves a los lados de la línea del tren en un verano seco. A unos quince metros del lugar donde se encontraba Eustaquio, había una poza de agua clara y tranquila. En un principio no había nada más en el valle; ni animales, ni pájaros, ni insectos. El sol caía a plomo y los lúgubres picachos de las montañas se asomaban al borde del valle.

Por supuesto, Eustaquio se dio cuenta de que en la niebla había bajado por el lado contrario del cerro, así que se dio vuelta de inmediato para ver el modo de volver atrás. Pero en cuanto miró, sintió un escalofrío. Aparentemente, con una suerte asombrosa, había encontrado el único camino posible para bajar: una franja de tierra larga y verde, terriblemente empinada y angosta, con precipicios a ambos lados. No había forma de regresar. Pero ahora que había visto de qué se trataba, ¿sería capaz de hacerlo? A la sola idea, la cabeza le daba vueltas.

Eustaquio se volvió nuevamente, pensando que, en todo caso, sería mejor que primero tomara bastante agua de la poza. Pero apenas giró y antes de que diera un paso en dirección al valle, oyó un ruido tras él. Era sólo un ruido insignificante, pero resonó muy fuerte en medio de aquel inmenso silencio y lo dejó paralizado de miedo por unos segundos; luego giró la cabeza y miró.

Al fondo del acantilado, un poco a la izquierda de Eustaquio, había un agujero bajo y oscuro, tal vez la entrada a una cueva, del cual salían dos delgadas columnas de humo. Las piedras sueltas justo bajo el agujero se movían (este fue el ruido que él escuchó) como si detrás de ellas algo se arrastrase en la oscuridad.

*Algo* se arrastraba. Peor aún, algo salía del agujero. Edmundo o Lucía o ustedes lo habrían reconocido de inmediato, pero Eustaquio no había leído ninguno de los libros que hay que leer. Lo que salió de la cueva era algo que jamás se había imaginado siquiera: un largo hocico color plomo, ojos inexpresivos de color rojo, un gran cuerpo ágil sin plumas ni pelo, que se arrastraba por el suelo; patas cuyos codos subían por encima de la espalda como las patas de una araña; crueles garras, alas de murciélago que hacían un sonido chirriante sobre las piedras, y metros de cola. Y las dos hileras de humo salían de sus narices. Eustaquio jamás había pronunciado la palabra *dragón.* Y si lo hubiera hecho, tampoco eso hubiese mejorado las cosas.

Pero si hubiera sabido algo sobre los dragones, tal vez se habría sorprendido un poco ante la conducta de este dragón. No se enderezó ni batió sus alas, tampoco lanzó un chorro de fuego por la boca. El humo que salía por sus narices era semejante al humo que sale de un fuego que está a punto de apagarse. Tampoco parecía haber visto a Eustaquio. Se movía muy lentamente hacia la poza, lentamente y haciendo muchas

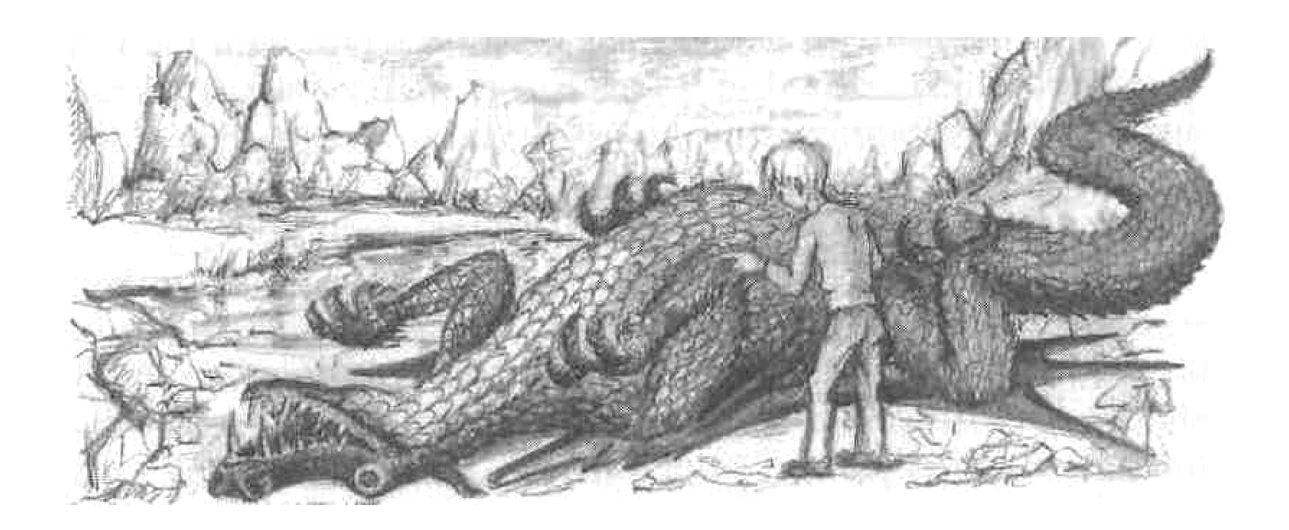
pausas. A pesar de su miedo, Eustaquio se dio cuenta de que aquella era una criatura vieja y triste. Se preguntó si se atrevería a correr hacia la cuesta, pero seguramente el dragón volvería la cabeza si oyese algún ruido. Esto podría despabilarlo un poco más. Tal vez estaba sólo fingiendo. De todas maneras, ¿de qué serviría tratar de escapar trepando un cerro, de una criatura que puede volar?

El dragón llegó a la poza y deslizó sobre los cascajos su horrible y escamoso mentón para tomar agua, pero antes de que hubiese tomado nada, emitió un gruñido o graznido fuerte y metálico y, después de algunas contracciones y convulsiones, rodó cayendo de costado y quedó absolutamente inmóvil con una garra en el aire. Un poco de sangre oscura brotó de su hocico abierto. El humo que salía de sus narices se puso negro por un momento y luego se fue esfumando. No salió nada más.

Pasó un largo rato antes de que Eustaquio se atreviera a moverse. Tal vez este fuera un truco de la bestia, un modo de atraer a los viajeros a su muerte. Pero nadie puede esperar para siempre. Dio un paso acercándose, luego dos, y se detuvo nuevamente. El dragón seguía inmóvil; también se dio cuenta de que el fuego rojo había desaparecido de sus ojos. Finalmente, llegó a su lado. Ahora se sentía muy seguro de que el dragón estaba muerto. Con gran escalofrío, lo tocó; no pasó nada.

Eustaquio sintió un alivio tan grande, que casi soltó una carcajada. Empezó a sentirse como si hubiese luchado con el dragón y le hubiese dado muerte, en vez de, simplemente, haberlo visto morir. Pasó por encima del animal y se acercó a la poza para tomar agua, pues el calor se hacía insoportable. No se sorprendió al oír el estruendo de un trueno. Casi de inmediato desapareció el sol y, antes de que terminara de tomar agua, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

El clima de esta isla era muy desagradable. En menos de un minuto Eustaquio quedó mojado hasta los huesos, y medio cegado con una lluvia que jamás se ve en Europa. No valía la pena tratar de salir del valle mientras no parara de llover. Corrió a toda carrera al único refugio cercano: la cueva del dragón. Allí se tendió en el suelo y trató de recuperar el aliento.



La mayoría de nosotros sabe qué podemos encontrar en la guarida de un dragón, pero, como ya dije antes, Eustaquio había leído sólo los libros inadecuados en los que se hablaba mucho de exportaciones e importaciones, gobiernos y pérdidas financieras, pero eran muy deficientes en materia de dragones. Es por eso que estaba muy desconcertado con respecto a la superficie en la que descansaba. Había algunas cosas que eran demasiado espinosas para ser piedras y demasiado duras para ser espinas, y parecía haber una gran cantidad de cosas redondas y planas que tintineaban cuando él se movía. Por la boca de la cueva entraba luz suficiente para examinar lo que allí había. Eustaquio encontró lo que cualquiera de nosotros le podría haber dicho de antemano: un tesoro. Había coronas (esas eran las cosas espinudas), monedas, anillos, pulseras, lingotes, copas, platos y piedras preciosas.

Eustaquio, al revés de la mayoría de los niños, nunca había pensado mucho en tesoros, pero vio de inmediato lo útil que serían en este nuevo mundo al que había llegado sin querer en forma tan tonta, a través de un cuadro del dormitorio de Lucía.

"Aquí no existen los impuestos", se dijo, "y no tienes que darle el tesoro al gobierno. Con unas pocas cosas de éstas podría pasarlo bastante bien aquí, tal vez en Calormania. Esto parece ser lo menos falso de estas tierras. ¿Cuánto seré capaz de llevar? Veamos... esta pulsera (probablemente estas cosas que tiene sean brillantes), me la pondré disimuladamente en la muñeca. Es demasiado grande, pero no si me la corro para acá, arriba del codo. Ahora me lleno los bolsillos con diamantes (es más fácil que el oro). ¿Cuándo irá a aflojar esta maldita lluvia?"

Eustaquio se puso en un lugar menos incómodo en el montón de joyas, donde había casi puras monedas, y se instaló a esperar. Pero un buen susto, cuando ya ha pasado, especialmente un buen susto después de una caminata por las montañas, te deja agotado. Eustaquio se quedó dormido.

Mientras él dormía profundamente y roncaba, los otros habían terminado de comer y estaban sumamente alarmados por él.

—¡Eustaquio, Eustaquio! ¡Oye! —gritaron hasta quedar roncos. Caspian hizo sonar su cuerno.

—No está por aquí cerca, o ya nos habría oído —dijo Lucía muy pálida.

—¡Maldito sea! —exclamó Edmundo—. ¿Por qué diablos querría escabullirse de esta manera?

—Pero tenemos que hacer algo —dijo Lucía—. Puede haberse perdido, o caído a un hoyo, o quizás fue capturado por los salvajes.

—O lo mató algún animal salvaje —dijo Drinian.

—Y un buen alivio si así fuese, ya lo creo —murmuró Rins.

—Capitán Rins —dijo Rípichip—, jamás dijiste algo que te siente menos. La criatura no es amiga mía, pero tiene la misma sangre de la reina y, mientras sea uno de los nuestros, es asunto de honor encontrarlo, y vengarlo si es que está muerto.

—Por supuesto que tenemos que encontrarlo, si podemos —dijo Caspian, en tono cansado—. Esa es la lata del asunto. Significa una cuadrilla de búsqueda y problemas sin fin. ¡Que molestia este Eustaquio!

Entretanto, Eustaquio dormía y dormía. Lo despertó un dolor en un brazo. La luna brillaba a la entrada de la boca de la cueva y la cama de joyas parecía haberse vuelto mucho más cómoda. De hecho, Eustaquio apenas la notaba. En un principio se sintió intrigado por el dolor de su brazo, pero pronto pensó que era la pulsera que él había subido hasta el codo, que ahora le apretaba en una forma extraña. Seguramente se le había hinchado el brazo mientras dormía (era su brazo izquierdo).

Movió su brazo derecho para tocarse el izquierdo, pero se detuvo antes de moverlo unos milímetros, y se mordió los labios aterrado. Porque justo frente a él, un

poco a la derecha, donde el reflejo de la luna iluminaba claramente el suelo de la cueva, vio una silueta monstruosa que se movía. Reconoció esa forma: era la garra de un dragón. Se había movido cuando él movió la mano, y se quedó quieta, cuando dejó de moverla.

"¡Qué tonto he sido!", pensó Eustaquio, "por supuesto que la bestia tenía su pareja, que ahora está echada a mi lado".

Por un buen rato no se atrevió a mover ni un músculo. Ante sus ojos subían dos delgadas columnas de humo, negras al reflejo de la luna, como el humo que salía de las narices del otro dragón antes de morir. Todo era tan alarmante que Eustaquio contuvo la respiración. Las columnas de humo desaparecieron. Cuando no pudo contenerla más, la fue soltando con gran cautela; y de inmediato reaparecieron los dos chorros de humo. Pero aun entonces, Eustaquio no sospechaba la verdad.

Luego decidió que avanzaría con mucho cuidado hacia su izquierda y trataría de salir silenciosamente de la cueva. A lo mejor la criatura estaba dormida y de todos modos esa era su única oportunidad. Claro que antes de moverse hacia la izquierda miró hacia ese lado y, ¡qué horror!, allí también había una garra de dragón.

Nadie reprocharía a Eustaquio que en ese momento rompiera en lágrimas. Se sorprendió del tamaño de sus propias lágrimas al verlas salpicar el tesoro frente a él. Además eran extrañamente calientes y despedían vapor.

Pero no se sacaba nada con llorar. Debía arrastrarse y salir de entremedio de los dos dragones. Comenzó por estirar su brazo derecho. La pata y garra delantera del dragón hicieron exactamente el mismo movimiento a su derecha. Entonces pensó que debería ensayar por el otro lado. La pata izquierda del dragón también se movió.

¡Dos dragones, uno a cada lado, imitando todo lo que él hacía! Sus nervios no resistieron más y simplemente se escapó.

Hubo tal estrépito, chirridos, tintineo de oro y rechinar de piedras cuando corrió fuera de la cueva, que Eustaquio pensó que los dos dragones lo perseguían. No tuvo valor para mirar hacia atrás. Se abalanzó hacia la poza. La retorcida figura del dragón muerto, que yacía bajo la luz de la luna, habría bastado para aterrorizar a cualquiera, pero en ese instante Eustaquio ni lo advirtió. Su idea era lanzarse al agua. Pero al llegar a la orilla de la poza ocurrieron dos cosas. Primero que nada, de súbito se dio cuenta de que había estado corriendo en cuatro patas. ¿Por qué diablos lo había hecho? En segundo lugar, al inclinarse sobre el agua, por un segundo pensó que otro dragón lo estaba mirando fuera de la poza. Pero en el acto comprendió la realidad. La cara de dragón que se reflejaba en el agua era su propia imagen. No había ninguna duda. Se movía cuando él se movía; abría y cerraba la boca, cuando él abría y cerraba la suya.

Eustaquio se había transformado en un dragón mientras dormía. Por dormir sobre el tesoro de un dragón y por tener pensamientos codiciosos como los de un dragón en el corazón, se había vuelto él mismo un dragón.

Esto lo explicaba todo. No hubo dos dragones a su lado en la cueva. Las garras que veía a su derecha e izquierda eran sus propias garras derecha e izquierda. Las dos columnas de humo salían de sus propias narices. En cuanto al dolor que sentía en su brazo izquierdo (o lo que fue su brazo izquierdo), ahora comprendía lo que había sucedido, al mirar de reojo con su ojo izquierdo. La pulsera que se había ajustado perfectamente a la parte superior del brazo de un niño, era lejos demasiado pequeña para la pata ancha y rechoncha de un dragón. Se había clavado profundamente en su carne escamosa, dejando a cada lado una punzante hinchazón. Eustaquio se hirió con sus dientes de dragón, pero no pudo sacarla.

A pesar del dolor, su primer sentimiento fue de alivio. Ya no había nada que temer. Ahora él mismo era un terror y nada en el mundo, salvo un caballero (y no

cualquiera), se atrevería a atacarlo. Ahora podría vérselas hasta con Caspian y Edmundo...

Pero, al momento de pensarlo, se dio cuenta de que eso no le interesaba. Ahora quería ser su amigo. Quería volver donde estaban los humanos y conversar, y reír, y compartir cosas con ellos. Se daba cuenta de que era un monstruo separado de toda la raza humana. Lo invadió una espantosa soledad. Empezó a comprender que los otros no eran en absoluto unos demonios. Se preguntó si realmente él era la persona agradable que creía ser. Anheló oír sus voces, y habría estado profundamente agradecido de recibir una palabra cariñosa, aunque fuera de Rípichip. Al pensar en esto, el pobre dragón, que había sido Eustaquio, alzó la voz y lloró. Debe ser algo difícil de imaginar ver y escuchar a un poderoso dragón que llora a lágrima viva a la luz de la luna en un valle desierto.

Finalmente, Eustaquio decidió que trataría de encontrar el camino para volver a la playa. Ahora comprendía que Caspian jamás habría zarpado dejándolo atrás. Y estaba seguro de que, de algún modo, podría hacer que la gente comprendiera quién era él.

Tomó un largo trago de agua y luego (sé que esto suena horroroso, pero no lo es si lo piensan bien) se comió casi todo el dragón muerto. Ya se había comido la mitad cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo; pues, ya ven, a pesar de que su mente era la de Eustaquio, sus gustos y su digestión eran los de un dragón, y no hay nada que le guste más a un dragón que el dragón fresco. Por eso es que muy rara vez encuentras más de un dragón en un mismo país.

Luego empezó a trepar para salir del valle. Comenzó la escalada con un salto y, apenas hubo saltado, se dio cuenta de que estaba volando. Ya se había olvidado de que tenía alas, así es que se llevó una gran sorpresa, la primera sorpresa agradable que había tenido después de mucho tiempo. Luego se elevó muy alto en el aire y, a la luz de la luna, vio las cumbres de innumerables montañas que se extendían allá abajo. Podía ver la bahía, semejante a una losa de plata, y el *Explorador del Amanecer,* anclado allí, y las fogatas del campamento que centelleaban en los bosques junto a la playa. Desde gran altura se lanzó hacia ellos en un simple planeo.

Lucía dormía profundamente, pues se quedó en pie hasta el regreso de la cuadrilla de búsqueda, esperando oír buenas noticias sobre Eustaquio. El grupo, que era dirigido por Caspian, volvió tarde y muy cansado. Sus noticias eran inquietantes. No habían encontrado ningún rastro de Eustaquio, pero habían visto un dragón muerto en un valle. Trataron de ver el lado positivo del asunto y unos a otros se aseguraban que lo más probable era que no hubiera más dragones por los alrededores, y que aquel que había muerto cerca de las tres esa tarde (a esa hora lo encontraron), difícilmente podría haber estado matando gente unas pocas horas antes.

—A menos que se haya comido a ese chiquillo malcriado y haya muerto de indigestión: ese mocoso envenenaría cualquier cosa —dijo Rins, pero tan despacio que nadie lo oyó.

Ya tarde en la noche, Lucía se despertó, muy suavemente, y vio a todos reunidos, muy juntos y hablando en susurros.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Debemos tener mucha fortaleza —decía Caspian—. Un dragón acaba de sobrevolar las copas de los árboles y ha aterrizado en la playa. Sí, me temo que está entre nosotros y el barco. Las flechas no sirven de nada contra los dragones, y ellos no le temen en lo más mínimo al fuego.

—Con el permiso de su Majestad... —comenzó Rípichip.

—No, Rípichip —dijo firmemente el Rey—. No vas a intentar un combate singular con él. Y a menos que me prometas que me vas a obedecer en este asunto, te

haré amarrar. Sólo debemos estar muy vigilantes y, apenas amanezca, bajar a la playa y librar la batalla. Yo los guiaré. El rey Edmundo estará a mi derecha y lord Drinian a mi izquierda. No hay otras medidas que tomar. En un par de horas será de día. Que se sirva la comida en una hora más y también lo que queda de vino; y que todo se haga en silencio.

—Tal vez se vaya —dijo Lucía.

—Será peor si lo hace —dijo Edmundo—, porque entonces no sabremos dónde está. Si hay una avispa en la pieza, me gustaría poder verla.

El resto de la noche fue horrible y cuando la comida estuvo servida, a pesar de saber que debían comer, muchos sintieron que no tenían hambre. Pareció que pasaban horas interminables antes de que se disipara la oscuridad y los pájaros empezaran a trinar por aquí y por allá, y la tierra se puso más fría y húmeda de lo que había estado en la noche. Entonces Caspian gritó:

—¡Ahora, amigos!

Se levantaron, todos con sus espadas desenvainadas, y se formaron en un sólido grupo, con Lucía al centro y Rípichip en su hombro. Esto era mejor que la espera, y cada uno de ellos sentía más cariño hacia los demás que en tiempos normales. Un instante después, todos marchaban. A medida que se acercaban al extremo del bosque, aumentaba la claridad. Y allí, tendido en la arena, como una lagartija gigante, o un flexible cocodrilo o una serpiente con patas, inmenso, horrible y jorobado, estaba el dragón. Pero al verlos, en vez de levantarse echando fuego y humo, retrocedió; casi se puede decir se fue tambaleando hasta los bajos de la bahía.

—¿Por qué menea así la cabeza? —preguntó Edmundo.

—Y ahora está saludando con la cabeza —dijo Caspian.

—Y algo sale de sus ojos —añadió Drinian.

—Pero ¿no se dan cuenta? —dijo Lucía—. Está llorando. Esas son lágrimas.

—Yo no confiaría mucho, señora —advirtió Drinian—. Es lo que hacen los cocodrilos para pillarnos desprevenidos.

—Movió la cabeza cuando dijiste eso —apuntó Edmundo—, como si quisiera decir “no”. Miren, otra vez.

—¿Crees que entiende lo que estamos diciendo? —preguntó Lucía.

El dragón movió su cabeza con vehemencia. Rípichip se dejó caer del hombro de Lucía y dio unos pasos hacia adelante.

—Dragón —dijo con su voz chillona—. ¿Puedes entender nuestras palabras?

El dragón asintió con su cabeza.

—¿Puedes hablar? Sacudió la cabeza.

—Entonces —dijo Rípichip—, sería inútil preguntarte qué te pasa. Pero si estás dispuesto a jurarnos tu amistad, levanta tu pata delantera izquierda sobre tu cabeza.

Así lo hizo el dragón, pero en forma torpe, porque esa era la pata adolorida e hinchada por la pulsera de oro.

—¡Oh, miren! —exclamó Lucía—. Algo le pasa en esa pata. Pobre animal, a lo mejor por eso lloraba. Quizás vino a nosotros para que lo curásemos, como en Androcles y el León.

—Ten cuidado, Lucía —dijo Caspian—. Es un dragón muy inteligente, pero puede que sea un mentiroso.

Pero ya Lucía iba corriendo hacia adelante, seguida por Rípichip, que corría tan rápido como se lo permitían sus cortas patas, y detrás, por supuesto, fueron los niños y Drinian.

—Muéstrame tu pobre pata —dijo Lucía—. Tal vez yo pueda curarla.

El dragón que-había-sido-Eustaquio le tendió muy contento su pata adolorida,

recordando que el cordial de Lucía lo había sanado del mareo antes de que se convirtiera en un dragón. Pero tuvo una desilusión. El líquido mágico redujo la hinchazón y calmó un poco el dolor, pero no pudo disolver el oro.

Estaban todos apiñados a su alrededor para observar la operación. De pronto, Caspian exclamó:

—¡Miren!

Tenía los ojos clavados en la pulsera.



# VII COMO FINALIZO LA AVENTURA

—¿Mirar qué? —preguntó Edmundo.

—Miren el emblema en la pulsera de oro —dijo Caspian.

—Un pequeño martillo y sobre él un diamante con forma de estrella —dijo Drinian—. ¡Pero si lo he visto antes!

—¡Haberlo visto! —exclamó Caspian—. Claro que lo has visto. Es el símbolo de una gran casa narniana, es el brazalete de lord Octesiano.

—¡Villano! —gritó Rípichip al dragón—. ¿Te has devorado a un lord narniano?

Pero el dragón sacudió violentamente la cabeza.

—O tal vez —dijo Lucía—, él *es* lord Octesiano transformado en dragón por obra de algún encantamiento, ¿no creen?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Edmundo—. Todos los dragones coleccionan oro. Pero creo que podemos suponer que lord Octesiano no pasó más allá de esta isla.

—¿Eres lord Octesiano? —preguntó Lucía al dragón.

Y luego, cuando el dragón sacudió tristemente su cabeza, Lucía preguntó:

—¿Eres alguien que está encantado? Un ser humano, quiero decir.

Y el dragón asintió con su cabeza violentamente. Entonces alguien preguntó (la gente discutiría después si fue Lucía o Edmundo):

—¿No serás..., no serás Eustaquio por casualidad?

Y Eustaquio movió su terrible cabeza de dragón, batió con fuerza su cola en el mar, y todos dieron un brinco hacia atrás (algunos marineros lanzaron exclamaciones que no transcribiré) huyendo de las inmensas y quemantes lágrimas que salían de sus ojos.

Lucía trató por todos los medios de consolarlo; incluso se armó de valor y besó su cara escamosa, y casi todos dijeron "¡qué mala suerte!", y varios aseguraron a Eustaquio que estaban dispuestos a ayudarlo, y muchos dijeron que seguramente habría alguna manera de romper el encantamiento y que lo tendrían perfectamente bien en un par de días. Y, por supuesto, estaban muy ansiosos de escuchar su historia, pero Eustaquio no podía hablar. Más de una vez, en los días siguientes, trató de escribir su aventura en la arena, pero nunca le resultó. En primer lugar, Eustaquio (por no haber leído nunca un buen libro) no tenía ni la menor idea de cómo contar una historia en forma clara; y, por otro lado, los nervios y músculos de la garra de dragón que tenía que usar nunca habían aprendido a escribir, ni tampoco estaban hechos para hacerlo. Como resultado, jamás alcanzó a terminar antes de que subiera la marea y borrara todo lo escrito, salvo los trozos que él ya había pisado o barrido accidentalmente con su cola. Y todo lo que pudieron ver los demás fue algo así (los puntos corresponden a las partes que Eustaquio había emborronado):

"Fui a dorm... cva aev quiero decir cueva del dragón, porque estaba muerto y... ovia tan fuer... desperté y pu... sacarrr mi brazo... ¡Ah, diablos!..."

Fue claro para todos, sin embargo, que el carácter de Eustaquio había mejorado muchísimo al transformarse en dragón. Estaba ansioso por ayudar. Sobrevoló toda la isla y se encontró con que era sumamente montañosa y que estaba habitada solamente por cabras salvajes y manadas de jabalíes, de los cuales cazó una gran cantidad que trajo para reabastecer el barco. Pero era un cazador muy humano, pues podía matar a una bestia con un solo golpe de su cola, de manera que ésta no sabía (y probablemente todavía no sabe) que la habían matado. El se comía unos cuantos animales, claro está,

pero siempre solo, ya que, ahora que era un dragón, le gustaba la comida cruda y no podía soportar que lo vieran comiendo algo tan cochino. Y un día, volando lentamente y muy cansado pero triunfante, llevó hasta el campamento un enorme pino que había arrancado de raíz en un valle lejano, que podía servir para fabricar un magnífico mástil. Y en las tardes, si hacía frío, como a veces ocurría después de grandes lluvias, Eustaquio era un bienestar para todos, ya que toda la compañía venía a sentarse apoyando sus espaldas contra las ijadas calientes del dragón, y allí se olvidaban del frío y se secaban; un simple resoplido de su ardiente aliento era capaz de encender la fogata más rebelde. Algunas veces llevaba a un grupo escogido a volar sobre su espalda, para que pudieran ver, dando vueltas debajo de ellos, las verdes laderas, las alturas rocosas, los angostos valles que parecían zanjas y, más allá del mar, hacia el este, un punto azul muy oscuro en el horizonte, que podía ser tierra.

El placer (bastante nuevo para él) de agradar a los demás y, más aún, de que a él le agradaran los demás, era lo que libraba a Eustaquio de la desesperación, ya que ser dragón era muy deprimente. Cada vez que volaba sobre un lago en la montaña y veía reflejarse su figura, sentía un escalofrío. Odiaba las inmensas alas de murciélago, la cordillera de borde dentado sobre el lomo y sus crueles garras curvadas. Casi le daba miedo estar solo, pero sentía vergüenza de estar con los demás. En las tardes que no lo usaban como botella de agua caliente, se escabullía del campamento y se quedaba hecho un ovillo, como una culebra, entre el bosque y el mar. En tales ocasiones, para gran sorpresa suya, Rípichip era su consuelo más frecuente. El noble Ratón se alejaba muy despacio del alegre círculo que había en torno al fuego y se sentaba junto a la cabeza del dragón, a barlovento, para quedar fuera del alcance de su humeante aliento. Ahí explicaba a Eustaquio que lo que le había ocurrido era una demostración sorprendente de las vueltas que daba la rueda de la fortuna y que si él lo tuviera en su casa de Narnia (en realidad era una cueva y no una casa, y ni la cabeza del dragón, dejando a un lado su cuerpo, habría podido meterse), le mostraría más de cien ejemplos de emperadores, reyes, duques, caballeros, poetas, amantes, astrónomos, filósofos y magos que habían caído de la prosperidad a las circunstancias más angustiosas, de los cuales muchos se habían recuperado y habían vivido felices para siempre. Tal vez eso no era un gran consuelo en ese momento, pero la intención era tan cariñosa que Eustaquio nunca lo olvidó.

Pero claro que sobre todos se cernía como una nube el problema de lo que harían con su dragón una vez que estuvieran listos para zarpar. Trataban de no comentarlo cuando él estaba cerca, pero Eustaquio no pudo evitar oír por casualidad cosas como “¿Cabrá a lo largo de uno de los costados de cubierta? Tendríamos que trasladar todas las provisiones para abajo, hacia el otro lado, para contrapesar el barco”, o “¿Qué pasa si lo remolcamos?” o “¿Será capaz de seguirnos volando?” y (más frecuente aún), “pero ¿qué haremos para alimentarlo?” El pobre Eustaquio comprendió cada vez más que desde el primer día que subió a bordo había sido una profunda molestia y que ahora era una molestia más grande todavía. Y esto corroía su mente así como aquella pulsera hería su pata. Sabía que tironear la argolla con sus grandes dientes sólo empeoraba las cosas, pero no podía evitar hacerlo, tirándola de vez en cuando, especialmente en las noches calurosas.

Una mañana, unos seis días después de desembarcar en la Isla Dragón, Edmundo se despertó por casualidad muy temprano. Estaba recién aclarando, de modo que podía ver los troncos de árboles si estaban entre él y la bahía, pero no en la otra dirección. Al despertar, Edmundo creyó oír que algo se movía; se levantó un poco, apoyándose en un codo, y miró a su alrededor. De pronto le pareció ver una figura oscura que andaba por el lado del bosque que da al mar. La idea que de inmediato cruzó por su mente fue:

¿Estamos bien seguros de que no hay nativos en esta isla después de todo? Luego pensó que podía ser Caspian (la figura era más o menos de su tamaño), pero sabía que él estaba durmiendo cerca suyo y pudo ver que no se había movido. Edmundo se aseguró de tener la espada en su lugar y se levantó a investigar.

Bajó lentamente hacia la entrada del bosque y la figura estaba aún allí. Ahora podía ver que era demasiado pequeña para ser Caspian y muy grande para ser Lucía. No se escapó. Edmundo desenvainó su espada y ya iba a desafiar al extraño cuando éste dijo en voz baja:

—¿Eres tú, Edmundo?

— Sí —contestó—. ¿Quién eres tú?

—¿No me reconoces? —preguntó el otro—. Soy yo, Eustaquio.

—¡Por Júpiter! —exclamó Edmundo—. ¡Es verdad! Mi querido amigo...

—Cállate —dijo Eustaquio, y se tambaleó como si se fuera a caer.

—Oye —dijo Edmundo, mientras lo sujetaba para que no se cayera—. ¿Qué pasa? ¿Estás enfermo?

Eustaquio permaneció tanto rato en silencio, que Edmundo pensó que se había desmayado, pero finalmente habló:

—Esto ha sido espantoso. No te puedes imaginar... Pero todo está bien ahora. ¿Podemos ir a conversar a alguna parte? No quiero encontrarme con los otros todavía.

—Sí, por supuesto, donde tú quieras —dijo Edmundo—. Podemos sentarnos en aquellas rocas. Oye, no te imaginas lo feliz que estoy de verte... eh... y de que eres tú otra vez. Me imagino que debes haber pasado momentos horribles.

Caminaron hasta las rocas y se sentaron mirando el otro lado de la bahía, mientras el cielo se volvía cada vez más pálido y desaparecían las estrellas, excepto una muy brillante, allá abajo, cerca del horizonte.

—No te contaré cómo me transformé en un..., en dragón, hasta que se lo pueda contar a todos los demás y olvidemos el asunto —dijo Eustaquio—. A propósito, yo no sabía qué *era* un dragón hasta que oí que todos ustedes usaban esa palabra cuando vine aquí la otra mañana. Quiero contarte cómo dejé de ser dragón.

—Dispara no más —dijo Edmundo.

—Bueno, anoche me sentía más desdichado que nunca y esa maldita argolla me estaba lastimando como diablo...

—¿Estás bien ahora?

Eustaquio se rió, con una risa muy diferente a la que Edmundo le oyera antes, y se sacó fácilmente la pulsera de su brazo.

—Aquí está —dijo—, y por mi parte, al que le guste que se quede con ella. Bueno, como te iba diciendo, yo estaba echado, despierto, y preguntándome qué diablos iría a ser de mí. De pronto... Pero, en realidad, puede que todo haya sido un sueño. Yo no sé.

—Sigue —dijo Edmundo con mucha paciencia. —Bueno, de todos modos, miré hacia arriba y vi lo último que habría esperado: un inmenso león se acercaba a mí lentamente. Y lo raro fue que anoche no había luna, pero había luz de luna donde estaba el león. Se me acercaba cada vez más. Yo le tenía mucho miedo. Seguramente pensarás que, siendo un dragón, fácilmente habría podido dejar fuera de combate a cualquier león. Pero no era esa clase de miedo. No temía que me fuera a comer, simplemente le tenía miedo a *él*... ¿Me entiendes? Bien, llegó muy cerca mío y me miró fijo a los ojos. Y yo cerré los ojos, bien apretados. Pero no sirvió de nada, porque él me dijo que lo siguiera.

—¿Quieres decir que te habló?

—No lo sé. Ahora que tú lo dices, no creo que lo hiciera. Pero de todas formas me

lo dijo. Y yo sabía que tenía que hacer lo que me decía, así es que me puse de pie y lo seguí. Me llevó muy lejos por las montañas. Y siempre había ese claro de luna alrededor del león, dondequiera que fuera. Al final llegamos a la cumbre de una montaña que no había visto jamás, y en la cumbre de esa montaña había un jardín, árboles y frutas, y muchas cosas más. Al medio había una fuente.

“Supe que era una fuente, porque vi las burbujas de agua que subían desde el fondo, pero era mucho más grande que la mayoría de las fuentes, como un gran baño redondo, con escalinata de mármol que bajaba al fondo. El agua era tremendamente clara; pensé que si me metía adentro y me bañaba, se calmaría el dolor de mi pata. Pero el león me dijo que antes tenía que desvestirme. La verdad es que no tengo la menor idea si dijo alguna palabra en alta voz o no.

“Estaba a punto de decir que no podía desvestirme, porque no llevaba ropa, cuando me acordé de que los dragones son una especie de serpientes y que las serpientes botan la piel. ¡Oh!, claro, pensé, eso es lo que el león quiere decir. Y empecé a rascarme, y mis escamas empezaron a caer por todas partes; entonces me rasqué un poco más fuerte y, en vez de ser sólo escamas las que caían por aquí y por allá, toda mi piel comenzó a despellejarse maravillosamente, como ocurre después de una enfermedad, o como si yo fuera un plátano. En un par de minutos simplemente me salí de ella. La pude ver tirada detrás de mí, con un aspecto bastante desagradable. Fue una sensación muy deliciosa. Entonces empecé a bajar a la fuente, para darme un baño. Pero apenas iba a poner mi pie en el agua, miré hacia abajo y vi que estaba tan duro, áspero, arrugado y escamoso como antes. Está bien —me dije—. Quiere decir que tengo puesta otra vestimenta más ligera bajo la primera, y que también debo sacármela. Así es que comencé a rascarme y a desgarrar esta segunda piel, que se soltó a las mil maravillas, y salí de ella y la dejé tirada al lado de la otra y bajé al pozo para darme mi baño.

“Pero ocurrió exactamente lo mismo. Me dije: 'Ay, Dios mío, ¿cuántas pieles más tendré que sacarme?' Ansiaba bañar mi pata. Me rasqué, pues, por tercera vez, y me saqué una tercera piel tal como las dos anteriores, y salí fuera de ella. Pero apenas me vi en el agua, comprendí que no había servido de nada.

“Entonces el león me dijo, pero no sé si me habló o no: Tendrás que dejar que te desvista yo.

“No te puedo decir el miedo que me daban sus garras, pero ya estaba al borde de la desesperación; así es que simplemente me tendí de espaldas, para dejar que él me desvistiera.

“El primer desgarrón que hizo fue tan profundo, que pensé que había ido directo a mi corazón. Y cuando empezó a arrancarme la piel, sentí el dolor más grande que he tenido en toda mi vida. Lo único que me dio valor para aguantar fue el placer de sentir cómo se despellejaba esa cosa. Tú sabes..., si alguna vez te has sacado la costra de una herida. Duele como diablo, pero es tan divertido ver como sale.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir —dijo Edmundo.

—Bueno —continuó Eustaquio—, entonces el león me sacó esa maldita cosa por completo, tal como yo creía haberme arrancado las otras tres, sólo que ésas no me dolieron, y allí quedó tirada en el pasto, pero mucho más gruesa, más oscura y nudosa que las pieles anteriores. Y allí estaba yo, tan terso y suave como una varilla pelada, y más bajo que antes. Entonces el león me agarró, lo que no me gustó mucho, porque estaba muy delicado por dentro ahora que no tenía una piel encima, y me lanzó al agua. Me ardió muchísimo, pero sólo un momento. Después el agua se volvió deliciosa, y en cuanto empecé a nadar y a chapotear, me di cuenta de que el dolor de mi brazo había desaparecido. Y luego vi por qué. Había vuelto a ser un niño. Seguramente pensarás que soy un farsante si te digo lo que me parecían mis propios brazos. Yo sé que no son

musculosos y que dejan bastante que desear si los comparas con los de Caspian, pero estaba tan contento de verlos... Después de un momento el león me sacó del agua y me vistió...

—¿Te vistió? ¿Con sus patas?

—Bueno, no me acuerdo muy bien de esa parte. Pero de una forma u otra lo hizo y con ropa nueva; en realidad, la misma que llevó puesta ahora. Y de repente me encontré de vuelta aquí, lo que me hace pensar que todo ha sido un sueño.

— No, no fue un sueño —dijo Edmundo.

—¿Por qué no?

—Bueno, en primer lugar está la ropa y, en seguida, porque has sido desdragonado.

—¿Qué crees que pasó entonces? —dijo Eustaquio. —Creo que has visto a Aslan —respondió Edmundo.

—¡Aslan! —dijo Eustaquio—. Muchas veces he oído mencionar ese nombre desde que nos embarcamos en el *Explorador del Amanecer*, y yo sentía, no sé por qué, que lo odiaba. Pero entonces yo odiaba todo. Y a propósito, quisiera disculparme, porque me temo que he sido lo más bruto que hay.

—No importa —dijo Edmundo—. Entre nosotros, te diré que no te has portado tan mal como me porté yo en nuestro primer viaje a Narnia. Tú sólo fuiste un burro; en cambio yo fui un traidor.

—Bueno, mejor no me lo cuentes entonces —replicó Eustaquio—, pero dime, ¿quién es Aslan? ¿Lo conoces?

—Bueno..., él me conoce a mí —dijo Edmundo—. Es el Gran León, el hijo del Emperador de Más Allá de los Mares, que me salvó a mí y salvó a Narnia. Todos lo hemos visto, pero Lucía lo ve más a menudo. Y tal vez es al país de Aslan a donde navegamos ahora.

Por un rato ninguno de los dos habló. Ya había desaparecido la última estrella brillante, y aunque no podían ver la salida del sol por las montañas a su derecha, supieron que ya amanecía, porque el cielo sobre ellos y la bahía al frente, tomaban el color de las rosas. Luego, un pájaro, parecido a los papagayos, gritó en el bosque, a sus espaldas; sintieron que algo se movía entre los árboles y, por último, sonó el cuerno de Caspian. El campamento ya estaba en movimiento.

Hubo gran alegría cuando Edmundo y el recuperado Eustaquio se unieron al círculo para desayunar alrededor de la fogata del campamento. Y ahora sí, todos escucharon la primera parte de la historia. La gente dudaba si el otro dragón habría matado a lord Octesiano varios años atrás, o si el mismo Octesiano era el viejo dragón.

Las joyas con que Eustaquio se había repletado los bolsillos en la cueva, habían desaparecido junto con la ropa que llevaba entonces, pero ninguno de ellos, y Eustaquio menos que nadie, quería volver a ese valle en busca de más tesoros.

Algunos días después, con mástil nuevo, recién pintado y bien abastecido, el *Explorador del Amanecer* estaba listo para zarpar. Antes de embarcarse, en un peñasco liso que miraba hacia la bahía, Caspian hizo grabar la siguiente inscripción:

ISLA DEL DRAGON
DESCUBIERTA POR CASPIAN X, REY DE NARNIA, ETC.
DURANTE EL CUARTO AÑO DE SU REINADO
AQUI, SEGUN SUPONEMOS, ENCONTRO LA
MUERTE LORD OCTESIANO

Sería acertado, y casi, casi la verdad, decir que “desde ese momento en adelante,

Eustaquio fue un niño diferente”. Para ser realmente precisos, comenzó a ser un niño diferente. Tuvo sus recaídas, y aun había muchos días en que se ponía muy pesado. Pero no haré caso de estas cosas. La cura había empezado.

La pulsera de lord Octesiano tuvo un curioso destino. Como Eustaquio no la quiso, se la ofreció a Caspian, y Caspian a su vez se la ofreció a Lucía, a quien no le interesó tenerla.

—Muy bien, entonces, que la agarre cualquiera —dijo Caspian y la lanzó al aire.

Esto ocurrió cuando estaban mirando la inscripción. La argolla se elevó, resplandeciendo con la luz del sol y, limpiamente, como si se tratara de un tejo bien lanzado, se enganchó y quedó colgando del filo de la roca. Nadie podía trepar a buscarla desde abajo y nadie podía bajar a sacarla desde arriba. Y allí, hasta donde yo sé, debe estar todavía colgando y es posible que siga así hasta el fin de ese mundo.



## VIII DOS ESCAPADAS MILAGROSAS

Todo el mundo estaba feliz cuando el *Explorador del Amanecer* zarpó de la Isla Dragón. Apenas habían salido de la bahía los cogió un viento favorable, y muy temprano a la mañana siguiente llegaron a la tierra desconocida que algunos de ellos habían visto al volar sobre las montañas, cuando Eustaquio aún era un dragón. Se trataba de una isla plana y verde, y que estaba habitada sólo por conejos y algunas cabras. Pero al ver las ruinas de casuchas de piedra, y lugares ennegrecidos donde se habían prendido fogatas, dedujeron que había estado poblada no mucho tiempo atrás. También había algunos huesos y armas rotas.

—Obra de piratas —dijo Caspian.

—O tal vez del dragón —dijo Edmundo.

Lo único que encontraron aparte de esto fue un pequeño bote o barquilla de cuero en la arena. Estaba hecho de piel estirada sobre una armazón de mimbre. Era un bote diminuto, de escasamente un metro de largo, y el remo que aún estaba tirado dentro era de tamaño proporcional. Pensaron en que o bien había sido hecho para un niño, o los habitantes de ese lugar habían sido enanos. Rípichip decidió que se quedaría con él, porque era perfecto para su medida, así es que lo subieron al barco. A esta isla le dieron el nombre de Isla Quemada, y zarparon de allí antes de mediodía.

Durante cinco días navegaron con viento sur sureste, sin ver tierra, ni peces, ni gaviotas. Luego un día hubo una lluvia que duró hasta la tarde. Eustaquio perdió dos juegos de ajedrez con Rípichip y nuevamente empezó a portarse como el antiguo y desagradable Eustaquio; y Edmundo decía que ojalá se hubieran ido a Estados Unidos con Susana. En eso Lucía miró hacia afuera por la ventana de popa y dijo:

—¡Oigan! Creo que está parando. ¿Y qué es *eso?*

Al oírla todos subieron corriendo a popa y se encontraron con que la lluvia había cesado y que Drinian, que estaba de vigía, miraba fijamente una cosa que había atrás. Más bien miraba muchas cosas. Se parecían un poco a pequeñas rocas redondas y lisas, toda una hilera de ellas, separadas por trechos de más o menos diez metros.

—No pueden ser rocas —decía Drinian—, porque hace cinco minutos no estaban ahí.

—Y una acaba de desaparecer —dijo Lucía.

—Sí, y ahora está saliendo otra —agregó Edmundo.

—Y más cerca —dijo Eustaquio.

—¡Maldición! —exclamó Caspian—. La cosa se está moviendo entera hacia acá.

—Y se mueve muchísimo más rápido de lo que nosotros podemos navegar, señor —dijo Drinian—. Nos alcanzará en un minuto.

Todos contuvieron la respiración, porque no es nada de agradable verse perseguido por algo desconocido, sea en tierra o en el mar. Pero lo que resultó ser era mucho peor de lo que podría haberse imaginado cualquiera. De pronto, sólo a la distancia de un tiro de cricket, por babor emergió del mar una cabeza horrorosa. Era toda de color verde y rojizo, con manchas moradas, excepto en los lugares donde había mariscos adheridos, y tenía una forma parecida a la cabeza de un caballo, aunque sin orejas. Sus ojos eran inmensos, ojos especiales para ver en las oscuras profundidades del océano, y tenía la boca muy abierta y doble hilera de afilados dientes, semejantes a los de los peces. Surgió unida a lo que al principio tomaron por un cuello inmenso, pero a medida que emergía más y más, se dieron cuenta de que no se trataba del cuello sino de su cuerpo, y que por fin tenían frente a ellos lo que tanta gente, insensatamente, había

esperado ver: la gran Serpiente Marina. Desde muy lejos se podían distinguir los pliegues de su gigantesca cola, que a intervalos se levantaba de la superficie. Ahora su cabeza se encumbraba por sobre el mástil.

Todos los hombres cogieron sus armas, pero no había nada que hacer, el monstruo estaba fuera de su alcance.

—Disparen, disparen —gritó el capitán arquero, y muchos obedecieron, pero las flechas rebotaron en la piel de la Serpiente Marina como si estuviera enchapada en hierro. Luego, durante algunos segundos horribles, todo el mundo se quedó inmóvil mirando fijamente sus ojos y su boca, y preguntándose hacia dónde saltaría.

Pero no saltó. Sacó su cabeza hacia el otro lado del barco, al mismo nivel de la verga del mástil, hasta que quedó justo a la altura de la cofa de combate. Luego continuó estirándose y estirándose hasta que su cabeza estuvo sobre la borda a estribor, y entonces comenzó a bajar, no hacia la atestada cubierta, sino dentro del agua, de modo que toda la nave quedó bajo un arco de serpiente. Casi en el acto, ese arco empezó a achicarse: en verdad la Serpiente Marina ya casi estaba tocando el costado del *Explorador del Amanecer*.

Eustaquio (que realmente había tratado a toda costa de portarse bien, hasta que la tormenta y el ajedrez lo hicieron volver atrás) hizo en este momento el primer acto de valentía de su vida. Llevaba una espada que le había prestado Caspian y, en cuanto el cuerpo de la serpiente estuvo lo suficientemente cerca a estribor, saltó sobre la borda y comenzó a acuchillarla con todas sus fuerzas. Es cierto que lo único que logró fue hacer añicos la segunda mejor espada de Caspian, pero estuvo excelente para ser un principiante.

Otros lo habrían secundado si en ese instante Rípichip no hubiera gritado:

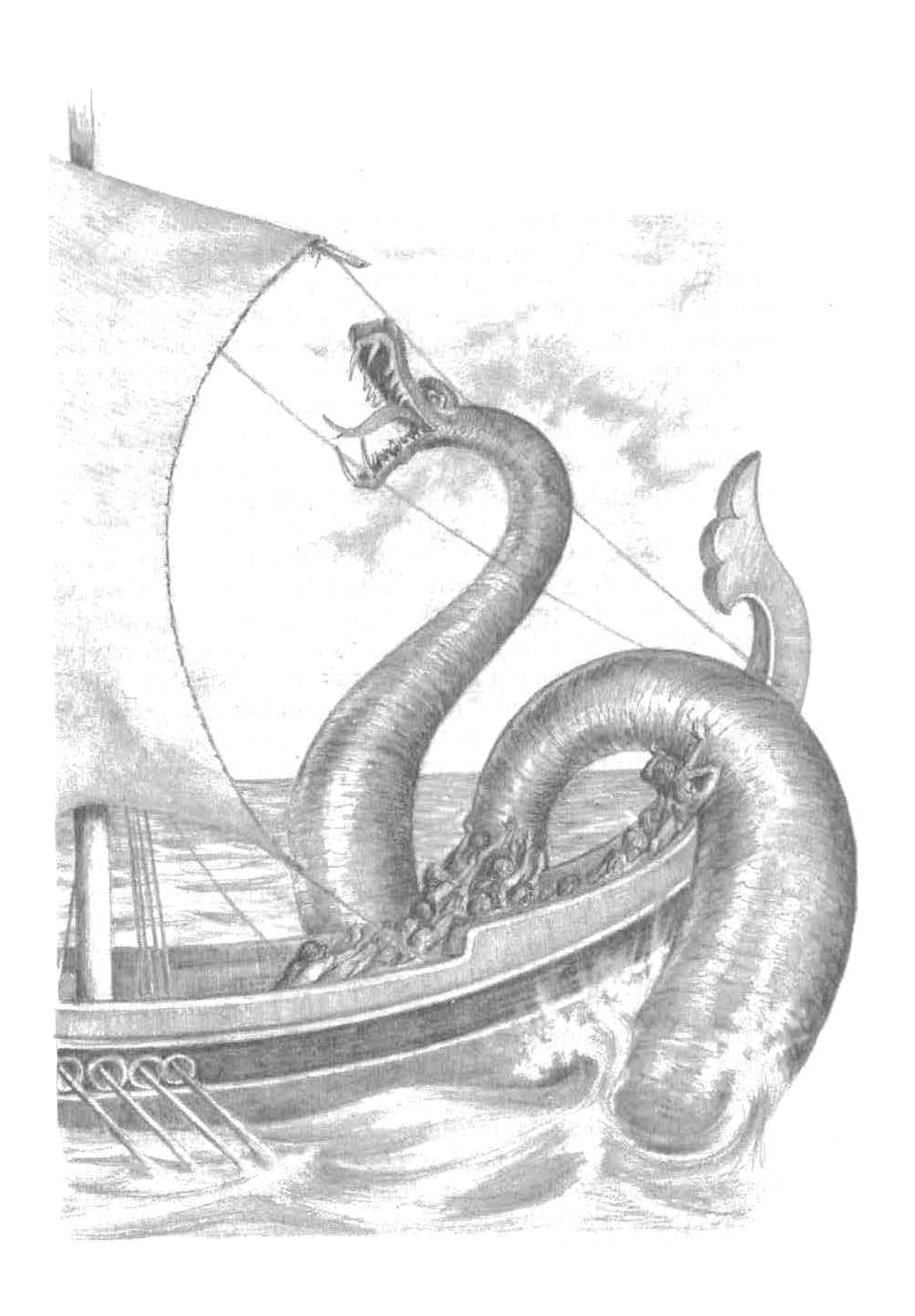
—¡No peleen, empujen!

Era tan insólito que el Ratón aconsejara no pelear, que, a pesar del terrible momento que estaban pasando, todas las miradas se volvieron hacia él. Cuando Rípichip saltó sobre la borda delante de la serpiente y, apoyando su pequeña espalda peluda contra el enorme cuerpo escamoso y viscoso del reptil, comenzó a empujar lo más fuerte que pudo, muchos de los que estaban allí entendieron su intención y se abalanzaron a ambos lados del barco para hacer lo mismo. Y cuando, instantes más tarde, apareció nuevamente la cabeza de la Serpiente Marina, esta vez a babor y con su espalda hacia ellos, todos comprendieron.

La bestia se había enrollado alrededor del *Explorador del Amanecer*, y comenzaba a apretar el nudo. Cuando estuviese lo suficientemente apretado... ¡zaz! ... sólo quedarían astillas flotando en el lugar donde antes estuviera el barco, y podría sacar fuera del agua a sus tripulantes uno por uno. La única alternativa que les quedaba era empujar la lazada hacia atrás hasta que se deslizara por la popa, o si no (dicho en otras palabras) empujar el barco hacia adelante, para sacarlo fuera de la lazada.

De más está decir que Rípichip tenía las mismas posibilidades de hacer esto por sí solo que las de levantar una catedral, pero casi había muerto en el intento antes de que los otros lo empujaran a un lado. Pronto toda la tripulación, salvo Lucía y Rípichip (que se estaba desmayando), había formado dos largas filas a lo largo de las dos bordas, poniendo cada hombre su pecho contra la espalda del que estaba adelante, de modo que el peso de toda la hilera recaía en el último hombre, y empujaban con desesperación.

Durante algunos terribles segundos (que parecieron horas) no ocurrió nada. Las coyunturas crujían, caía el sudor y se entrecortaba la respiración entre gruñidos y jadeos. Luego pareció que el barco se movía. Vieron que la lazada del reptil estaba más lejos del mástil que antes, pero también más pequeña. Ahora enfrentaban el verdadero peligro. ¿Podrían hacerla pasar por sobre la popa, o estaba ya demasiado apretada?



Sí, pasaría al justo. La serpiente se apoyaba sobre las barandillas de la popa. Una docena de hombres, o más, saltó hacia allá. Así era mucho mejor. El cuerpo de la Serpiente Marina estaba tan abajo ahora que pudieron formar una hilera a través de la popa y empujar codo a codo. Se ilusionaron muchísimo hasta que se acordaron de la gran popa del *Explorador del Amanecer,* tallada en forma de cola de dragón. Sería imposible hacer pasar por ahí al reptil.

—¡Un hacha! —gritó Caspian en tono áspero—. Y sigan empujando.

Lucía, que sabía donde estaba cada cosa, oyó esto mientras estaba en la cubierta principal con sus ojos clavados en la popa. Bajó de inmediato, cogió el hacha y subió rápidamente la escalera que llevaba a popa. Pero apenas llegó arriba, hubo un ruido impresionante, parecido al de un árbol al caer, y el barco se tambaleó y se precipitó hacia adelante. Pero en ese preciso momento, ya sea por lo fuerte que estaban empujando a la Serpiente Marina, o porque ésta decidió tontamente estrechar el nudo, se desprendió toda la parte tallada de la popa, y el barco quedó libre.

Los demás estaban demasiado agotados para ver lo que vio Lucía. Allá, unos cuantos metros tras ellos, la lazada del cuerpo de la Serpiente Marina se achicó rápidamente y por fin desapareció en un chapuzón. Lucía siempre dijo (pero, claro, estaba tan nerviosa en ese momento, que tal vez sólo fue su imaginación) que ella había visto una mirada de tonta satisfacción en la cara de la criatura. Lo que sí es cierto, es que era un animal muy estúpido, pues en vez de perseguir al barco, dio vuelta la cabeza y comenzó a olfatear a lo largo de su propio cuerpo, como si esperase encontrar allí los restos del *Explorador del Amanecer.* Pero el *Explorador del Amanecer* ya estaba bien lejos, navegando impulsado por una fresca brisa, mientras los hombres permanecían tendidos o sentados a lo largo de toda la cubierta, jadeantes y gimiendo, hasta que pudieron conversar sobre el incidente, y luego reír. Y cuando se sirvió ron para todos, incluso hicieron un brindis. Todos elogiaron el valor de Eustaquio (aunque no sirvió de nada) y el de Rípichip.

Después de esto, navegaron durante otros tres días, sin ver más que mar y cielo. Al cuarto día el viento cambió y sopló norte y las olas comenzaron a agrandarse. En la tarde ya era casi un vendaval. Pero al mismo tiempo avistaron tierra a proa.

—Con su permiso, Majestad —dijo Drinian—. Debemos tratar de llegar remando hasta ese lugar para ponernos al abrigo y anclar en el puerto, quizás, hasta que haya terminado esto.

Caspian estuvo de acuerdo, pero a pesar de remar largo rato contra el vendaval, no llegaron a tierra hasta el anochecer. Con el último rayo de luz de aquel día dirigieron el barco a un puerto natural y ahí anclaron, pero aquella noche ninguno bajó a tierra. En la mañana se encontraron en la verde bahía de una región escarpada y solitaria, que terminaba en una cumbre rocosa. Desde el ventoso norte, más allá de aquella cumbre, corrían rápidas las nubes. Bajaron el bote y lo cargaron con los barriles de agua que estaban vacíos.

—¿De cuál de las corrientes sacaremos agua, Drinian? —preguntó Caspian una vez instalado en la escotilla trasera del bote—. Pareciera que hay dos ríos que desembocan en la bahía.

—Es lo mismo, señor —dijo Drinian—, pero creo que estamos más cerca de la que tenemos a estribor, la que está más hacia el este.

—Empieza a llover —anunció Lucía.

—¡Ya lo creo! —dijo Edmundo, pues ya llovía a cántaros—. Propongo que nos vayamos al otro río. Allí hay árboles que nos podrían servir de refugio.

—Sí, vamos —dijo Eustaquio—, no hay para qué mojarse más de lo necesario.

Pero Drinian que mantenía siempre el timón a estribor, como esos cansadores

conductores de autos que siguen a sesenta kilómetros por hora, mientras uno les explica que van por el camino equivocado.

—Tienen razón, Drinian —dijo Caspian—. ¿Por qué no giras la proa y vamos hacia el río del oeste?

—Como guste, Majestad —dijo Drinian, en tono un poco seco.

Había tenido un día lleno de preocupaciones ayer por el clima, y no le gustaban los consejos de hombres de tierra. Pero alteró el curso; y más tarde resultó muy acertado que así lo hiciera.

Cuando ya se habían aprovisionado de agua, cesó la lluvia. Caspian junto con Eustaquio, los Pevensie y Rípichip decidieron subir hasta la cumbre del cerro y ver todo lo que se pudiera divisar desde allí. La subida era bastante dificultosa a través de pastos gruesos y de brezos, y no vieron ni seres humanos ni animales, excepto gaviotas. Al llegar a la cumbre se dieron cuenta de que se trataba de una isla muy pequeña, no más de media hectárea y, desde esa altura, el mar parecía más grande y desierto de lo que se veía desde la cubierta, e incluso desde la cofa de combate del *Explorador del Amanecer.*

—Un disparate, créeme —dijo en voz baja Eustaquio a lucía, mientras miraba el horizonte hacia el este—. Seguir y seguir navegando en medio de eso, sin saber a qué llegaremos.

Pero lo decía sólo por costumbre, no de mal modo como lo habría dicho antes.

Hacía demasiado frío para permanecer un rato largo en la cumbre, ya que aún soplaba el fresco viento del norte.

—No volvamos por el mismo camino —propuso Lucía al iniciar el regreso—. Sigamos un poquito más y bajemos por el otro río, al que quería ir Drinian.

Todos estuvieron de acuerdo, y unos quince minutos más tarde llegaban al manantial del segundo río. Era un lugar más interesante de lo que ellos esperaban; un lago de montaña pequeño pero profundo, rodeado por acantilados, salvo el lado que daba al mar donde había un pequeño canal del que fluía el agua. Aquí no había viento. Por fin se sentaron a descansar sobre el brezo en lo alto del risco.

Todos se sentaron, menos uno (Edmundo), que muy pronto se puso en movimiento.

—Hay una colección de piedras filudas en esta isla —dijo, mientras buscaba a tientas en el brezo—. ¿Dónde está esa porquería?... ¡Ah, aquí! Ya la encontré... ¡Mira! No es una piedra, sino la empuñadura de una espada. ¡No, por Santa Tecla! Es una espada completa, o lo que el moho dejó de ella. Debe haber estado aquí por años.

—Y narniana además, por lo que veo —agregó Caspian, cuando él y los otros se acercaron a mirar.

—Yo también me senté sobre algo —dijo Lucía—, algo duro.

Eran los restos de una armadura. Pero ya todos estaban en cuatro patas, tanteando en el brezo por todos lados. Su búsqueda tuvo como resultado el descubrimiento de un yelmo, un puñal y unas cuantas monedas, que no eran crecientes calormanos, sino auténticos “Leones” y “Arboles” narnianos, tal como los que puedes ver cualquier día en los mercados del Dique de los Castores y de Beruna.

—Pareciera como si todo esto fuera lo que queda de alguno de nuestros siete lores —dijo Edmundo.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Caspian—. Me pregunto cuál de ellos será. No hay nada en el puñal que nos dé una pista. Y me pregunto cómo habrá muerto.

—Y cómo lo vengaremos —añadió Rípichip.

Edmundo, el único del grupo que había leído novelas policiales, se puso a meditar.

—Escuchen —dijo luego—. Creo que aquí hay gato encerrado. No puede haber

muerto en una pelea.

—¿Por qué no? —preguntó Caspian.

—No hay huesos —repuso Edmundo—. Un enemigo se queda con la armadura y abandona el cuerpo. ¿Quién ha oído hablar de un tipo que al ganar una lucha se lleve el cadáver y deje la armadura?

—Tal vez lo mató un animal salvaje —dijo Lucía.

—Tendría que haber sido un animal muy hábil —dijo Edmundo—, como para sacarle la armadura.

—Tal vez un dragón —sugirió Caspian.

—Imposible —dijo Eustaquio—, un dragón sería incapaz de hacerlo. Yo lo sé muy bien.

—Bueno, como sea, propongo que nos vayamos de aquí dijo Lucía.

No tenía ganas de sentarse nuevamente desde que Edmundo tocó el tema de los huesos.

—Como quieras—dijo Caspian, levantándose—. No creo que valga la pena llevar ninguna de estas leseras.

Entonces bajaron y bordearon el lago hacia la pequeña brecha de donde salía el río, y se detuvieron a mirar el agua profunda rodeada por los riscos. No hay duda de que si hubiera hecho calor más de alguno habría intentado darse un baño y todos habrían tomado agua. De hecho, igual Eustaquio estaba a punto de agacharse y tomar agua en sus manos, cuando Rípichip y Lucía gritaron al mismo tiempo:

—¡Miren!

Eustaquio se olvidó de lo que iba a hacer y miró dentro del agua. El fondo del lago estaba cubierto de piedras azul grisáceas, el agua era absolutamente transparente y en el fondo yacía una figura de hombre, de tamaño natural, aparentemente hecha de oro; estaba tendido boca abajo, con los brazos estirados encima de la cabeza. Y ocurrió que mientras estaban mirándolo, las nubes se separaron dando paso a un rayo de sol, que iluminó de pies a cabeza la figura dorada. Lucía pensó que era la estatua más hermosa que había visto en su vida.

—¡Caracoles! —silbó Caspian—. Esto sí que era digno de verse. ¿Creen que podremos sacarla?

—Podemos bucear, señor —dijo Rípichip.

—Sería inútil —dijo Edmundo—, por lo menos si realmente es de oro, oro macizo, porque sería demasiado pesada para subirla. Y si estamos en una isla, este lago debe tener entre doce y quince metros de profundidad. Pero... esperen un poco. Qué bueno que traje una lanza de caza; con ella podremos ver cuál es la profundidad. Caspian, sujétame la mano mientras me agacho un poco sobre el agua.

Caspian le tomó la mano y Edmundo, inclinándose hacia adelante, comenzó a meter la lanza en el agua, pero antes de haberla sumergido hasta la mitad, Lucía dijo:

—No creo que la estatua sea de oro. Es sólo la luz. Tu lanza se ve exactamente del mismo color.

—¿Qué pasa? —preguntaron varias voces al unísono. Porque, de pronto, Edmundo había soltado la lanza.

—No podía sostenerla —resolló Edmundo—. Se puso tan *pesada*...

—Y ahora está allá, en el fondo —dijo Caspian—, y Lucía tiene razón. Se ve exactamente del mismo color de la estatua.

Pero Edmundo, que parecía tener algún problema con sus botas (al menos estaba inclinado hacia abajo, mirándolas), se enderezó súbitamente y gritó con ese tono áspero que difícilmente se puede desobedecer:

—¡Atrás! ¡Aléjense del agua, todos ustedes, de inmediato!

Así lo hicieron, con los ojos clavados en él.

—Miren —dijo Edmundo—. Miren la punta de mis botas.

—Se ven un poco amarillas... —comenzó Eustaquio.

—Son de oro, de oro macizo —interrumpió Edmundo—. Mírenlas, tóquenlas. Ya se separó el cuero del oro, y están tan pesadas como el plomo.

—¡Por Aslan! —exclamó Caspian—. No querrás decir...

Sí, así es —dijo Edmundo—. Esta agua transforma las cosas en oro. Convirtió mi lanza en oro, por eso es que se puso tan pesada. Y ya estaba envolviéndome los pies y convirtió en oro la punta de mis botas; gracias a Dios, las tenía puestas. Y aquel pobre hombre en el fondo..., bueno, ustedes ya lo ven.

—Así que no es una estatua —dijo Lucía en voz baja.

No. Ahora todo está claro. El estaba aquí un día de mucho calor y se desvistió en la punta de aquel risco, donde estuvimos sentados. Las ropas se deben haber podrido o tal vez los pájaros se las llevaron para hacer sus nidos; la armadura está todavía aquí. Luego se zambulló y...

—¡No! —gritó Lucía—. ¡Qué cosa más horrorosa!

—Y qué escapada más milagrosa la que hemos tenido dijo Edmundo.

—Muy milagrosa en verdad —dijo Rípichip—. En cualquier momento el dedo, el pie, los bigotes o la cola de cualquiera de nosotros podría haber resbalado al agua.

—De todas formas —dijo Caspian—, podemos probarlo.

Entonces se agachó y arrancó una ramita de brezo; luego, con mucho cuidado, se arrodilló al lado del río y la hundió en el agua. Era brezo lo que él hundió; lo que sacó era el modelo perfecto de una ramita de brezo hecha de oro puro, suave y pesado como el plomo.

—El rey que posea esta isla —dijo lentamente Caspian, y se ruborizó a medida que hablaba—, pronto será el más rico de todos los reyes del mundo. Yo declaro esta tierra como posesión de Narnia, desde ahora y para siempre. Se llamará Isla del Agua de Oro. Exijo a todos los presentes guardar el secreto. Nadie más debe saber acerca de esto, ni siquiera Drinian, bajo pena de muerte, ¿me entienden?

—¿A quién crees que le estás hablando? —dijo Edmundo—. Yo no soy súbdito tuyo, sino todo lo contrario. Yo soy uno de los cuatro antiguos soberanos de Narnia, y tú le debes lealtad al Gran Rey, mi hermano.

—¿De modo que a eso hemos llegado, rey Edmundo? —dijo Caspian, poniendo la mano en el puño de su espada.

—¡Oh, basta ya! —exclamó Lucía—. Esto es lo malo de hacer cualquier cosa con muchachos. Ustedes son un par de fanfarrones, grandísimos idiotas, ...¡oooh! —y su voz se convirtió en un grito de asombro.

Todos los demás vieron lo mismo que vio ella.

Al otro lado de la ladera gris del cerro (gris porque el brezo aún no estaba en flor), sin ruido, sin mirarlos, y resplandeciendo como si estuviese bajo un brillante rayo de sol, aunque el sol ya se había ocultado, avanzó con paso lento el León más enorme que jamás haya visto el ojo humano. Más tarde, al describir la escena, Lucía dijo que “era del tamaño de un elefante”, aunque en otra ocasión simplemente dijo “del tamaño de un caballo de carreta”. Pero no era el tamaño lo que importaba. Nadie osó preguntar quién era. Todos sabían que era Aslan.

Y nadie vio ni cómo ni a dónde se fue. Todos se miraron como si estuvieran despertando de un sueño.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó Caspian—. Parece que me he estado poniendo en ridículo.

—Señor —dijo Rípichip—, este lugar tiene una maldición. Volvamos a bordo lo

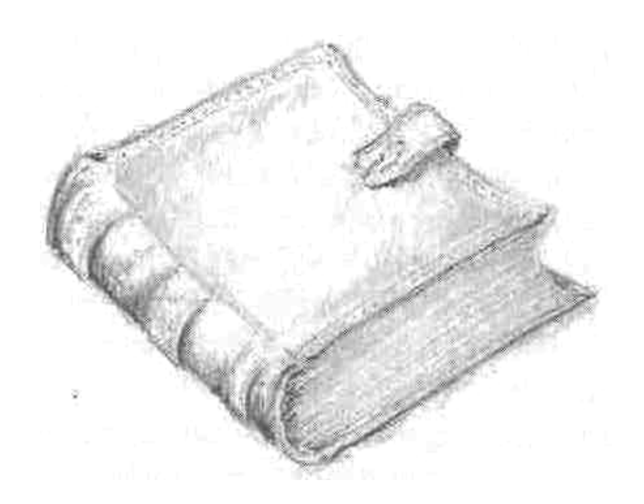
antes posible. Y si se me permite el honor de dar nombre a esta isla, yo la llamaría Aguas de Muerte.

—Me parece un excelente nombre, Rip —dijo Caspian—, aunque ahora que lo pienso, no sé por qué. Pero parece que el tiempo se está componiendo, y tal vez a Drinian le gustaría partir. ¡Qué cantidad de cosas tenemos que contarle!

Pero en realidad no era mucho lo que podían contar, ya que los recuerdos de la última hora se habían vuelto muy confusos.

—Sus Majestades parecían estar un poco embrujadas al subir a bordo —dijo Drinian a Rins horas después, cuando el *Explorador del Amanecer* estuvo navegando nuevamente, y la isla de Aguas de Muerte quedó bajo el horizonte—. Algo les sucedió en aquel lugar. Lo único que me queda claro es que ellos creen haber encontrado el cuerpo de uno de esos siete lores que estamos buscando.

—¡No me digas, Capitán! —respondió Rins—. Bueno, ya son tres. Sólo faltan cuatro. A este paso estaremos de vuelta en casa poco después del Año Nuevo, lo que es muy bueno. Se me está acabando el tabaco. Buenas noches, señor.



# IX LA ISLA DE LAS VOCES

En este momento el viento, que por tanto tiempo había sido noroeste, comenzó a soplar desde el oeste mismo y cada mañana, cuando el sol asomaba por el mar, la proa curva del *Explorador del Amanecer* parecía alzarse y atravesar el sol por la mitad. Algunos pensaban qué el sol se veía más grande que en Narnia, pero no todos eran de la misma opinión. Y navegaron y navegaron con una brisa suave y estable, sin ver peces, ni gaviotas, ni barcos, ni playas. Los víveres comenzaron a escasear nuevamente y se preguntaban temerosos si no estarían navegando en un mar que no tenía fin. Pero un día al amanecer, cuando ya pensaban que sería demasiado arriesgado continuar su viaje hacia el este, vieron justo al frente, entre ellos y el sol saliente, una tierra baja, tendida allí como si fuera una nube.

Más o menos a media tarde fondearon en una amplia bahía y desembarcaron. Este lugar era muy diferente a los que ya habían conocido, pues, una vez que hubieron cruzado la playa de arena, vieron que todo estaba muy silencioso y vacío, como si se tratara de una tierra deshabitada; sin embargo, frente a ellos se extendían unos prados muy parejos, con pasto tan suave y tan corto como suele estarlo en los jardines que rodean una gran casa inglesa, donde trabajan más de diez jardineros. Los árboles, que eran muchos, estaban bastante separados unos de otros y no tenían ramas rotas ni había hojas en el suelo. De vez en cuando se sentía el arrullo de las palomas, pero no se oía ningún otro ruido.

Al poco rato llegaron a un largo, estrecho y arenoso sendero donde no crecía ni una sola maleza; tenía una hilera de árboles a cada orilla. Allá lejos, al otro extremo de la avenida, pudieron distinguir una casa muy grande y gris que, con el sol de la tarde, mostraba un aspecto sumamente tranquilo.

Casi en el mismo momento en que entraron a este sendero, Lucía sintió que se le había metido una piedrecita en el zapato. En un lugar desconocido como éste, habría sido más prudente de su parte pedir a los demás que la esperaran mientras la sacaba, pero ella no lo hizo. Simplemente se quedó atrás con toda tranquilidad y se sentó para sacarse el zapato. Pero se le enredó el cordón en un apretado nudo.

Antes de que pudiera desatarlo, los otros ya se habían alejado bastante. Cuando ella, después de sacar la piedra, se empezó a poner el zapato, ya no los podía oír. Pero casi al mismo tiempo escuchó otro ruido que no provenía de la dirección en que se encontraba la casa.

Lo que ella oyó fue descomunal. Sonaba como si docenas de forzudos trabajadores estuvieran golpeando la tierra, lo más fuerte que podían, con grandes mazos de madera. Y el ruido se acercaba rápidamente. Lucía estaba sentada con la espalda apoyada en un árbol y, como éste no era el tipo de árbol al que ella se podía subir, no tenía en realidad nada que hacer más que quedarse sentada muy quieta, apretarse contra el árbol y esperar que no la vieran.

Tam, tam, tam... y, lo que fuera, debía estar muy cerca ya, puesto que se sentía estremecer la tierra. Pero no podía ver nada. Pensó que la cosa, o las cosas, estaban justo tras ella. Pero después oyó un golpe en el sendero, frente a ella. Supo que el golpe venía del sendero no sólo por el ruido, sino porque vio que la arena se desparramaba, como si le hubiesen dado un pesado golpe. Pero Lucía no veía nada que pudiese haber golpeado la arena. Luego, todos los estruendosos ruidos se aunaron a unos veinte pasos de ella y cesaron súbitamente. Entonces se oyó la Voz.

Era realmente espantoso, pues seguía sin poder ver a nadie. Todo ese lugar,

parecido a un parque, estaba tan quieto y vacío como cuando recién desembarcaron. Sin embargo, unos cuantos pasos más allá habló una voz. Y lo que dijo fue lo siguiente:

—Compañeros, esta es nuestra oportunidad.

Al instante todo un coro de voces respondió:

—¡Oiganlo, óiganlo! Ha dicho que esta es nuestra oportunidad. Bravo, Jefe. Jamás has dicho algo más cierto.

—Lo que digo —continuó la primera voz—, es que bajemos a la playa entre ellos y su barco, dejemos que todos vayan por sus armas, y los atrapemos cuando traten de hacerse a la mar.

—¡Ea! Eso es —gritaron todas las demás voces—. Nunca hiciste un plan tan bueno, Jefe. ¡Adelante, Jefe! No podrías haber ideado nada mejor.

—Rápido entonces, compañeros, rápido —dijo la primera voz—. ¡Vámonos!

—Tienes razón otra vez, Jefe —dijeron las otras voces—. No podías dar una orden mejor. Justo lo que íbamos a decir nosotros. Vámonos.

En el acto comenzó el golpeteo de nuevo, muy fuerte al principio, pero cada vez más apagado hasta que desapareció completamente cerca del mar.

Lucía sabía que no era el momento de romperse la cabeza pensando en lo que podían ser esas criaturas invisibles. En cuanto desaparecieron los golpeteos, se puso de pie y corrió por el sendero detrás de los demás, tan rápido como se lo permitían sus piernas. A toda costa debía advertirlos.

Mientras ocurría esto, los otros habían llegado a la casa. Era un edificio bajo, de sólo dos pisos, construido con hermosas y suaves piedras, con numerosas ventanas y parcialmente cubierto de hiedra. Todo estaba tan silencioso, que Eustaquio dijo:

—Creo que está vacía.

Pero Caspian mostró en silencio la columna de humo que salía por una chimenea.

Encontraron una ancha puerta abierta; la atravesaron y entraron a un patio pavimentado. Y fue aquí donde tuvieron los indicios de que algo extraño sucedía en esta isla. En medio del patio había una bomba y bajo la bomba, un cubo. Esto no tenía nada de raro. Pero el mango de la bomba se movía de arriba abajo, a pesar de que, al parecer, nadie estaba moviéndolo.

—Hay algo de magia actuando aquí —dijo Caspian.

—¡Maquinaria! —gritó Eustaquio—. Creo que por fin hemos llegado a un país civilizado.

Fue entonces cuando Lucía, acalorada y sin respiración, irrumpió en el patio detrás de ellos. En voz baja trató de explicarles lo que había oído por casualidad, y cuando entendieron, en parte, ni siquiera el más valiente se veía muy contento.

—Enemigos invisibles —murmuró Caspian—, y nos cortan el paso a nuestro barco. Estamos metidos en un lío muy feo.

—¿No tienes alguna idea de qué clase de criaturas se trata, Lu? —preguntó Edmundo.

¿Cómo podría saberlo, Ed, si no pude verlas?

—Sus pisadas, ¿parecían de seres humanos?

—No oí ruido de pisadas, sino sólo voces y aquellos aterradores golpes y porrazos, como de mazos.

—Me pregunto —dijo Rípichip— si acaso se volverán visibles si las atravesamos con una espada.

—Parece que debemos averiguarlo —dijo Caspian—. Pero primero salgamos de aquí. Hay uno de ellos junto a la bomba escuchando todo lo que decimos.

Salieron del patio y volvieron al sendero, donde tal vez los árboles los ayudarían a pasar inadvertidos.

—En realidad no sacamos nada tratando de escondernos de seres a los que no podemos ver —dijo Eustaquio—. Puede que estén todos a nuestro alrededor.

—Entonces, Drinian —dijo Caspian—, ¿qué pasaría si diéramos el bote por perdido, bajamos a otra parte de la bahía y hacemos señas al *Explorador del Amanecer* para que se acerque y podamos subir a bordo?

—No hay suficiente profundidad para nuestro barco, Señor —dijo Drinian.

—Podríamos nadar —dijo Lucía.

—Sus Majestades, por favor —dijo Rípichip—. Les ruego que me escuchen. Es un disparate tratar de huir de un enemigo invisible arrastrándose y escondiéndose. Si lo que quieren estas criaturas es darnos la batalla, estén seguros de que lo lograrán, y, pase lo que pase, prefiero enfrentarlos cara a cara antes de que me atrapen por la cola.

—En realidad, creo que esta vez Rípichip está en lo cierto —dijo Edmundo.

—Claro —dijo Lucía—, si Rins y los otros a bordo del *Explorador del Amanecer* nos ven luchando en la playa, serán capaces de hacer *algo.*

—Pero no se darán cuenta de que estamos combatiendo si no pueden ver a nuestros enemigos —dijo Eustaquio desconsolado—. Pensarán que sólo estamos blandiendo nuestras espadas en el aire, para divertirnos.

A esto siguió una incómoda pausa.

—Bien —dijo finalmente Caspian—. Sigamos adelante. Debemos ir a hacerles frente. Dense la mano; la flecha en la cuerda, Lucía; los demás desenvainen sus espadas, y... ahora en marcha. A lo mejor querrán parlamentar.

Era extraño ver el prado y los grandes árboles tan quietos mientras ellos marchaban de regreso a la playa. Cuando llegaron allá y vieron al barco en el mismo lugar en que lo dejaron, y ni rastro de gente sobre la suave arena, más de uno dudó de que lo que había dicho Lucía, no fuera sólo imaginación suya. Pero antes de que llegaran a la arena, se oyó una voz en el aire:

No se acerquen más, señores, no se acerquen —dijo—. Antes tenemos que hablar con ustedes. Somos más de cincuenta y tenemos nuestras armas en la mano.

Escúchenlo, escúchenlo —se oyó el coro—. Es nuestro Jefe. Pueden confiar en lo que dice. Les está diciendo la verdad, por supuesto.

Yo no veo a esos cincuenta guerreros —observó Rípichip.

Es verdad, es verdad —dijo la Voz Jefe—. Ustedes no nos ven. ¿Saben por qué? Porque somos invisibles.

Sigue, Jefe, sigue —dijeron las Otras Voces—. Estás hablando como un libro. Ellos no podrían pedir una respuesta mejor que ésa.

—Calla, Rip —dijo Caspian; luego añadió con voz más fuerte—: Ustedes, seres invisibles, ¿qué quieren de nosotros? ¿Qué hemos hecho para ganarnos su enemistad?

—Queremos algo que esa niñita puede hacer por nosotros —dijo la Voz Jefe. (Las otras explicaron que eso era exactamente lo que habrían querido decir ellas).

—¡Niñita! —exclamó Rípichip—. La dama es una reina.

—Nosotros no sabemos nada de reinas —dijo la Voz Jefe (“nosotros tampoco, nosotros tampoco”, intervinieron las demás)—, pero queremos algo que ella puede hacer.

—¿Qué cosa? —preguntó Lucía.

—Pero si es cualquier cosa que vaya contra el honor o la seguridad de su Majestad —añadió Rípichip—, se sorprenderán de ver a cuántos somos capaces de matar antes de morir.

—Bueno —dijo la Voz Jefe—. Es una larga historia. ¿Qué tal si nos sentamos?

La proposición fue calurosamente aprobada por las otras voces, pero los narnianos permanecieron de pie.

—Está bien —dijo la Voz Jefe—. La historia es así. Esta isla ha sido propiedad de un gran mago desde tiempos inmemoriales y todos nosotros somos, o tal vez, para ser más exactos, debería decir que éramos, sus sirvientes. Bueno, para resumirles, este mago del cual les hablaba, nos dijo que hiciéramos algo que no nos gustaba. Y ¿por qué? Pues porque no queríamos. Entonces este mago se puso furioso, ya que les debo decir que era el dueño de esta isla y no estaba acostumbrado a que lo contradijeran. Era terriblemente dominante, ¿saben? Pero, déjenme ver... ¿dónde estaba? ¡Ah!, sí, entonces este mago subió al segundo piso de la casa, porque deben saber que guardaba todas sus cosas de magia allá arriba, y todos nosotros vivíamos abajo. Decía que subió al piso de arriba y nos hechizó. El hechizo de la fealdad. Si ustedes nos vieran ahora, y en mi opinión que deben dar gracias a sus estrellas de no poder hacerlo, no se imaginarían cómo éramos antes de que nos afearan. Realmente no podrían. Así que éramos tan feos que no podíamos soportar el mirarnos unos a otros. ¿Saben qué hicimos? Bueno, les diré lo que hicimos. Una tarde esperamos hasta que pensamos que el mago se había dormido, y luego subimos sigilosamente las escaleras y fuimos con toda desfachatez hasta donde se encontraba el libro mágico, para ver si podíamos hacer algo para remediar este afeamiento. Pero todos estábamos temblando y bañados de sudor, de modo que no los engañaré. Pero me crean o no, les aseguro que no pudimos encontrar nada del tipo de un hechizo que terminara con nuestra fealdad. A medida que pasaba el tiempo, empezamos a temer que el anciano caballero se despertara en cualquier momento; yo estaba bañado en un asqueroso sudor, no se los voy a negar. Bueno, para acortarles la historia, ya sea que lo hicimos bien o que lo hicimos mal, finalmente vimos un hechizo que hacía invisible a la gente y pensamos que era preferible ser invisibles, antes que seguir siendo tan feos. ¿Por qué? Pues porque lo preferíamos así. Entonces mi hijita, que tiene casi la misma edad que la de ustedes, y que era una niña dulce antes de ser afeada, aunque ahora..., pero, en boca cerrada no entran moscas, miren, mi hija leyó el conjuro, ya que tenía que hacerlo una niñita, o el mismo mago, si entienden lo que quiero decir, puesto que de otro modo no funciona. ¿Y por qué no? Pues porque no ocurre nada. De modo que mi Horquillita dijo el conjuro, pues ya les debo haber dicho que ella leía maravillosamente, y en ese momento nos volvimos todo lo invisible que quisiera ver. Y les aseguro que fue un alivio el no verse más las caras. Al menos al principio. Pero en resumidas cuentas somos seres mortales y estamos cansados de ser invisibles. Y hay algo más: jamás contamos con que este mago, del cual les estaba hablando antes, también se volvería invisible. Pero no lo hemos vuelto a ver desde entonces. Así es que no sabemos si se habrá muerto, o si se habrá ido, o si tal vez sea invisible y está sentado allá arriba, y quizás baje las escaleras y siga siendo invisible abajo. Y créanme, no se saca nada con tratar de oírlo, pues siempre andaba descalzo, sin hacer más ruido que un gran gato gordo. Y ahora, caballeros, les digo francamente que esto está yendo más allá de lo que pueden aguantar nuestros nervios.

Esta fue la historia que contó la Voz Jefe, pero muy acortada, ya que he omitido los comentarios de las otras voces. En verdad, él no alcanzaba a decir más de seis o siete palabras sin que los otros lo interrumpieran con sus frases de acuerdo y de aliento, que estuvieron a punto de volver locos de impaciencia a los narnianos. Cuando terminó, se produjo un gran silencio.

—Pero —dijo finalmente Lucía— no entiendo qué tiene que ver todo esto con nosotros.

—¡El Cielo me ampare! ¿Acaso me he olvidado de aclarar bien todo? —dijo la Voz Jefe.

—Todo está claro, todo está claro —gritaron con entusiasmo las otras voces—. Nadie podría haber dicho las cosas en forma más clara y mejor. Sigue, Jefe, sigue.

—Bien, no será necesario que repita toda la historia —comenzó el Jefe.

—No, por supuesto que no —dijeron Caspian y Edmundo.

—Bueno, para ir al grano —dijo la Voz Jefe—, desde hace muchísimo tiempo hemos estado esperando que de otras tierras llegara una niñita tan linda como tú, señorita, para que fuera arriba, buscara el libro mágico y encontrara la fórmula para librarnos de la invisibilidad, y la dijera. Y juramos que los primeros extraños que desembarcaran en esta isla, trayendo consigo a una linda niñita, claro, porque si no la traían, eso sería harina de otro costal, no saldrían vivos de aquí a menos que hicieran lo necesario por nosotros. Y es por ello, caballeros, que si su niña no sube a escarbar, nos veremos en la dolorosa obligación de cortarles la garganta a todos. Tan sólo como parte del trabajo, como dirían ustedes, y espero que sin ofenderlos.

—No veo todas sus armas —dijo Rípichip—. ¿O es que también son invisibles?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando se oyó un zumbido y al instante una lanza se clavó vibrando en un árbol tras ellos.

—Es una lanza, eso es —dijo la Voz Jefe.

—Eso es lo que es, Jefe, eso es lo que es —dijeron las otras Voces—. No podrías haberla clavado mejor.

—Y salió de mi mano —dijo la Voz Jefe—. Se vuelven visibles cuando no las tocamos.

—Pero ¿por qué tengo que ser *yo* la que haga eso? —preguntó Lucía—. ¿Por qué no lo hace alguno de ustedes mismos? ¿Es que acaso no tienen niñas?

—No nos atrevemos, no nos atrevemos —dijeron todas las Voces—. No volveremos a subir allá.

—En otras palabras —dijo Caspian—, ustedes le están pidiendo a esta dama que enfrente un peligro que ustedes no se atreven a pedir a sus propias hermanas e hijas que enfrenten.

—¡Eso es, eso es! —dijeron alegremente las Voces—. No lo podrías haber dicho mejor. Tú has tenido alguna educación, sí, sí, cualquiera se da cuenta.

—Vaya, es vergonzoso... —comenzó a decir Edmundo.

Pero Lucía lo interrumpió:

—¿Tendría que hacerlo de noche, o podría hacerlo con la luz del día?

— ¡Con luz de día, con luz de día, ciertamente! —dijo la Voz Jefe—. De noche no. Nadie te está pidiendo eso. ¿Subir de noche? ¡Uf!

—Está bien, entonces lo haré —dijo Lucía—. No —agregó volviéndose a los otros—. No traten de detenerme. ¿No ven que es inútil? Hay docenas de ellos y no les podemos hacer frente. De esta otra manera *tenemos* una oportunidad.

—Pero ¿y el mago? —preguntó Caspian.

—Ya sé —dijo Lucía—, pero puede que no sea tan malo como ellos se imaginan. ¿No te parece que esta gente no es muy valiente?

—Ciertamente no son muy inteligentes —dijo Eustaquio.

—Mira, Lucía —dijo Edmundo—. Realmente no podemos dejarte hacer una cosa así. Pregúntale a Rip. Estoy seguro de que te dirá lo mismo.

—Pero, ¡si es algo para salvar mi propia vida y la de ustedes! —dijo Lucía—. Y tampoco quiero que me hagan pedazos con una espada invisible.

—Su Majestad tiene razón —dijo Rípichip—. Si tuviésemos alguna garantía de salvarla con una batalla, estaría clarísimo cuál sería nuestro deber, pero me parece que no tenemos ninguna. Además, el servicio que le piden en ningún caso atenta contra su honor, pues es un acto noble y heroico. Si el corazón de la reina la inclina a correr el riesgo con el mago, no me opondré.

Como jamás nadie había oído que Rípichip tuviera miedo de algo, él podía decir

tales cosas sin sentirse en absoluto incómodo. Pero los muchachos, que a menudo habían estado asustados, se pusieron colorados. No obstante, era obvio que tenían que ceder. Los invisibles estallaron en fuertes vítores cuando se les anunció la decisión, y la Voz Jefe (apoyada calurosamente por las demás) invitó a los narnianos a que se quedaran a cenar y pasaran la noche con ellos. Eustaquio no quería aceptar, pero Lucía le dijo:

—Estoy segura de que no son traicioneros, no son en absoluto de ese tipo.

Los demás estuvieron de acuerdo y, de ese modo, acompañados por un fuerte ruido de golpes (que se hizo mayor al llegar al enlosado patio resonante de eco), todos volvieron a la casa.



# X EL LIBRO DEL MAGO

Los seres invisibles atendieron a sus invitados en forma majestuosa. Era muy gracioso ver que hasta la mesa llegaban fuentes y platos y no ver quién los traía. Incluso habría sido divertido si las cosas se hubiesen movido al nivel del suelo, como era de esperar que lo hicieran manos invisibles. Pero no ocurrió tal cosa. Las bandejas avanzaban por el comedor dando una serie de brincos y saltos. En el punto más alto de cada salto, un plato estaría más o menos a cuatro metros de altura en el aire; luego bajaba y se detenía súbitamente a casi un metro del suelo. Cuando los platos contenían algo como sopa o compota, los resultados eran bastante desastrosos.

—Empiezo a sentir mucha curiosidad por esta gente susurró Eustaquio a Edmundo—. ¿Piensas que son seres humanos? Yo diría que más parecen inmensos saltamontes o sapos gigantes.

—Así parece —respondió Edmundo—, pero no le metas en la cabeza a Lucía la idea de los saltamontes. No es muy aficionada a los insectos, especialmente a los grandes.

La comida habría transcurrido en forma mucho más agradable si no hubiera sido tan sumamente desordenada, y también si la conversación no hubiese consistido sólo en expresiones de acuerdo. Los invisibles estaban de acuerdo con todo. Y la mayoría de sus observaciones eran de ésas con las que no es fácil estar en desacuerdo: "Siempre digo que cuando un tipo tiene hambre, le gusta comer algo". "Esta oscureciendo. Todas las noches es lo mismo". O incluso "¡Ah! Ustedes llegaron por mar. Qué cosa más mojada, ¿no es cierto?"

Mientras tanto Lucía no podía evitar mirar el oscuro y profundo acceso hacia el pie de la escalera (la podía ver desde donde estaba sentada), y se preguntaba qué encontraría allá arriba a la mañana siguiente. Pero aparte de eso, fue una buena comida, con sopa de hongos, pollo cocido y jamón caliente, grosellas silvestres, pasas rojas, requesón, crema, leche y aguamiel. A todos les gustó el aguamiel, menos a Eustaquio, que más tarde se arrepintió de no haber tomado un poco.

Cuando Lucía despertó a la mañana siguiente, tuvo la misma sensación que tenía al despertar los días de exámenes o los días en que tenía que ir al dentista. La mañana estaba deliciosa, con las abejas que entraban y salían zumbando por la ventana abierta, y afuera el prado, tan parecido a cualquier lugar de Inglaterra. Se levantó, se vistió y a la hora del desayuno trató de comer y conversar como de costumbre. Más tarde, después de recibir instrucciones de la Voz Jefe sobre lo que tenía que hacer allá arriba, se despidió de los otros, y sin decir nada caminó hasta el pie de la escalera y comenzó a subir sin mirar hacia atrás.

Estaba bastante claro, lo que era muy bueno. Justo frente a ella, al finalizar el primer tramo, había una ventana. Todo el tiempo que estuvo en ese tramo de la escalera podía escuchar el tic-toc, tic-toc de un reloj de pared que había en el salón de abajo. Luego, en el descanso de la escalera, tuvo que girar hacia la izquierda para subir el tramo siguiente; después ya no oyó más el sonido del reloj.

Lucía llegó al final de la escalera y vio un pasillo largo y ancho, con una gran ventana al otro extremo. Aparentemente, el pasillo atravesaba toda la casa. Estaba todo tallado, artesonado y alfombrado y muchas puertas daban a él a cada lado. Lucía se quedó inmóvil y no podía oír nada, ni siquiera el chillido de un ratón, el zumbido de una mosca o el oscilar de una cortina; nada, excepto los latidos de su propio corazón.

"Debe ser la última puerta a la izquierda", se dijo.

Le pareció un poco terrible que fuera la última. Para llegar hasta ella debería pasar frente a cada una de las habitaciones, y en cualquiera podía estar el mago; dormido o despierto, o invisible o, incluso, muerto. Pero no debía pensar en eso. Comenzó su camino. La alfombra era tan gruesa que sus pies no hacían ningún ruido.

"No hay absolutamente nada que temer por el momento", se dijo Lucía.

Desde luego, el pasillo estaba lleno de sol y muy tranquilo; tal vez demasiado tranquilo. Habría sido más agradable sin esos extraños signos pintados con rojo en las puertas, unas cosas retorcidas y complicadas que obviamente tenían un significado, y sin duda un significado no muy agradable. Sería mucho más acogedor aun si no fuera por esas máscaras que colgaban de la pared. No por ser precisamente feas, o no tan feas, sino porque las órbitas vacías tenían un aspecto muy extraño, y si te dejas llevar por la imaginación, pronto verías que las máscaras hacían muecas en cuanto les dieras vuelta la espalda.

Pasada la sexta puerta más o menos, Lucía tuvo su primer gran susto. Por un segundo estuvo casi segura de que de la pared se había asomado una picara carita barbuda y que le había hecho un gesto. Se obligó a sí misma a detenerse y mirar hacia allá. Lo que vio no era precisamente una cara, sino un pequeño espejo del mismo tamaño y forma de su propia cara, con pelo en la parte de arriba, y una barba que colgaba de él, de tal modo que al mirarse en el espejo, tu propia cara calzaba en el pelo y la barba, y parecía que eran tuyos.

"Al pasar por aquí vi por el rabillo del ojo mi propio reflejo en el espejo", se dijo. "Eso fue todo. Es bastante inofensivo".

Pero no le gustó cómo se veía su cara con esa barba y ese pelo, y siguió su camino. (No tengo la menor idea para qué servirá el espejo barbón, puesto que no soy mago).

Antes de llegar a la última puerta a la izquierda, Lucía empezó a preguntarse si el corredor no se habría alargado desde que ella comenzó a caminar por él y si eso sería parte de la magia de la casa. Pero finalmente llegó a la puerta; estaba abierta.

Era una pieza amplia con tres grandes ventanas y estaba llena de libros desde el suelo hasta el techo; Lucía jamás había visto tantos libros: libritos diminutos, libros gordos y serios, y algunos más grandes que cualquier Biblia de iglesia que hayas visto; todos forrados en cuero, y olían a antigüedad, a sabiduría y a magia. Pero ella sabía, por las instrucciones que le dieron, que no debía preocuparse por esos libros, ya que *el* libro, el Libro Mágico, estaba sobre una mesa de lectura, justo en medio de la habitación. Lucía se dio cuenta de que tendría que leerlo de pie (además, no había ninguna silla), *y* también que debería dar la espalda a la puerta mientras leía, de modo que se dio vuelta de inmediato para cerrar la puerta.

Pero la puerta no cerraba.

Puede que algunas personas no estuvieran de acuerdo en esto con Lucía; sin embargo, a mi parecer, hizo lo correcto. Dijo que no le habría importado si hubiera podido cerrar la puerta, pero que era desagradable tener que estar parada en un lugar como ése con una puerta abierta justo a sus espaldas. En su lugar, yo me habría sentido igual. Pero no había nada más que hacer.

Una cosa que la inquietaba bastante era el tamaño del Libro. La Voz Jefe había sido incapaz de darle una idea de en qué parte del Libro se hallaba el conjuro para hacer visibles las cosas. Es más, pareció sorprenderse con su pregunta. El esperaba que Lucía comenzara a buscar desde el principio, y siguiera hasta dar con la fórmula. Es obvio que no se le había pasado por la mente que existiera otra forma de buscar algo en un libro.

—¡Pero esto me tomará días y meses! —dijo Lucía mirando el inmenso volumen—; ya me siento como si estuviese aquí desde hace horas.

Se acercó a la mesa y apoyó su mano en el Libro; al hacerlo sintió un hormigueo en sus dedos, como si estuviera lleno de electricidad. Trató de abrirlo, pero al principio no pudo; sin embargo, esto fue porque estaba sujeto por dos cierres de plomo, y una vez que los soltó, el libro se abrió fácilmente. Y ¡qué libro!

Estaba escrito, no impreso. Escrito en una caligrafía clara y pareja, con letra grande, de trazos gruesos hacia abajo y delgados hacia arriba, más fácil de leer que los impresos, y tan hermosa, que Lucía se quedó contemplándola durante unos segundos, y se olvidó de leer. El papel era liso y suave, y despedía un agradable aroma; y había dibujos en los márgenes y alrededor de las grandes y coloridas mayúsculas al principio de cada conjuro.

No tenía títulos ni subtítulos; los conjuros comenzaban de inmediato. Al principio, Lucía no encontró nada importante en ellos. Eran remedios para las verrugas (lavándose las manos a la luz de la luna, en una palangana de plata), para los dolores de muela y calambres, y también había uno para sacar enjambres de abejas. El cuadro del hombre con dolor de muelas era tan real, que si lo mirabas mucho rato podía hacerte doler tus propias muelas; y las abejas doradas, que salpicadas por todos lados en el cuarto conjuro, parecía como si realmente estuvieran volando.

A Lucía le costó mucho salir de esa primera página, mas cuando le dio vuelta se encontró con que la segunda era igualmente interesante.

“Pero tengo que seguir adelante”, se dijo.

Y avanzó cerca de treinta páginas. De haber podido recordarlas, le habrían enseñado cómo encontrar tesoros enterrados, cómo recordar cosas olvidadas, cómo olvidar las cosas que quieres olvidar, cómo saber si los demás dicen la verdad, cómo llamar (o prevenir) la lluvia, el viento, la niebla, la nieve y el aguanieve; cómo producir sueños encantados y cómo dar a un hombre una cabeza de burro (como hicieron con el pobre Bottom). Y mientras más leía, más maravillosos y reales eran los dibujos.



Luego llegó a una página con tal despliegue de ilustraciones que casi no se distinguía la escritura. Apenas se podía leer, pero Lucía *sí* reparó en las primeras palabras. Estas eran: “Un hechizo infalible para hacer de quien lo pronuncie el ser más hermoso de entre los mortales”. Lucía acercó su cara a la página y fijó la vista en los dibujos, y aunque al principio parecían estar amontonados y enredados, ahora podía distinguirlos más claramente.

La primera ilustración mostraba a una niña parada frente a un escritorio leyendo un libro inmenso; estaba vestida exactamente igual a ella. En la siguiente, Lucía (porque la niña del dibujo era la misma Lucía) estaba de pie con la boca abierta y una expresión bastante terrible en la cara, cantando o recitando algo. En la tercera lámina ya tenía la belleza más allá de todo lo mortal. Era extraño, considerando lo pequeños que se veían los dibujos al principio, que ahora la Lucía del cuadro pareciera ser casi del mismo tamaño que la Lucía real; ambas se miraron a los ojos y la verdadera Lucía apartó su mirada a los pocos segundos, deslumbrada con la belleza de la otra Lucía, aunque aún podía ver alguna semejanza con sus propios rasgos en esa hermosa cara. De pronto las ilustraciones comenzaron a agolparse rápidamente una tras otra. Se vio sentada en un trono, en las alturas, en un gran torneo en Calormania, y todos los reyes del mundo peleaban por su belleza. Después de esto, los torneos se transformaron en guerras de verdad, y tanto Narnia como Arquenlandia, Telmaria, Calormania, Galma y Terebintia fueron devastados por la furia de los reyes, duques y grandes señores, que peleaban por sus favores. Luego cambió, y Lucía, que seguía teniendo esa belleza superior a la de todos los mortales, estaba de vuelta en Inglaterra, y Susana (que siempre había sido la belleza de la familia) había regresado de Estados Unidos. La Susana del cuadro era igual a la verdadera Susana, pero menos bonita y con una expresión antipática. Y Susana estaba celosa de la deslumbrante belleza de Lucía, pero esto no tenía importancia, pues a nadie le interesaba Susana ahora.

—Diré el conjuro —dijo Lucía—. No me importa, lo diré.

Dijo “no me importa”, pues tenía el fuerte presentimiento de que no debía hacerlo. Pero cuando volvió a mirar las primeras palabras del conjuro, ahí, en medio de la escritura, donde estaba muy segura de que antes no había ningún dibujo, vio una enorme cara de león, del León, del propio Aslan, que la miraba fijamente. Estaba pintado de un dorado tan intenso, que parecía como si fuera a salir de la página hacia ella; y a decir verdad, más tarde no estuvo muy segura de que no se hubiera movido un poco. De cualquier forma, ella conocía muy bien esa expresión de su rostro. Gruñía mostrando todos sus dientes. Lucía se asustó terriblemente y, de inmediato, dio vuelta a la página.

Poco después llegó a un conjuro que permitía saber lo que los amigos pensaban de uno. Lucía, que había querido de todo corazón ensayar el otro conjuro, el que la haría ser la más hermosa de los mortales, decidió que diría este conjuro para suplir el no haber dicho el otro. Y muy apurada, por miedo a cambiar de opinión, dijo las palabras. (Nada me convencerá a decirles cuáles eran esas palabras). Luego esperó a ver qué ocurría.

Como no pasaba nada, empezó a mirar los dibujos. De pronto vio lo último que habría esperado; en el dibujo había un carro de tren de tercera clase y, adentro, dos colegialas sentadas. Lucía las reconoció de inmediato. Eran Margarita Preston y Ana Featherstone. Y ahora era más real que un simple dibujo, tenía vida. Podía ver que por la ventana se divisaban los postes del telégrafo pasando como flechas. Podía ver a las dos niñas riendo y conversando y, luego, poco a poco (como cuando se sintoniza la radio), escuchó lo que hablaban.

—¿Podré verte un poco más este trimestre? —decía Ana—, ¿o vas a seguir

estando tan agarrada por Lucía Pevensie?

—No entiendo qué quieres decir con eso de agarrada —dijo Margarita.

—Claro que lo entiendes —dijo Ana—. El trimestre pasado te morías por ella.

—No pienso —respondió Margarita—. No soy tan tonta. Lucía no es una niña mala, a su manera, pero empecé a cansarme de ella antes de que terminara el trimestre.

—¡Muy bien, entonces no te volverá a pasar nunca más! —gritó Lucía—. ¡Pequeña bestia hipócrita!

Pero el sonido de su propia voz, de inmediato, le recordó que estaba hablando con un dibujo y que la verdadera Margarita estaba muy lejos, en otro mundo.

“Bien —se dijo Lucía—. Yo pensaba mucho mejor de ella; hice montones de cosas por ayudarla en el último trimestre, y fui su amiga cuando pocas se le acercaban. Y ella lo sabe muy bien. ¡Y decírselo a Ana Featherstone, precisamente! Me pregunto si todas mis amigas serán iguales. Aquí hay muchos cuadros más. No. No miraré ni uno más. ¡No miraré! ¡No miraré!”

Con gran esfuerzo volvió la página, pero antes un lagrimón de rabia salpicó la hoja.

En la próxima página encontró un conjuro “para fortalecer el espíritu”. Aquí había menos ilustraciones, pero eran muy bonitas. Y lo que leyó parecía más bien un cuento que un hechizo. Eran tres páginas y, antes de terminar la primera, se había olvidado de que estaba leyendo. Estaba viviendo la historia como si fuera real y todos los dibujos eran reales también. Al llegar a la tercera página, y después de leer el final, se dijo:

“Es la historia más linda que he leído en toda mi vida y que leeré jamás. Me encantaría seguir leyéndola diez años más. Por lo menos, la voy a leer de nuevo”.

Pero aquí entró en juego parte de la magia del Libro. No se podía volver atrás. Las páginas siguientes, las de la derecha, podían ser dadas vuelta, pero las de la izquierda, no.

—¡Qué pena! —dijo Lucía—. Tenía tantas ganas de volverla a leer. Bueno, por lo menos la podré recordar. A ver... se trataba de... de... ¡Dios mío! Todo se está desvaneciendo otra vez. Hasta esta última página está quedando en blanco. Este es un libro bien misterioso. ¿Cómo pude haber olvidado? Se trataba de una copa... y una espada y... un árbol... y un cerro verde, eso lo sé, pero no puedo recordar, ¿qué voy a hacer?

Nunca lo pudo recordar y, desde ese día, para Lucía una buena historia es alguna que le recuerda la historia olvidada del Libro del Mago.

Dio vuelta la hoja y, para su sorpresa, encontró una página sin ningún dibujo; pero las primeras palabras eran las siguientes:

“Un conjuro para hacer visibles las cosas escondidas”.

Lucía leyó todo para estar segura de todas las palabras difíciles y, luego, lo dijo en voz alta. De inmediato vio que había dado resultado, pues a medida que hablaba comenzaron a colorearse las letras mayúsculas del encabezamiento de la página, y empezaron a aparecer los dibujos en los márgenes. Era como cuando uno sostiene junto al fuego algo que está escrito con tinta invisible y la escritura comienza a aparecer en forma gradual; sólo que en este caso, en vez del sucio color del jugo de limón (que es la tinta invisible más fácil), los colores eran dorado, azul y rojo. Eran dibujos extraños con personajes que a Lucía no le gustaban mucho.

Entonces pensó:

“Supongo que habré hecho todo visible, y no sólo a los golpeadores. Debe haber montones de otras cosas invisibles vagando en un lugar como éste. No estoy segura de si me gustaría verlas todas”.

En ese momento oyó pisadas silenciosas y pesadas que se acercaban por el

corredor tras ella y, por supuesto, se acordó de lo que le habían dicho acerca del mago, que caminaba con los pies descalzos, sin hacer más ruido que un gato. Siempre es mejor darse vuelta que sentir algo que se acerca con sigilo a nuestras espaldas. Así lo hizo Lucía.

Luego su cara se iluminó por un momento (por supuesto que ella no lo sabía) haciéndola verse casi tan hermosa como la Lucía del dibujo, y corrió hacia delante dando un grito de gozo y con los brazos estirados, pues quien estaba en la puerta era Aslan en persona, el León, el más grande de todos los grandes reyes. Se veía fuerte y real y amistoso, y permitió que Lucía lo besara y se refugiara en su melena resplandeciente. Y Lucía hasta se atrevió a pensar que el ruido bajo, semejante a un terremoto que sentía dentro del León, era un ronroneo.

¡Oh, Aslan! —le dijo—. Fuiste muy bueno al venir aquí.

He estado aquí todo el tiempo —dijo él—, pero me acabas de hacer visible.

—¡Aslan! —le dijo Lucía casi como un reproche—. No te rías de mí. Como si cualquier cosa que *yo* pudiera hacer te volviera visible a *ti*.

Así fue —dijo Aslan—. ¿Crees que no iba a obedecer mis propias reglas?

Después de una breve pausa, el León habló nuevamente.

—Niña —le dijo—. Pienso que has sido indiscreta.

—¿Indiscreta?

—Escuchaste lo que dos de tus compañeras de colegio hablaban de ti.

—¡Ah, eso! Yo nunca pensé que eso era escuchar a escondidas, Aslan. ¿No era magia?

—Espiar a las personas con magia, es exactamente igual que espiarlas de cualquier otra manera. Y tú juzgaste mal a tu amiga. Ella es débil pero te quiere. Le tuvo miedo a la muchacha mayor, y dijo algo que no sentía.

—Creo que jamás podré olvidar lo que la oí decir.

—No, no lo olvidarás.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Lucía—. ¿Lo eché todo a perder? ¿Quieres decir que de no haber sido por esto, habríamos seguido siendo amigas, realmente buenas amigas, durante toda la vida quizás, y que ahora jamás lo seremos?

—Hija —dijo Aslan—, ¿no te expliqué una vez que a nadie se le dice jamás lo que *podría haber pasado?*

— Sí, Aslan, sí, me lo dijiste —respondió Lucía—. Perdóname. Pero, por favor...

—Continúa, mi querida niña.

—¿Podré alguna vez volver a leer esa historia, aquella que no puedo recordar? ¿Me la contarás, Aslan? ¡Oh, cuéntamela, por favor, cuéntamela, cuéntamela!

—Por supuesto que sí, te la voy a contar por años y años. Pero ahora ven. Debemos saludar al dueño de esta casa.



# XI LOS ZONZOPODOS FUERON FELICES

Lucía siguió al gran León hacia el pasillo y de inmediato vio a un hombre viejo y descalzo, vestido de rojo, que se dirigía hacia ellos. Su cabeza blanca estaba coronada por una guirnalda de hojas de roble, la barba le llegaba hasta el cinturón, y se apoyaba en un bastón curiosamente labrado. Al ver a Aslan, el viejo se inclinó en una profunda reverencia y dijo:

— Bienvenido, Señor, a la más humilde de tus casas.

—Coriakin, ¿estás cansado de gobernar a esos súbditos tan tontos que te encargué?

—No —dijo el mago—. Son bastante estúpidos, pero no hacen daño. Incluso hasta he llegado a sentir cariño por esas criaturas. A veces, tal vez, me impaciento esperando que llegue el día en que pueda gobernarlos con sabiduría en vez de tener que hacerlo con esta burda magia.

—Todo a su tiempo, Coriakin —dijo Aslan.

—Sí, Señor, todo a su debido tiempo —fue la respuesta—. ¿Piensas mostrarte ante ellos, Señor?

—No —dijo el León con un semigruñido que parecía una risa (pensó Lucía)—. De seguro los asustaría hasta la locura. Habrá muchas estrellas que envejecerán y bajarán a descansar a alguna isla, antes de que tu pueblo esté preparado para verme. Y hoy día, antes de que se ponga el sol, debo visitar a Trumpkin, el Enano, que está en el palacio de Cair Paravel, contando los días que faltan para que vuelva Caspian, su amo. Le relataré toda tu historia, Lucía. No estés triste. Pronto nos volveremos a encontrar.

—Por favor, Aslan —dijo Lucía—. ¿A qué llamas pronto?

—Para mí, cualquier plazo es pronto —dijo Aslan, y desapareció en un instante, y Lucía se quedó sola con el mago.

—¡Se ha ido! —dijo él—, y nos ha dejado bien alicaídos. Siempre pasa lo mismo, no lo puedes retener como si fuera un león domesticado. Pero, dime, ¿te gustó mi libro?

—Algunas partes me gustaron mucho —dijo Lucía—. ¿Tú sabías todo el tiempo que yo estaba aquí?

—Por supuesto que sí. Desde que dejé que los Zonzos se volvieran invisibles supe que pronto vendrías a quitarles el hechizo. No sabía el día exacto. Y esta mañana no estaba vigilando en una forma especial. Verás, ellos me volvieron invisible a mí también, y el ser invisible siempre me ha dado muchísimo sueño. ¡Ouuu!, ya estoy bostezando de nuevo. ¿Tienes hambre?

—Sí, tal vez un poco —dijo Lucía—. No tengo idea qué hora será.

—Ven —dijo el mago—. Puede que para Aslan todas las horas sean pronto, pero en mi casa todas las horas de hambre son la una de la tarde.

El mago guió a Lucía un poco más allá por el pasillo, y abrió una puerta. Al entrar, Lucía se encontró en una habitación muy agradable, llena de sol y de flores. La mesa estaba vacía, pero no cabía duda de que era una mesa mágica; y a una palabra del anciano aparecieron un mantel, fuentes y cubiertos de plata, copas y botellas de cristal, y comida.

—Espero que te guste —le dijo—. He tratado de darte la comida más parecida a la de tu mundo, que tal vez no hayas probado últimamente.

—Es delicioso —dijo Lucía.

Y de hecho lo era: una tortilla muy caliente, cordero frío con arvejas, helado de frutilla, jugo de limón para tomar con la comida y después una taza de chocolate.



Pero el mago sólo tomó vino y comió pan. En él no había nada que infundiera temor, y pronto ambos estuvieron charlando como viejos amigos.

—¿Cuándo funcionará el conjuro? —preguntó Lucía—. Los Zonzos, ¿se harán visibles de inmediato?

—¡Oh, sí! Ellos ya son visibles, pero probablemente estén todos dormidos todavía; siempre toman un descanso a mediodía.

—Y ahora que son visibles, ¿harás que dejen de ser feos y que vuelvan a ser como eran antes?

—Bueno, este es un asunto un tanto delicado —dijo el mago—. *Ellos* son los únicos que piensan que antes eran bonitos. Dicen que los afearon, pero yo no diría eso. Mucha gente pensaría que el cambio fue para mejor.

—¿Son muy vanidosos?

—Lo son, o al menos el Jefe lo es, y les ha enseñado a los demás. Siempre creen todo lo que les dice.

—Ya nos dimos cuenta —dijo Lucía.

—Sí, nos habría ido mejor sin él, en cierta manera. Claro que yo podría convertirlo en alguna otra cosa, o incluso poner sobre él un hechizo para que no creyeran ni una palabra de lo que dice, pero no me gustaría hacer eso. Es mejor que lo admiren a él, antes de que no admiren a nadie.

—¿No te admiran a ti? —preguntó Lucía.

—¡Oh, no! A mí no —dijo el mago—. Ellos no me admirarían a *mí*.

—¿Por qué los volviste feos?..., digo, lo que ellos llaman feo.

—Bueno, ellos no querían hacer lo que se les ordenó. Su trabajo consiste en cuidar el jardín y producir el alimento, no para mí, como ellos imaginan, sino para ellos mismos. No harían nada si no los obligara. Y, por supuesto, en un jardín necesitas agua. Cerca de media milla arriba, en el cerro, hay un hermoso manantial y desde allí fluye un arroyo que pasa justo por el jardín. Lo único que les pedía era que recogieran agua en el arroyo, en vez de hacer la cansadora caminata con sus baldes dos o tres veces al día hasta el manantial, agotándose y derramando la mitad del agua al regresar. Pero ellos no entendieron y, al final, se negaron categóricamente.

—¿Son en realidad tan estúpidos? —preguntó Lucía.

El mago suspiró:

—No te podrías imaginar los problemas que he tenido con ellos. Hace algunos meses decidieron que lavarían los platos y cuchillos antes de comer; decían que así ahorrarían tiempo después. Otra vez los sorprendí plantando papas cocidas, para no tener que cocinarlas cuando las cosecharan. Un día, el gato se metió en la lechería, y veinte de ellos se dedicaron a sacar fuera toda la leche; ninguno pensó en sacar al gato. Bueno, veo que terminaste. Vamos a mirar a los Zonzos ahora que se pueden ver.

Entraron a otra habitación que estaba llena de instrumentos muy pulidos y que era difícil entender para qué servían, tales como astrolabios, planetarios antiguos, cronoscopios, poesímetros, coriambos y teodolitos... Al llegar a la ventana, el mago dijo:

—Allá están tus Zonzos.

—No veo a nadie —dijo Lucía—. Pero ¿qué son esas cosas que parecen hongos?

Las cosas que ella mostraba estaban esparcidas por todo el pasto y, ciertamente, eran muy similares a los hongos, pero mucho más grandes; el tallo medía como un metro de altura, y el paraguas, más o menos lo mismo de un lado a otro. Al observarlos más detenidamente, Lucía se dio cuenta también de que el tallo estaba unido al paraguas no en la mitad, sino a un lado, lo que les daba un aspecto de desequilibrio. Y había algo,

una especie de pequeño bulto apoyado en el pasto al pie de cada tallo. Pero mientras más fijo los miraba, encontraba que tenían menos apariencia de hongos. La parte del paraguas en realidad no era redonda como creyera en un principio. Era más larga que ancha, y se ensanchaba más en un extremo. Eran muy numerosos, había cincuenta o más.

El reloj dio las tres.

En ese momento ocurrió algo extraordinario. De pronto todos los hongos se pusieron boca arriba. Los pequeños bultos que estaban a los pies de los tallos eran cabezas y cuerpos. Los tallos eran piernas, pero cada cuerpo no tenía dos piernas, sino sólo una pierna gruesa, justo debajo (no a un lado como si fuera un hombre con una sola pierna), y al final de ésta, un gran pie, un pie de dedos anchos que se curvaban un poco hacia arriba, de modo que semejaban pequeñas canoas. Lucía comprendió de inmediato por qué le parecieron hongos. Habían estado tendidos de espalda, cada uno con su única pierna estirada muy derecha, en el aire, y su enorme pie extendido. Más tarde, supo que esa era la forma en que acostumbraban descansar, porque el pie los protegía tanto del sol como de la lluvia, y que para un monópodo recostarse bajo su propio pie es como estar en una tienda.

—¡Oh! Son lo más divertido que he visto —gritó Lucía, rompiendo en carcajadas—. ¿Tú los hiciste así?

—Sí, sí. Yo convertí a los Zonzos en monópodos —dijo el mago, riéndose también, mientras le corrían las lágrimas por las mejillas—. Pero míralos —añadió.

En realidad era digno de verse. Como es lógico, estos hombrecitos de una sola pierna no podían caminar ni correr como nosotros. Se desplazaban a saltos, igual que si hubieran sido pulgas o sapos. ¡Y qué saltos daban!... Como si cada uno de esos enormes pies fuera un manojo de resortes. ¡Y qué rebotes daban al caer! Esto era lo que producía el ruido de golpes que tanto había confundido a Lucía el día anterior. En este momento saltaban por todas partes, gritándose unos a otros.

—¡Oigan, amigos, somos visibles de nuevo!

—Somos visibles —dijo uno que usaba una gorra con borlas rojas y que, sin lugar a dudas, era el Jefe de los monópodos—. Y me parece que somos visibles, porque nos podemos ver unos a otros.

—Eso es, Jefe, eso es —gritaron los demás—. Ese es el punto. Nadie tiene una mente más clara que la tuya. No lo podías haber dicho más claro.

—Pilló al viejo desprevenido, esa niñita —dijo el Jefe monópodo—. Esta vez lo hemos vencido.

—Es justo lo que íbamos a decir nosotros —cantó el coro—. Hoy estás más fuerte que nunca, Jefe. ¡Sigue, sigue!

—¿Ellos se atreven a hablar así de ti? —preguntó Lucía—. Ayer parecían temerte tanto. ¿No saben que podrías estar escuchándolos?

—Esa es una de las cosas divertidas de los Zonzos respondió el mago—. A veces hablan de mí como si yo lo organizara todo y oyera todo, y como si fuese sumamente peligroso, y al minuto siguiente piensan que me pueden engañar con trucos que hasta un niño puede descubrir. ¡Son increíbles!

—¿Tienen que volver a su verdadera apariencia? preguntó Lucía—. Ojalá no sea una crueldad dejarlos como están. ¿Crees que a ellos les importaría mucho? Se ven tan contentos. ¡Mira, mira ese salto! Pero dime, ¿cómo eran antes?

—Simples enanitos —dijo el mago—, aunque no tan simpáticos como los que hay en Narnia.

—Sería una lástima volver a transformarlos —dijo Lucía—, son tan graciosos y muy simpáticos. ¿Piensas que vale la pena que se los diga?

—Estoy seguro de que sí, si es que logras metérselo en la cabeza.

—¿Vendrás conmigo a intentarlo? —No, no. Te irá mucho mejor sin mí.

—Un millón de gracias por el almuerzo —dijo Lucía, y se alejó con rapidez.

Bajó corriendo la escalera, que con tantos nervios había subido esa mañana y al llegar abajo chocó con Edmundo. Todos los otros estaban esperando con él y, al ver sus caras de ansiedad, a Lucía le remordió la conciencia y se dio cuenta de todo el tiempo que había pasado sin acordarse de ellos.

—No se preocupen —gritó—. Todo está bien. El mago es un tesoro... y ¡lo he visto a *él*..., a Aslan!

Después de esto se alejó de ellos, rápida como el viento, y salió al jardín. Allí la tierra se estremecía con los saltos de los monópodos, y en el aire resonaban sus gritos, que se redoblaron al divisar a Lucía.

—Aquí viene, aquí viene —gritaron—. ¡Tres vivas por la niñita! Engañó muy bien al viejo, esta niña.

—Lamentamos muchísimo —dijo el Jefe monópodo— que no podamos darte el placer de vernos como éramos antes que nos afearan, pues no podrías creer la diferencia, y es cierto, ya que no se puede negar que ahora somos mortalmente feos, de modo que no te vamos a mentir.

—Eso es lo que somos, Jefe. Eso es lo que somos —corearon los demás, rebotando como si fuesen pelotas de juguete—. Tú lo has dicho, tú lo has dicho.

—Pero yo no creo que lo sean en lo más mínimo —dijo a gritos Lucía, para hacerse oír—. Pienso que se ven muy bien.

—¡Oigan, oigan lo que ella dice! —vocearon los monópodos—. Dices la verdad, querida. Nos vemos muy bien. No podrías encontrar otro grupo más hermoso.

Decían esto sin ni asomo de sorpresa, y parecían no darse cuenta de que habían cambiado de opinión.

—Ella quiso decir —aclaró el Jefe monópodo— que qué bien nos veíamos antes de que nos afearan.

Tienes razón, Jefe, tienes razón —cantaron los monópodos—. Eso fue lo que ella dijo, nosotros la oímos.



Yo no dije eso —gritó Lucía—. Dije que son muy agradables *ahora*.

Lo dijo, lo dijo —reiteró el Jefe—. Dijo que éramos muy agradables entonces.

—Escúchenlos, escúchenlos —dijeron los monópodos—. Hacen un par perfecto. Siempre tienen la razón. No podrían haberlo dicho mejor.

—Pero si estamos diciendo justo lo contrario —dijo Lucía, golpeando impacientemente con el pie.

—Eso es, seguro, eso es —dijeron todos—. No hay nada como lo contrario. Sigan ustedes dos.

—Ustedes son capaces de volver loco a cualquiera —dijo Lucía y se dio por vencida.

Pero los monópodos parecían estar perfectamente felices y Lucía decidió que, en el fondo, la conversación había sido un éxito.

Aquella tarde antes de acostarse ocurrió algo más que hizo que los monópodos estuvieran aún más satisfechos de tener una sola pierna. Caspian y todos los narnianos volvieron a la playa lo antes posible para dar noticias suyas a Rins y a los demás a bordo del *Explorador del Amanecer*, que ya estaban bastante preocupados. Por supuesto que los monópodos los acompañaron rebotando como pelotas de fútbol y afirmando a grandes voces lo que decían los demás, hasta que Eustaquio dijo:

—Me gustaría que el mago los hiciera inaudibles en vez de invisibles.

Pronto se arrepintió de lo que había dicho, pues tuvo que explicarles que una cosa inaudible es algo que no se puede oír y, aunque le tomó mucho trabajo hacer esto, nunca supo si los monópodos entendieron o no. Y lo que más le molestó fue lo que dijeron al final:

—Oye, tú no puedes hablar como nuestro Jefe, pero algún día aprenderás, jovencito. Escúchalo a él, y él te enseñará cómo decir las cosas. ¡Ahí tienes a un gran orador!

Al llegar a la bahía, Rípichip tuvo una brillante idea. Hizo bajar su pequeña barquilla y se dedicó a remar, hasta que los monópodos se manifestaron sumamente interesados. Entonces se puso de pie dentro de su embarcación y dijo:

—Respetables e inteligentes monópodos: ustedes no necesitan botes, ya que cada uno posee un pie que puede reemplazarlo. Sólo tienen que saltar sobre el agua lo más suave que puedan, y verán lo que ocurre.

El Jefe monópodo se quedó atrás y advirtió a los otros que encontrarían el agua sumamente mojada, pero uno o dos de los más jóvenes hicieron la prueba casi de inmediato y, luego, unos cuantos más siguieron su ejemplo y finalmente el grupo entero hizo lo mismo y todo salió perfectamente bien. El único e inmenso pie de los monópodos hacía las veces de una balsa o bote natural, y cuando Rípichip les enseñó cómo cortar remos firmes para ellos, todos remaron por la bahía y alrededor del *Explorador del Amanecer,* dando la impresión de que se trataba verdaderamente de una flota completa de pequeñas canoas con un enano gordo parado en la popa de cada una de ellas. Hicieron carreras, y del barco bajaron botellas de vino para dárselas como premio, y los marineros se asomaban por los costados del barco, riéndose hasta que empezaron a dolerles sus propios costados.

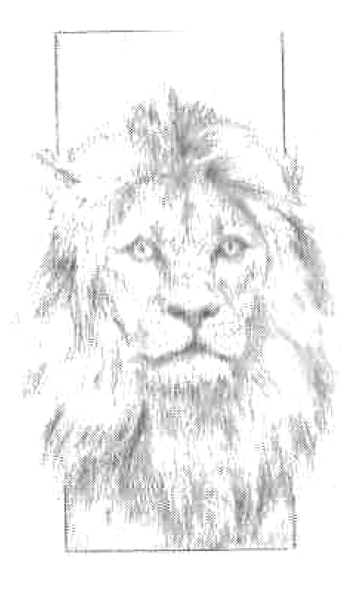
Los Zonzos también estaban contentos con su nuevo nombre de “monópodos”, que les parecía un nombre magnífico, a pesar de que nunca lo pudieron aprender bien.

—Eso es lo que somos —gritaban—. Monipudos, Pomonodos, Podimonos. Justo el nombre que teníamos en la punta de la lengua.

Pero muy pronto se les enredó con su antiguo nombre de Zonzos; finalmente se acostumbraron a llamarse Zonzópodos, y lo más probable es que así se llamarán por siglos.

Esa noche los narnianos cenaron con el mago en el piso de arriba, y Lucía se dio cuenta de lo diferente que se veía todo ahora que no le tenía miedo. Los misteriosos signos en las puertas continuaban siendo misteriosos, pero ahora parecían tener significados amables y alegres, e incluso el espejo barbón ahora parecía más divertido que atemorizador. Por arte de magia, cada uno tuvo a la cena lo que más le gustaba comer y beber, y después el mago realizó una obra de magia muy hermosa y útil. Extendió sobre la mesa dos hojas de pergamino en blanco y pidió a Drinian que le relatara detalladamente su viaje hasta esa fecha y, a medida que Drinian hablaba, todo lo que decía quedaba grabado en el pergamino, con líneas claras y delgadas, hasta que al final cada una de las hojas quedó transformada en un mapa espléndido del océano oriental, donde veían Galma, Terebintia, Las Siete Islas, las Islas Desiertas, la Isla Dragón, Isla Quemada, Aguas de Muerte y la propia Isla de los Zonzos, todas del tamaño correcto y en las posiciones adecuadas. Estos fueron los primeros mapas de esos mares y mejores que los que se han hecho después sin la ayuda de la magia. Porque en ellos, aunque al principio los pueblos y montañas se veían como en cualquier mapa común, cuando el mago les prestó un magnífico cristal, podías ver que eran perfectas fotografías en miniatura de las cosas reales, de modo que veías el verdadero castillo y el mercado de esclavos y las calles de Cielo Angosto, todo muy claro, aunque muy distante, como se ven las cosas por el revés del telescopio. El único inconveniente era que la línea de la costa estaba incompleta en la mayoría de las islas, puesto que el mapa mostraba sólo lo que Drinian había visto con sus propios ojos. Cuando terminaron, el mago se quedó con uno para él y el otro se lo regaló a Caspian; aún está colgado en la Sala de los Instrumentos en Cair Paravel. Pero el mago no pudo decirles nada sobre mares o tierras más hacia el este. Sin embargo, les contó que cerca de siete años atrás había anclado en sus mares un barco narniano y que a bordo viajaban cuatro caballeros: lord Revilian, lord Argoz, lord Mavramorn y lord Rup. Dedujeron, por lo tanto, que el hombre dorado que habían visto muerto en Aguas de Muerte debía ser lord Restimar.

Al día siguiente, el mago, con su magia, reparó la popa del *Explorador del Amanecer* que había sido dañada por la serpiente marina, y lo cargó con regalos de gran utilidad. Hubo una despedida muy amistosa, y cuando zarparon, dos horas después del mediodía, todos los Zonzópodos los acompañaron remando con sus paletas hasta la entrada del puerto y los vitorearon hasta que el barco estuvo fuera del alcance de sus gritos.



# XII LA ISLA OSCURA

Después de esta aventura, navegaron hacia el sur y un poco en dirección este durante doce días, con viento suave, los cielos casi siempre claros y el aire tibio, y no vieron pájaros ni peces, salvo una vez que divisaron una ballena lanzando su chorro, a lo lejos, a estribor. En esa etapa Lucía y Rípichip jugaron mucho al ajedrez. Al decimotercer día, Edmundo, desde la cofa de combate, avistó algo parecido a una gran montaña oscura que surgía del mar a babor de la proa.

Alteraron el curso y se dirigieron hacia esa tierra, a remo la mayor parte del tiempo, porque el viento no era favorable para navegar a vela en dirección noreste. Al caer la tarde, aún estaban muy lejos y continuaron remando toda la noche. A la mañana siguiente, había buen tiempo, pero una calma aplastante. La masa oscura estaba al frente, mucho más cercana y grande, pero muy borrosa todavía, de modo que algunos pensaban que aún estaba bastante lejos, y otros, que estaban entrando en una bruma.

De súbito, alrededor de las nueve de la mañana, estaban tan cerca que pudieron ver que no era tierra en absoluto, ni siquiera una bruma en un sentido correcto de la palabra. Era una Oscuridad. Es bastante difícil describir una oscuridad, pero comprenderás mejor si te imaginas que estás mirando la boca del túnel de un tren, pero un túnel tan largo, o con tantas curvas, que no puedes ver la luz al final. Y tú sabes cómo debería ser. A los pocos metros verías los rieles, los durmientes y el ripio a plena luz de día; luego vendría un sector donde se estaría en el crepúsculo; y después, muy de repente, pero por supuesto sin una línea divisoria definida, todo se desvanecería completamente en una negrura pareja y densa. Lo mismo ocurría aquí, pues a pocos metros frente a proa podían ver el oleaje del agua de brillantes tonos verde-azul. Más allá, podían advertir que el agua se veía un poco más pálida y gris, como se ve al atardecer. Pero aún más allá, una completa oscuridad, como si hubiesen llegado al límite de una noche sin luna y sin estrellas.

Caspian gritó al contramaestre que detuviera el barco, y todos, menos los remeros, se precipitaron a proa a mirar, poro no había nada que ver a simple vista. Tras ellos estaban el mar y el sol; delante, la Oscuridad.

—¿Nos metemos allí? —preguntó Caspian finalmente.

—Yo no lo aconsejaría —dijo Drinian.

—El capitán tiene razón —opinaron varios marineros.

—Yo también lo creo —dijo Edmundo.

Lucía y Eustaquio no hablaron nada, pero en su interior estaban muy contentos del aspecto que parecían estar tomando las cosas. Pero de pronto la voz clara de Rípichip rompió el silencio:

—¿Y por qué no? —dijo—. ¿Alguien me puede explicar por qué no?

Ninguno tenía muchas ganas de explicar nada, así es que Rípichip continuó:

—Si hablase a campesinos o esclavos —dijo—, pensaría que tal proposición nace de la cobardía. Pero espero que jamás se pueda decir en Narnia que un grupo de personas nobles y príncipes en la flor de la edad, pusieron pies en polvorosa por temor a la oscuridad.

—Pero ¿qué clase de utilidad tendría abrirse camino por esa negrura? —preguntó Drinian.

—¿Utilidad? —replicó Rípichip—. ¿Utilidad, capitán? Si por utilidad usted entiende llenarnos los estómagos o los bolsillos, confieso que no sería de ninguna utilidad. Pero hasta donde yo sé, no nos hicimos a la mar para buscar cosas útiles, sino

para buscar honor y aventuras. Y aquí se nos presenta la aventura más fantástica que jamás he oído, y aquí, si nos devolvemos, se pone en tela de juicio todo nuestro honor.

Varios de los marineros susurraron cosas como “al diablo con el honor”, pero Caspian dijo:

—¡Oh, qué molestoso eres, Rípichip! Casi desearía haberte dejado en casa. ¡Está bien! Si lo pones así, supongo que tendremos que seguir adelante. A menos que Lucía prefiera que no.

Lucía habría preferido con toda su alma no continuar, pero lo que dijo en voz alta fue:

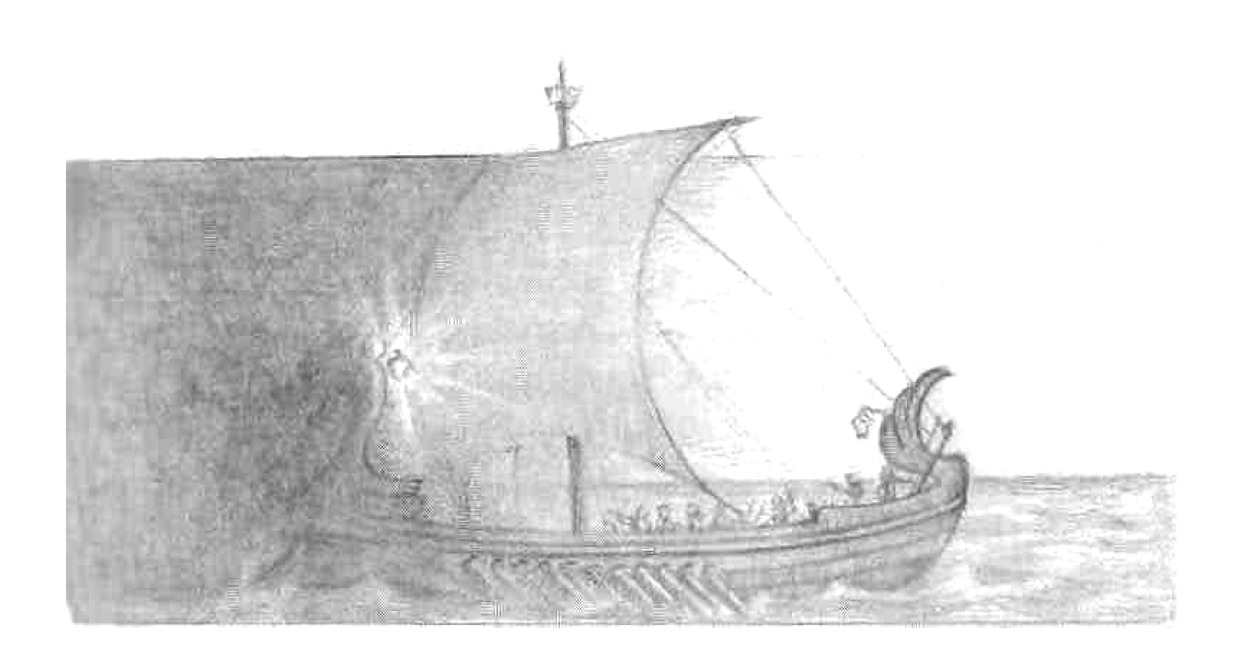
—Estoy lista.

—¿Al menos hará encender luces, su Majestad? —preguntó Drinian.

—De todos modos —dijo Caspian—. Encárgate de eso, capitán.

De este modo se encendieron los tres faroles, el de popa, el de proa y uno en lo alto del mástil, y Drinian mandó traer dos antorchas para poner al medio del barco. Se veían pálidas y débiles a la luz del sol. Luego mandaron a cubierta a todos los hombres, salvo los que estaban abajo, a cargo de los remos; armados hasta los dientes, se situaron en sus puestos de batalla con las espadas desenvainadas. En la cofa de combate estaban Lucía y dos arqueros con sus arcos tensados y las flechas en las cuerdas. El marinero Rynelf se encontraba en la proa con su sonda lista para medir la profundidad. Rípichip, Edmundo, Eustaquio y Caspian, con su armadura resplandeciente, estaban con él. Drinian se hizo cargo del timón.

—Y ahora, ¡en nombre de Aslan, adelante! —gritó Caspian—. Una remada suave y continua y que todos los hombres se callen y mantengan oído alerta a las órdenes.



Cuando los remeros comenzaron a remar, el *Explorador del Amanecer,* con un crujido y un gemido, empezó a deslizarse hacia adelante. Lucía, que estaba arriba, en la cofa de combate, tuvo una vista fantástica del momento justo en que penetraron en la oscuridad. La proa ya había desaparecido antes de que la luz del sol se fuera de la popa. Ella la vio irse. En un minuto la popa dorada, el mar azul y el cielo estaban a plena luz del día; al minuto siguiente, el mar y el cielo habían desaparecido, y el farol de la popa, que apenas se notara antes, era la única cosa que indicaba donde terminaba el barco. Frente al farol, Lucía pudo ver la oscura silueta de Drinian agachada sobre el timón. Justo bajo ella, las dos antorchas dejaban ver dos pequeños espacios de la cubierta, y hacían relucir las espadas y cascos; y más adelante, había otra isla de luz, en el castillo de proa. Fuera de eso, la cofa de combate, alumbrada por una luz en la punta del mástil, que estaba justo sobre ella, parecía ser un pequeño y luminoso mundo aislado que flotaba en la solitaria oscuridad. Y las mismas luces, como siempre ocurre con las luces cuando hay que encenderlas a una hora inapropiada del día, se veían pálidas y antinaturales. Lucía también se dio cuenta de que tenía mucho frío.

Nadie supo cuánto duró ese viaje en la oscuridad. De no haber sido por el crujido de los escálamos y el salpicar de los remos, nada habría indicado que se estaban moviendo.

Edmundo, que desde la proa forzaba la vista a su alrededor, no pudo ver nada, salvo el reflejo del farol en el agua, frente a él. Era una especie de reflejo grasoso, y el ruido de las olas que levantaba la proa parecía ser triste, débil y sin vida. A medida que pasaba el tiempo, todos, menos los remeros, empezaron a tiritar de frío.

De pronto, de algún lugar (ya nadie tenía ningún sentido de orientación muy claro), provino un grito, que bien se podía tratar de una voz no humana, o bien de la voz de alguien en tal estado de pánico, que casi había perdido su condición humana.

Caspian aún estaba tratando de hablar (tenía la boca muy seca), cuando se oyó la voz aguda de Rípichip, que en aquel silencio se sintió más fuerte de lo normal.

—¿Quién llama? —chilló—. Si eres un enemigo, no te tememos, y si eres un amigo, tus enemigos aprenderán a tener miedo de nosotros.

—¡Piedad! —gritó la voz—. Incluso si ustedes no son más que otro sueño, tengan piedad. Súbanme a bordo. Se lo suplico, súbanme a bordo, aunque sea para darme muerte. Pero, ¡por amor del cielo!, no se desvanezcan dejándome solo en esta horrible tierra.

—¿Dónde estás? —gritó Caspian—. Sube a bordo y seas bien venido.

Se oyó otro grito, que podía ser tanto de alegría como de terror, y supieron que alguien estaba nadando en dirección a ellos.

—Señores, prepárense para subirlo —dijo Caspian.

—A la orden, su Majestad —respondieron los marineros.

Muchos se agolparon a las amuradas a babor llevando cuerdas y uno de ellos se inclinó hacia afuera sobre uno de los costados del barco, sosteniendo una antorcha. En la oscuridad del agua apareció una cara salvaje y blanca, y luego, después de algunos forcejeos y tirones, una docena de manos amistosas subieron al desconocido a bordo.

Edmundo pensó que jamás había visto un hombre de aspecto más extraño. Aunque no parecía ser demasiado viejo, al contrario, su pelo era una desordenada mata de canas, su cara era delgada y arrugada, y por vestimenta sólo le colgaban unos andrajos empapados. Pero lo que más sorprendía eran sus ojos tan inmensamente abiertos, que parecían no tener párpados, y que miraban fijo, como en una agonía de puro miedo.

En cuanto sus pies tocaron cubierta, dijo:

—¡Huyan, huyan! Den vuelta y huyan. Remen, remen por sus vidas, fuera de esta

maldita playa.

—Cálmate —dijo Rípichip— y dinos cuál es el peligro. Nosotros no estamos acostumbrados a huir.

Al oír la voz del Ratón, el desconocido se sobresaltó terriblemente, pues no lo había visto antes

—Sin embargo, saldrán huyendo de aquí —dijo jadeante—. Esta es la isla donde los sueños se hacen realidad.

—Es la isla que he buscado todo este tiempo —dijo uno de los marineros—. Imaginé que me casaría con Nancy si desembarcábamos aquí.

—Y que yo encontraría a Tomás nuevamente con vida —dijo otro.

—¡Tontos! —dijo el hombre pateando el suelo con rabia—. Este es el tipo de habladurías que me trajo hasta aquí, y la verdad es que preferiría haberme ahogado, o no haber nacido siquiera. ¿Oyeron lo que les dije? Aquí es donde los sueños, los sueños, ¿entienden?, cobran vida, se hace realidad. No los ensueños, sino los sueños.

Hubo casi medio minuto de silencio y, luego, con gran ruido de armaduras la tripulación completa se dejaba caer como podía por la escotilla principal, lo más rápido posible. Todos se precipitaron a los remos, para remar como nunca antes lo habían hecho; y Drinian hacía girar el timón, y el contramaestre fijaba el más veloz ritmo de remada que jamás se oyera en el mar. Pues había bastado sólo medio minuto para que todos recordaran ciertos sueños que habían tenido, sueños que hacían que uno tuviera miedo de volverse a dormir, y comprendieron lo que ocurriría si desembarcaban en una tierra en que los sueños se hacen realidad.

Sólo Rípichip permaneció inmóvil.

—Su Majestad, su Majestad —dijo—. ¿Va a tolerar este motín, esta cobardía? Esto es pánico, es una desbandada.

—¡Remen, remen! —vociferaba Caspian—. ¡Empujen a matarse! Drinian, ¿estamos en el rumbo? Puedes decir lo que quieras, Rípichip, pero hay ciertas cosas a las que un hombre no puede hacer frente.

—Entonces tengo suerte de no ser un hombre —respondió Rípichip con una reverencia muy ceremoniosa.

Desde las alturas, Lucía había oído todo, y en un instante se le vino a la cabeza uno de sus propios sueños que con gran esfuerzo había tratado de olvidar; volvió a su memoria en forma tan real, como si acabara de despertar de él. ¡De modo que eso era lo que estaba tras ellos en la isla, en la oscuridad! Por un segundo quiso bajar a cubierta y quedarse con Edmundo y Caspian; pero ¿de qué serviría? Si los sueños empezaban a volverse realidad, tanto Edmundo como Caspian podrían transformarse en algo horrible cuando ella se les acercara. Se sujetó a la baranda de la cofa de combate y trató de calmarse. Los hombres estaban remando hacia la luz, lo más rápido que podían; todo estaría bien en unos segundos. ¡Oh, si todo pudiese estar bien ahora mismo!

A pesar de que los remos hacían mucho ruido, no lograban cubrir el silencio total que rodeaba al barco. Todos sabían que era preferible no escuchar, ni aguzar el oído a cualquier sonido que viniera de la oscuridad, pero nadie podía evitar escuchar, y pronto todos empezaron a oír cosas. Cada uno oía cosas diferentes.

—¿Oyes un ruido semejante a... un par de tijeras gigante, que se abre y cierra... allá, en esa dirección? —preguntó Eustaquio a Rins.

—¡Silencio! —repuso Rins—. Las oigo *trepar* por los lados del barco.

—Se va a instalar arriba del mástil —dijo Caspian.

—¡Uf! —exclamó un marinero—. Están comenzando a sonar los gongs. Sabía que sonarían.

Caspian, tratando de no mirar nada (especialmente de no seguir mirando tras de

sí), fue a popa, donde estaba Drinian.

—Drinian —le dijo en voz muy baja—. ¿Cuánto tiempo nos demoramos remando hacia allá, es decir, hasta el lugar donde recogimos al desconocido?

—Cinco minutos, tal vez —susurró Drinian—. ¿Por qué?

—Porque llevamos más tiempo que ése tratando de salir de aquí.

La mano de Drinian tembló sobre el timón y por su cara rodó una gota de sudor frío. Todos pensaban lo mismo.

—¡Jamás saldremos de aquí, jamás! —se quejaban los remeros—. Lleva mal el timón. Estamos dando vueltas y vueltas en círculos. ¡Nunca saldremos de aquí!

El desconocido, que yacía en la cubierta hecho un ovillo, se sentó y lanzó una horrible y estridente carcajada.

—¡Nunca saldremos de aquí! —dijo a gritos—. Así es. Por supuesto. Nunca saldremos. ¡Qué tonto fui al pensar que me dejarían ir tan fácil! No, no. Jamás saldremos de aquí.

Lucía apoyó la cabeza en la baranda de la cofa de combate y susurró:

—Aslan, Aslan, si es cierto que nos amas, ayúdanos ahora.

La oscuridad no disminuyó, pero Lucía se empezó a sentir un poquito, un muy, muy poquito mejor. “Después de todo, todavía no nos ha pasado nada”, pensó.

—¡Miren! —se oyó la voz ronca de Rynelf, desde la proa.

Allí enfrente se veía un puntito de luz y, mientras lo miraban, de él cayó un inmenso rayo de luz sobre el barco. Esto no alteró la oscuridad reinante, pero el barco entero se iluminó, como por un reflector. Caspian pestañeó, miró a su alrededor, vio a sus compañeros, todos con cara de locos y la mirada fija. Miraban hacia el mismo punto: detrás de cada cual, sus negras y afiladas sombras.

Lucía miró a lo largo del rayo, y de pronto vio algo en él. Al principio parecía ser una cruz, luego un avión, después un volantín y, finalmente, con un batir de alas, se paró justo sobre ella, y vio que era un albatros. Dio tres vueltas alrededor del mástil y luego se posó un instante en la cabeza del dragón dorado de proa. Gritó con una voz fuerte y dulce algo que parecían ser palabras, a pesar de que nadie las comprendió. Luego extendió sus alas, se elevó y comenzó a volar lentamente hacia adelante, torciendo un poco a estribor. Drinian condujo el barco tras él, sin dudar que era un buen guía. Pero nadie, salvo Lucía, supo que mientras volaba alrededor del mástil le había susurrado “Ten valor, mi amor”, y ella estaba segura de que esa voz era la de Aslan y, con la voz, sintió un delicioso olor junto a su cara.

En pocos segundos la oscuridad de adelante se volvió agrisada y, luego, casi antes de que se atrevieran a hacerse ilusiones, ya habían salido a la luz del sol y se encontraban nuevamente en el mundo azul y templado. Y así como esos momentos en los que simplemente quedarse en la cama, viendo cómo la luz del día entra a raudales por la ventana, y oír la voz alegre de un cartero madrugador o del lechero que gritan allá abajo, y darse cuenta de que “sólo fue un sueño: no era verdad”, es tan maravilloso que casi vale la pena tener una pesadilla para experimentar la alegría de despertar; así se sintieron todos al salir de la oscuridad.

Los asombró la claridad del barco: casi esperaban que la oscuridad se hubiera pegado al blanco y al verde y al dorado, como la mugre o la nata.

Lucía no perdió tiempo y bajó rápidamente a la cubierta, donde encontró a los demás reunidos alrededor del recién llegado. Durante largo rato la felicidad le impidió hablar y se limitó a contemplar el mar y el sol, y a tocar las amuradas y las cuerdas, como si quisiera convencerse de que realmente estaba despierto, mientras rodaban las lágrimas por sus mejillas.

—Gracias —dijo finalmente—. Me han salvado de... Pero *no* quiero hablar de eso.

Ahora permítanme saber quiénes son ustedes. Yo soy un telmarino de Narnia y, cuando valía algo, los hombres me llamaban Lord Rup.

—Y yo —dijo Caspian—, soy Caspian, rey de Narnia, y estoy navegando con el fin de encontrarte a ti y a tus compañeros, que eran los amigos de mi padre.

Entonces Lord Rup cayó de rodillas y besó la mano del rey.

—Señor —dijo—. Eres el hombre que más he deseado ver en el mundo. Te ruego que me concedas un favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Caspian.

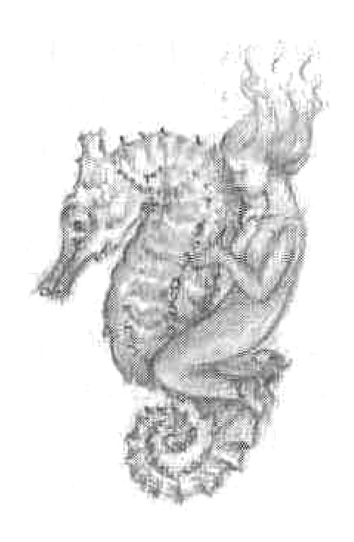
—Que nunca me preguntes, ni permitas que otro lo haga, sobre lo que he visto durante estos años en la Isla Oscura.

—Es un favor muy simple, mi Lord —contestó Caspian, y añadió con un estremecimiento—: ¿Preguntarte? Claro que no. Daría todo mi tesoro por *no* oírlo.

—Señor —dijo Drinian—. Tenemos viento favorable para el sureste. ¿Puedo hacer subir a nuestros pobres compañeros para soltar velas? Y después los que no sean imprescindibles, a sus hamacas.

—Sí —dijo Caspian—, y que haya ponche para todos. Aaah, siento que podría dormir un día entero.

Así fue como navegaron toda la tarde con gran alegría y buen viento rumbo al sureste, y el montecillo de oscuridad se hacía cada vez más pequeño a popa. Pero nadie se dio cuenta cuando desapareció el albatros.



## XIII LOS TRES DURMIENTES

El viento nunca los abandonó, pero cada día era más suave hasta que, al final, las olas eran poco más que simples ondas y el barco se deslizaba, hora tras hora, casi como si estuvieran navegando en un lago. Cada noche veían que en el oriente aparecían nuevas constelaciones que jamás nadie había visto en Narnia y, tal vez, como pensaba Lucía con una mezcla de alegría y miedo, jamás habían sido vistas por ojos vivientes. Esas nuevas estrellas eran grandes y brillantes, y las noches eran cálidas. La mayoría de los viajeros dormía en cubierta y todos conversaban hasta altas horas de la noche, o bien, se apoyaban en los costados del barco, contemplando la luminosa danza de la espuma que hacía saltar la proa.

Durante un atardecer de asombrosa belleza, cuando la puesta de sol tenía tonos tan rojos y púrpura, y se extendía en tal forma que el mismo cielo parecía mucho más grande, avistaron tierra a estribor. Se acercaba lentamente, y la luz tras ellos hacía que los cabos y peñascos de esta nueva tierra parecieran arder en llamas. Pero pronto se encontraron navegando a lo largo de sus costas, y el cabo occidental de la isla, ahora detrás de ellos, se alzaba negro contra el cielo rojo, y afilado como si estuviera recortado en cartón, y en ese momento pudieron apreciar mejor cómo era el país. No tenía montañas, sino muchos lomajes suaves y con laderas que parecían almohadas. Desde allí provenía un agradable olor, que Lucía definió como “un tipo de suave olor a púrpura”, en tanto que Edmundo lo llamó (y Rins pensó) “podrido”, y Caspian dijo “sé a lo que se refieren”.

Navegaron un largo trecho, pasando de un lugar a otro, con la esperanza de encontrar un buen puerto suficientemente profundo, pero al fin tuvieron que conformarse con una bahía ancha y de escasa profundidad. Aunque se veía absolutamente en calma desde el mar, en la playa, como era de suponer, rompían las olas sobre la arena, por lo que el *Explorador del Amanecer* no pudo entrar tanto como ellos habrían querido. Anclaron bastante lejos de la orilla y tuvieron que hacer un húmedo y desordenado desembarco en el bote. Lord Rup se quedó a bordo del barco. Ya no deseaba ver más islas. Todo el tiempo que permanecieron en esas tierras sintieron en sus oídos el constante sonido del romper de las olas.

Dejaron dos hombres para cuidar el bote y Caspian guió a los otros hacia el interior de la isla, pero no se adentraron demasiado, pues era muy tarde para explorar y pronto ya no habría luz. Mas no fue necesario ir demasiado lejos para encontrar una aventura. El valle parejo que se extendía en la punta de la bahía, no mostraba ni un rastro, ni un camino, ni ningún otro signo que pudiera indicar la existencia de habitantes. A sus pies, el césped era fino y ligero, salpicado de matas bajas y espesas, que Edmundo y Lucía tomaron por brezo. En cambio Eustaquio, que realmente era bastante bueno para la botánica, dijo que no era brezo y probablemente tenía razón; pero sin la menor duda era algo muy parecido.

No habían alcanzado a caminar la distancia que cubre un tiro de flecha, cuando Drinian dijo:

—Miren, ¿qué será eso?

Y todos se detuvieron.

—Tal vez sean árboles muy grandes —dijo Caspian.

—Yo creo que son torres —dijo Eustaquio.

—O tal vez sean gigantes —murmuró Edmundo en voz más baja.

—La única forma de averiguarlo es yendo directamente hacia allá —dijo Rípichip desenvainando su espada y correteando a la cabeza de todos los demás.

—Creo que son ruinas —dijo Lucía cuando estaban bastante más cerca y, sin duda, su suposición era lejos la más acertada.

Lo que vieron al llegar allá fue un gran espacio oblongo, embaldosado con suaves piedras y rodeado por pilares grises, pero sin techo. Había una gran mesa que iba de un extremo al otro, cubierta con un precioso mantel color carmesí que caía casi hasta el suelo. A cada lado de la mesa había muchas sillas de piedra magníficamente talladas, y cada una tenía un cojín de seda sobre el asiento. Pero lo más impresionante era que la mesa presentaba un banquete jamás visto, ni siquiera cuando Pedro, el gran Rey, tenía su corte en Cair Paravel. Había pavos, gansos, pavos reales, cabezas de jabalí, lomos de venado; había pasteles en forma de barco con la vela desplegada, en forma de dragones y elefantes; había postres helados, brillantes langostas y jamones resplandecientes; también nueces, uvas, piñas, duraznos, granadas, melones y tomates. Había grandes jarros de oro y plata, y copas curiosamente labradas; y el olor de la fruta y del vino llegó hasta ellos como una promesa de felicidad.

—¡Qué raro! —dijo Lucía.

Se acercaron cada vez más, en forma muy silenciosa.

—Pero ¿dónde están los invitados? —preguntó Eustaquio.

—Nosotros podemos aportarlos, Señor —dijo Rins.

—¡Miren! —dijo bruscamente Edmundo.

En realidad, estaban ya en medio de los pilares y de pie sobre el pavimento. Miraron hacia donde había señalado Edmundo. Las sillas no estaban todas vacías. A la cabecera de la mesa, y en los dos lugares del lado, había algo... o quizás tres “algos”.

—¿Qué son *ésos*? —preguntó Lucía en un murmullo—. Parecen tres castores sentados a la mesa.



—O un gigantesco nido de pájaros —dijo Edmundo.

—A mí me parece más bien un pajar —dijo Caspian.

Rípichip se adelantó corriendo, saltó sobre una silla y de ahí a la mesa, y corrió a lo largo de ésta, deslizándose ágilmente como un bailarín entre vasos con incrustaciones de joyas, pirámides de fruta y saleros de marfil. Corrió directo hacia la misteriosa masa gris del otro extremo, y miró atentamente, la tocó y luego gritó:

—No creo que éstos vayan a pelear.

Entonces todos se acercaron y vieron que lo que había en las sillas eran tres hombres sentados, aunque era bastante difícil reconocer que se trataba de personas, hasta que se les miraba de cerca. Sus cabellos grises habían crecido por encima de sus ojos, hasta que casi les cubrían la cara, y sus barbas habían crecido sobre la mesa, trepando y enroscándose en fuentes y copas, como zarzas enredadas en una cerca, hasta mezclarse en una gran mata de pelo, que se desbordaba de la mesa y caía hasta el suelo. Y sus cabellos colgaban de sus cabezas sobre los respaldos de las sillas, de modo que éstos quedaban completamente ocultos. En verdad, los tres hombres eran casi puro pelo.

—¿Muertos? —preguntó Caspian.

—No lo creo, Señor —respondió Rípichip, sacando una mano de entre esa maraña de pelo y alzándola con sus dos patas—. Este está tibio y tiene pulso.

—Este también, y también este otro —dijo Drinian.

—Entonces sólo están durmiendo —dijo Eustaquio.

—Pero ha sido un sueño demasiado largo —comentó Edmundo—, para que les haya crecido así el pelo.

—Debe ser un sueño encantado —dijo Lucía—. Desde que desembarcamos en esta isla, sentí que estaba llena de magia. ¿Piensan que tal vez vinimos aquí para romper el hechizo?

—Podemos tratar —propuso Caspian, y comenzó a remecer al durmiente que tenía más cerca.

Por un momento todos pensaron que esto daría resultado, ya que el hombre respiró profundamente y dijo entre dientes:

—No seguiré remando hacia el este. ¡Rumbo a Narnia, a toda velocidad!

Pero casi de inmediato volvió a sumergirse en un sueño aun más profundo que el anterior, es decir, su pesada cabeza quedó colgando unos cuantos centímetros más abajo de la mesa, y todos los esfuerzos que hicieron para despertarlo de nuevo fueron en vano. Con el segundo ocurrió casi lo mismo.

—No nacimos para vivir como animales —dijo—. Vayan hacia el este mientras puedan... A las tierras detrás del sol.

Y se durmió nuevamente. Y el tercero sólo dijo: —Mostaza, por favor.

Y se quedó profundamente dormido.

*—Rumbo a Narnia, a toda velocidad,* ¿eh? —dijo Drinian.

—Sí —asintió Caspian—, tienes razón, Drinian. Creo que nuestra búsqueda llega a su fin. Veamos sus anillos. Sí, aquí están sus blasones. Este es lord Revilian; éste lord Argoz, y éste lord Mavramorn.

—Pero no podemos despertarlos —dijo Lucía—. ¿Qué haremos ahora?

—Ruego me disculpen sus Majestades —dijo Rins—, pero ¿por qué no empezamos a comer mientras lo discuten? No todos los días se ve una comida como ésta.

—¡Por ningún motivo! —exclamó Caspian.

—Tiene razón, tiene razón —dijeron varios de los marineros—. Hay demasiada magia por estos lados. Mientras antes volvamos al barco, tanto mejor.

—Pueden estar seguros —dijo Rípichip— de que por haber comido esta comida,

los tres caballeros han dormido durante siete años.

—Yo no tocaré eso, aunque me muera de hambre — dijo Drinian.

—La luz se está yendo extraordinariamente rápido —indicó Rynelf.

—Volvamos al barco, volvamos al barco — murmuraron los demás hombres.

—En realidad, creo que tienen razón —dijo Edmundo—. Mañana podemos decidir lo que haremos con los tres durmientes. No nos atrevemos a probar esa comida y no hay razón para pasar la noche aquí. Todo el lugar huele a magia... y a peligro.

—Comparto absolutamente la opinión del rey Edmundo —dijo Rípichip— en lo que concierne a la tripulación del barco en general. Pero, en cuanto a mí, me sentaré a esta mesa hasta que amanezca.

—¿Por qué diablos? —preguntó Eustaquio.

—Porque —repuso el Ratón— esta es una gran aventura, y no hay peor peligro para mí que volver a Narnia sabiendo que dejé un misterio atrás, sólo por miedo.

—Me quedaré contigo, Rip —dijo Edmundo.

—Y yo también —dijo Caspian.

—Y yo —dijo Lucía.

Y entonces Eustaquio también se ofreció, lo que era muy valeroso de su parte, ya que, como jamás había leído ni oído nada acerca de estas cosas hasta que llegó al *Explorador del Amanecer,* todo era más difícil para él que para los otros.

—Suplico a su Majestad... —comenzó Drinian.

—No, mi lord —dijo Caspian—. Tu lugar está en el barco, y has tenido un día de trabajo, mientras que nosotros cinco hemos estado de ociosos.

Hubo muchas discusiones al respecto, pero finalmente Caspian se salió con la suya. Mientras los otros se iban hacia la playa en la creciente oscuridad, ninguno de los cinco vigilantes, excepto tal vez Rípichip, pudo evitar una fría sensación en el estómago.

Se demoraron un rato en escoger sus asientos alrededor de la peligrosa mesa. Probablemente todos tenían el mismo motivo, pero nadie lo dijo en voz alta. Pues era en verdad una elección bastante desagradable. Difícilmente uno podía soportar toda la noche sentado cerca de esos tres objetos tremendamente peludos, que, si bien no estaban muertos, ciertamente tampoco estaban vivos, en el estricto sentido de la palabra. Por otra parte, tampoco se podía pensar en sentarse al otro extremo, ya que esto significaría verlos cada vez menos a medida que la noche se hiciera más oscura, y no darse cuenta si se estaban moviendo y, tal vez, a eso de las dos de la mañana ya no sería posible distinguirlos siquiera... No, no había ni que pensar en eso. De modo que se paseaban alrededor de la mesa diciendo:

—¿Qué tal aquí?

—O tal vez un poquito más allá.

—¿Por qué no a este lado?

Hasta que finalmente se instalaron más o menos en el medio, pero más cerca de los durmientes que del otro extremo. Eran alrededor de las diez y estaba bastante oscuro. Esas nuevas constelaciones desconocidas brillaban al oriente. A Lucía le habría gustado más ver en ese momento al “Leopardo” y a “La Oveja”, y otras de las viejas amigas de los cielos de Narnia.

Se envolvieron en sus capotes marinos y se sentaron quietos a esperar. Al principio hubo intentos de conversación, pero no fueron muchos; siguieron sentados en silencio. Y todo el tiempo oían el romper de las olas en la playa.

Después de horas, que les parecieron siglos, llegó un momento en que se dieron cuenta de que habían estado dormitando un rato, pero de súbito estuvieron todos muy despiertos. Las estrellas habían variado mucho su posición desde la última vez que las

vieron. El cielo estaba muy negro, salvo un muy tenue gris al oriente. Tenían mucho frío y sed, y estaban entumecidos, pero ninguno de ellos habló, porque al fin estaba ocurriendo algo.

Ante ellos, más allá de los pilares, se encontraba la pendiente de una colina baja. En ese momento se abrió una puerta en la ladera del cerro, apareció una luz en el portal, una persona salió y la puerta se cerró tras ella. La figura llevaba una luz y, en realidad, esa luz era lo único que podían ver con claridad. Lentamente comenzó a acercarse, hasta que al fin llegó junto a la mesa y se detuvo al otro extremo, justo frente a ellos. En ese momento pudieron ver que se trataba de una niña alta, con un sencillo vestido largo color azul claro, que dejaba sus brazos desnudos. Llevaba la cabeza al descubierto y su pelo rubio caía sobre su espalda, y, al verla, pensaron que jamás antes habían sabido lo que significaba la belleza.

La luz que llevaba era la de una larga vela en un candelabro de plata, que ahora ella puso sobre la mesa. Si temprano, esa noche, había habido un poco de viento del mar, ya debía haber amainado, porque la llama de la vela ardía tan recta y erguida, como si estuviera en una pieza con todas las ventanas cerradas y las cortinas corridas. El oro y la plata sobre la mesa brillaban con su luz.

Lucía vio que había algo a lo largo de la mesa, que antes no le llamó la atención. Se trataba de un cuchillo de piedra, filudo como el acero; algo de aspecto cruel y antiguo.

Ninguno había pronunciado palabra aún; entonces, primero Rípichip y luego Caspian, todos se pusieron de pie, porque presentían que estaban frente a una gran dama.

—Viajeros que han venido desde tan lejos a la Mesa de Aslan —dijo la niña—. ¿Por qué no comen ni beben nada?

—Señora —dijo Caspian—. No nos atrevimos a probar la comida, pues pensamos que esto fue lo que sumió a nuestros amigos en un sueño encantado.

—Ellos nunca la probaron —respondió la muchacha.

—Por favor —dijo Lucía—. ¿Qué les ocurrió?

—Hace siete años —empezó la muchacha—, llegaron hasta aquí en un barco, cuyas velas eran harapos y la madera amenazaba con caerse a pedazos. Con ellos había unos cuantos marineros. Al llegar a esta mesa, uno dijo:

"—Aquí hay un buen lugar. ¿Por qué no recogemos las velas, las aseguramos y no volvemos a remar, sino que nos sentamos a pasar el resto de nuestra vida en paz?

"Y el segundo dijo:

"—No, embarquémonos nuevamente y naveguemos hacia Narnia y el oeste. Puede ser que Miraz haya muerto.

"Pero luego el tercero, que era muy dominante, se paró de un salto y dijo:

"—¡No, por el cielo! Somos hombres y telmarinos, no bestias, ¿qué nos queda por hacer si no es buscar una aventura tras otra? En todo caso, no creo que vivamos mucho tiempo más. Usemos lo que nos queda de vida para buscar el mundo despoblado que está más allá de donde sale el sol.

"Y mientras discutían, cogió el Cuchillo de Piedra que está allí sobre la mesa, dispuesto a luchar contra sus amigos. Pero esto es algo que él no podía tocar. Y cuando sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura, sobre los tres cayó un profundo sueño. Y, mientras no se rompa el encantamiento, no volverán a despertar.

—¿Qué es ese cuchillo de piedra? —preguntó Eustaquio.

—¿Ninguno lo conoce? —inquirió la niña.

— Yo..., yo creo —dijo Lucía— haber visto algo semejante antes. Fue un cuchillo como ése el que La Bruja Blanca usó hace mucho tiempo para matar a Aslan en la Mesa

de Piedra.

—Es el mismo —dijo la muchacha—, y fue traído aquí para ser honrado hasta el fin del mundo.

Edmundo, que parecía sentirse cada vez más incómodo durante los últimos minutos, habló por fin.

—Mira —dijo—, no soy un cobarde por no haber probado esta comida, y no pretendo ser grosero. Pero hemos tenido muchas aventuras extrañas en este viaje, y las cosas no siempre son lo que parecen. Al mirar tu cara, no puedo dejar de creer todo lo que dices; pero también es lo mismo que me pasaría con una bruja. ¿Cómo podemos saber que eres nuestra amiga?

—No pueden saberlo —dijo ella—. Simplemente tienen que creer o no.

Después de una pausa se oyó la vocecita de Rípichip.

—Señor —dijo a Caspian—, te ruego tener la amabilidad de llenar mi copa con vino de aquel jarro: es demasiado grande para que yo pueda levantarlo. Quiero brindar por la dama.

Caspian obedeció, y el Ratón, parado sobre la mesa y sosteniendo una copa de oro entre sus diminutas patas, dijo:

—Señora, brindo por ti.

Luego se puso a comer pavo real frío y, un segundo después, todos siguieron su ejemplo. Estaban muy hambrientos, y aunque la comida no era precisamente lo que a uno le gusta comer muy temprano al desayuno, era perfecta para una cena tardía.

—¿Por qué se llama Mesa de Aslan? —preguntó Lucía.

—Porque fue puesta aquí por mandato suyo —dijo la muchacha—, para aquellos que vienen de muy lejos. Algunos llaman a esta isla El Fin del Mundo, porque aunque se puede navegar más allá, es el principio del fin.

—Pero ¿cómo logran que la comida se mantenga fresca? preguntó Eustaquio, el práctico.

—Se come y se renueva cada día —dijo la niña—, ya lo verán.

—Y ¿qué haremos con los durmientes? —preguntó Caspian—. En el mundo de donde vienen mis amigos—aquí señaló a Eustaquio y a los Pevensie—, cuentan la historia de un príncipe o un rey que llega a un castillo donde todos duermen un sueño encantado. En esa historia él no pudo deshacer el encantamiento, hasta que besó a la princesa.

—Pero aquí —dijo la muchacha— es diferente. Aquí él no puede besar a la princesa mientras no haya deshecho el hechizo.

—Entonces —dijo Caspian—, en nombre de Aslan, dime cómo debo empezar ese trabajo de inmediato.

—Mi padre te enseñará —dijo la niña.

—¿Tu padre? —exclamaron todos—. ¿Quién es él? ¿Dónde está?

—Miren —dijo la niña dando media vuelta y señalando la puerta que estaba en la ladera del cerro.

Ahora pudieron verla mejor, ya que, mientras conversaban, las estrellas se habían comenzado a debilitar y en lo gris del cielo aparecieron inmensos claros de luz blanca.



## XIV EL PRINCIPIO DEL FIN DEL MUNDO

Lentamente se volvió a abrir la puerta y salió otra figura tan erguida y alta como la niña, pero menos esbelta. No traía ninguna luz, pero la luz parecía brotar de ella. A medida que se acercaba, Lucía se dio cuenta de que se trataba de un hombre anciano. Su barba plateada caía hasta sus pies descalzos por delante, y, por su espalda, el pelo de plata colgaba hasta los talones; y su ropaje parecía estar hecho con la lana de una oveja de plata. Su aspecto era tan bondadoso y serio, que, una vez más, los viajeros se pusieron de pie y permanecieron en silencio.

Pero el anciano avanzó sin dirigirles la palabra y se detuvo al otro extremo de la mesa, frente a su hija. Luego los dos alzaron los brazos hacia adelante y se dieron vuelta para mirar en dirección al este. En esa posición empezaron a cantar. Me gustaría escribir la letra de la canción, pero ninguno de los allí presentes pudo recordarla. Más tarde Lucía dijo que el tono era muy alto, casi estridente, pero que era una canción muy bonita, "una canción de frío, una canción de muy temprano en la mañana". Y mientras ellos cantaban, se levantaron las grises nubes del cielo oriental y los manchones de luz blanca se hicieron cada vez más grandes, hasta que todo fue blanco y el mar comenzó a brillar como si fuera de plata. Mucho después (pero ellos dos no dejaban de cantar), el oriente empezó a ponerse rojo y, por fin, ya sin ninguna nube, el sol salió por el mar y su rayo poderoso cayó a lo largo de la mesa, sobre los objetos de oro y plata y sobre el Cuchillo de Piedra.

Los narnianos se habían preguntado un par de veces antes si en estos mares el sol se vería más grande al salir de lo que se veía en casa. Esta vez estuvieron seguros. No se habían equivocado. Y el resplandor de su rayo en el rocío y sobre la mesa, era lejos el resplandor matinal más intenso que jamás habían visto. Y, como dijo más tarde Edmundo, "aunque en este viaje sucedieron muchísimas cosas que *suenan* más emocionantes, ese fue el momento más emocionante". Porque ahora se dieron cuenta de que en realidad habían llegado al principio del fin del mundo.

Luego algo pareció volar hacia ellos desde el centro mismo del sol naciente; pero, como es de suponer, uno no podía mirar fijo en esa dirección para asegurarse. De pronto el aire se llenó de voces, voces que empezaban a entonar la misma canción que cantaban la Dama y su padre, pero con tonos mucho más violentos y en un lenguaje que ninguno conocía. Poco después fue posible ver a los dueños de estas voces. Se trataba de pájaros grandes y blancos, y venían por cientos y miles, y se posaban en todas partes: sobre el pasto y el pavimento, en la mesa, en tus hombros, en tus manos y en tu cabeza, hasta que parecía como si hubiese caído mucha nieve. Al igual que la nieve, no sólo dejaron todo blanco, sino también empañaron y desdibujaron todas las formas. Pero Lucía, mirando por entre las alas de las aves que volaban sobre ella, vio que una iba hacia el anciano llevando en su pico algo semejante a una pequeña fruta, a menos que fuera una pequeña brasa, que bien podría ser, pues era demasiado brillante para mirarla. Y el pájaro la depositó en la boca del anciano.

Después los pájaros dejaron de cantar y parecieron afanarse sobre la mesa. Cuando se levantaron otra vez, todo lo que había en la mesa que se podía comer o beber había desaparecido. Aquellos millares de pájaros terminaron su comida y se llevaron todo lo que no podía comerse o beberse, tales como huesos, cáscaras y conchas, y volaron de regreso al sol naciente. Pero ahora, debido a que ya no cantaban, el aleteo de sus alas parecía hacer temblar el aire.



Y allí estaba la mesa, limpia a picotazos y vacía, y los tres viejos caballeros de Narnia profundamente dormidos.

Luego el Anciano se volvió a los viajeros y les dio la bienvenida.

—Señor —dijo Caspian—, ¿puedes decirnos cómo deshacer el encantamiento que tiene a estos tres lores narnianos dormidos?

—Te lo diré con mucho gusto, hijo mío —respondió el Anciano—. Para romper este hechizo tienes que navegar hasta el Fin del Mundo, o lo más cerca que puedas llegar, y volver habiendo dejado al menos a uno de tus compañeros atrás.

—Y ¿qué le ocurrirá a ése? —preguntó Rípichip.

—Deberá seguir hasta el extremo de oriente y no volver nunca más al mundo.

—Ese es mi mayor anhelo —dijo Rípichip.

—¿Y estamos cerca del Fin del Mundo ahora?, señor —preguntó Caspian—. ¿Tienes algún conocimiento de mares o tierras que estén más al este de esta isla?

—Yo las vi hace mucho tiempo —dijo el Anciano—, pero fue desde una gran altura. No puedo decirles nada de lo que un marino necesita saber.

—¿Quieres decir que estabas volando por los aires? —dejó escapar Eustaquio.

—Estaba aun mucho más alto que el aire, hijo mío —respondió el Anciano—. Yo soy Ramandú. Pero veo que se miran unos a otros y que nunca antes han oído este nombre. No es de extrañarse, pues los días en que fui una estrella habían pasado ya mucho antes de que cualquiera de ustedes conociera este mundo, y todas las constelaciones han cambiado.

—¡Dios mío! —exclamó Edmundo—, ¡Pero si es una estrella *en retiro!*

—¿Ya no eres más una estrella? —preguntó Lucía.

—Soy una estrella en reposo, hija mía —contestó Ramandú—. Cuando salí por última vez, más decrépito y viejo de lo que se pueden imaginar, fui traído a esta isla. Ahora no soy tan viejo como entonces. Cada mañana un pájaro me trae un grano de fuego de los valles del Sol, y cada grano de fuego me quita un poco de mis años. Y cuando llegue a ser tan pequeño como un niño nacido ayer, entonces saldré nuevamente, porque estamos en el extremo oriental de la tierra, y todo volverá a comenzar.

—En nuestro mundo —dijo Eustaquio—, una estrella es una inmensa bola de gas incandescente.

—Incluso en tu mundo, hijo mío, las estrellas no son eso, sino que de eso están hechas. Creo que en este mundo ya han conocido otra estrella, pues imagino que han estado con Coriakin.

—¿También es una estrella en retiro? —preguntó Lucía.

—Bueno, no exactamente —dijo Ramandú—, ya que no fue precisamente como un descanso que lo destinaron a gobernar a los Zonzos. Más bien pueden llamarlo un castigo. Si todo hubiese marchado bien, él debería haber brillado por miles de años más en el cielo invernal del sur.

—¿Qué fue lo que hizo, señor? —preguntó Caspian.

—Hijo mío —dijo Ramandú—. Un hijo de Adán, como tú, no puede saber las faltas que puede cometer una estrella. Pero vengan, estamos perdiendo el tiempo con esta conversación. ¿Están ya resueltos? ¿Navegarán más al este y volverán, dejando atrás a uno que no volverá jamás, para, de este modo, romper el encantamiento? ¿O navegarán hacia el oeste?

—Pero, señor —dijo Rípichip—, ¿hay alguna duda al respecto? Claramente es parte de nuestra búsqueda rescatar a estos tres lores de su encantamiento.

—Yo pienso lo mismo, Rípichip —replicó Caspian—, y aunque así no fuera, me rompería el corazón el no llegar lo más cerca del Fin del Mundo que nos pueda llevar *El*

*Explorador del Amanecer*. Pero estoy pensando en la tripulación. Ellos se enrolaron para buscar a los siete lores, no para llegar al extremo de la tierra. Si navegamos hacia el este desde aquí, es para llegar al borde, al extremo oriental, y nadie sabe cuan lejos está. Son tipos valientes, pero veo señales de que algunos están cansados de este viaje y anhelan que pongamos proa a Narnia nuevamente. Pienso que no debería llevarlos más lejos sin su conocimiento y consentimiento. Y también está el pobre lord Rup; es un hombre deshecho.

—Hijo mío —dijo la estrella—. No serviría de nada, aunque así lo quisieras, navegar hacia el Fin del Mundo con hombres que no quieren ir o que irían engañados. No es así como se logran los grandes desencantamientos. Deben saber a dónde van y por qué. Pero, ¿quién es ese hombre deshecho del que hablas?

Caspian le contó entonces la historia de lord Rup.

—Yo le puedo proporcionar lo que más necesita —dijo Ramandú—. En esta isla se puede dormir sin límite ni medida, y dormir sin que se escuche ni la más leve pisada de un sueño. Dejen que se siente al lado de los otros tres y que beba olvido, hasta que ustedes regresen.

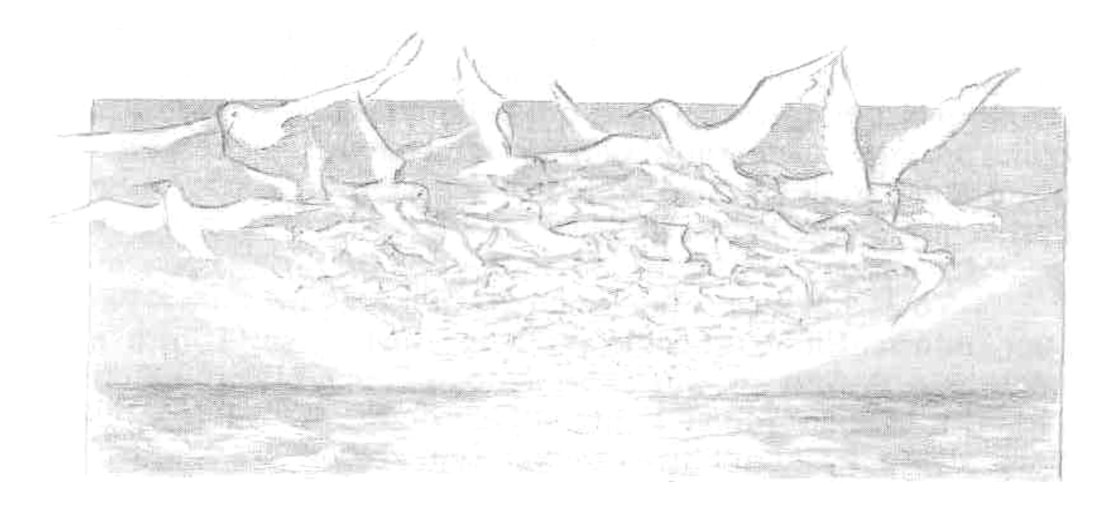
—¡Oh! ¡Hagámoslo, Caspian! —dijo Lucía—. Estoy segura de que eso es precisamente lo que él querría.

En ese minuto fueron interrumpidos por el sonido de muchos pasos y voces; eran Drinian y el resto de la tripulación que se acercaban. Se detuvieron sorprendidos al ver a Ramandú y a su hija y, luego, como era evidente que se trataba de grandes personajes, todos se descubrieron la cabeza. Algunos marineros miraron con ojos llenos de pesar las fuentes y botellas vacías sobre la mesa..

—Mi Lord —dijo el Rey a Drinian—, por favor, envía a dos hombres de vuelta al *Explorador del Amanecer*, con un mensaje para lord Rup. Dile que los últimos de sus antiguos compañeros de barco se encuentran durmiendo aquí, durmiendo sin sueños, y que él puede hacer lo mismo.

Cuando se cumplió la orden, Caspian dijo a los demás que se sentaran y les expuso la situación. Al terminar se produjo un largo silencio y algunos murmullos, hasta que de pronto se puso de pie el capitán Bowman y dijo:

—Lo que algunos de nosotros deseamos preguntar desde hace algún tiempo, su Majestad, es cómo haremos para llegar a casa cuando decidamos volver, ya sea que demos la vuelta aquí o en otro lugar. Todo el camino hemos tenido vientos oeste y noroeste, salvo una calma ocasional, y si esto no cambia, me gustaría saber qué esperanzas tenemos de volver a ver Narnia. No hay muchas posibilidades de que las provisiones duren si *remamos* todo el camino de vuelta.



—Así hablan los hombres de tierra —dijo Drinian—. En estos mares siempre hay un viento oeste predominante hasta fines del verano, y siempre cambia al comenzar el nuevo año. Tendremos suficiente viento para navegar rumbo al oeste; más de lo que quisiéramos, según dicen.

—Eso es verdad, capitán —dijo un viejo marinero, que era galmiano de nacimiento—. En enero y febrero se tiene un tiempo horrible proveniente del este. Y con su permiso, señor, si yo estuviese al mando de este barco, propondría pasar el invierno aquí y emprender el viaje de regreso a casa en marzo.

—¿Qué comerías mientras invernamos aquí? —preguntó Eustaquio.

—Cada día al ponerse el sol —dijo Ramandú—, esta mesa se llenará con un banquete digno de un rey.

—¡Así se habla! —exclamaron varios marineros.

—Sus Majestades, caballeros y damas —dijo Rynelf—. Sólo hay una cosa que quiero decirles. A ninguno de nosotros se le obligó a venir en este viaje. Somos voluntarios. Y hay algunos aquí que están mirando insistentemente esa mesa pensando en el banquete real, y que el día que zarpamos de Cair Paravel hablaban a grandes voces de las aventuras que tendrían, y juraban que no volverían a casa mientras no encontraran el Fin del Mundo. Y en el muelle quedaron algunos que habrían dado todo lo que tenían con tal de venir con nosotros. En ese entonces, se pensaba que era preferible tener el camarote de un grumete a bordo del *Explorador del Amanecer,* a usar un cinturón de caballero. No sé si comprenden mis palabras, pero lo que quiero decir es que tipos que emprenden un viaje como el nuestro, serían tan tontos como..., como aquellos Zonzópodos, si volvemos a casa y decimos que llegamos al principio del Fin del Mundo y no tuvimos el valor de ir más lejos.

Ante estas palabras algunos marineros aplaudieron, en tanto que otros dijeron que les daba lo mismo.

—No va a ser divertido —susurró Edmundo a Caspian—. ¿Qué hacemos si la mitad de nuestros compañeros echa pie atrás?

—Espera —contestó Caspian en un susurro—. Aún tengo una carta que jugar.

—¿No vas a decir nada, Rip? —preguntó Lucía.

—No. ¿Por qué espera su Majestad que lo haga? —repuso Rípichip en una voz que la mayoría pudo oír—. Ya hice mis propios planes. Navegaré a bordo del *Explorador del Amanecer,* mientras sea posible. Cuando él me falle, remaré hacia el este en mi barquilla. Cuando se hunda, nadaré siempre al este con mis cuatro patas, y cuando ya no pueda seguir nadando, si aún no he llegado al país de Aslan, o me he precipitado por el borde del mundo en una inmensa catarata, me hundiré con la nariz hacia la salida del sol y Rípichip quedará a la cabeza de los ratones de Narnia que hablan.

—¡Bravo, bravo! —gritó un marinero—. Yo digo lo mismo, salvo la parte sobre la barquilla, pues no cabría en ella —y añadió en voz más baja—: No me las ganará un ratón.

Al oír esto, Caspian se puso en pie de un salto.

—Amigos —dijo—, creo que no han comprendido bien cuáles son nuestras intenciones. Hablan como si hubiésemos venido a ustedes con nuestro sombrero en la mano, mendigando una tripulación. Bien..., sepan que no es así. Nosotros, junto con nuestros reales hermanos y su pariente y el Señor Rípichip, el buen caballero, y lord Drinian, tenemos una misión en el Fin del Mundo. Tendremos el placer de escoger de entre aquellos de ustedes que estén dispuestos, a los que consideremos dignos de tan grande empresa. No hemos dicho que puedan venir sólo porque lo pidan. Es por eso que pediré a lord Drinian y al capitán Rins que examinen cuidadosamente entre ustedes

cuáles son los más rudos en la batalla, los marinos más expertos, los de sangre más pura, los más leales a nuestra persona y los de vida y costumbres más limpias; y que me den una lista con sus nombres.

Hizo una pausa y luego continuó con voz más viva:

—¡Por la Melena de Aslan! —exclamó—. ¿Creen que el privilegio de ver las últimas cosas se compra por nada? Porque todos los que vengan con nosotros legarán a sus descendientes el título de Explorador del Amanecer y cuando desembarquemos en Cair Paravel a nuestro regreso, será dueño de oro o tierra suficiente para ser rico el resto de su vida. Ahora, dispérsense y váyanse por la isla, todos ustedes. En media hora más recibiré los nombres que me va a dar lord Drinian.

Hubo un silencio avergonzado y, luego de hacer sus saludos, la tripulación se marchó, unos por acá y otros por allá, pero la mayoría se fue en pequeños grupos, conversando.

—Y ahora, a buscar a Lord Rup —dijo Caspian.

Pero al volver a la cabecera de la mesa, se encontró con que Rup ya estaba allí. Había llegado, silencioso e inadvertido, en medio de la discusión, y ahora estaba sentado al lado de lord Argoz. La hija de Ramandú se encontraba junto a él, como si acabara de ayudarlo a sentarse; Ramandú, que estaba a sus espaldas, puso ambas manos sobre la cabeza gris de Rup. Aún a plena luz del día, un débil rayo de luz plateada salió de las manos de la estrella. En el rostro demacrado de Lord Rup había una sonrisa. Extendió una mano a Lucía y la otra a Caspian. Por un momento pareció como si fuese a decir algo. Luego su sonrisa se iluminó como si estuviera sintiendo una sensación deliciosa; sus labios exhalaron un largo suspiro de agrado, su cabeza cayó hacia adelante y se durmió.

—Pobrecito Rup —dijo Lucía—. Pero me alegro. Debe haber pasado momentos horribles.

—Ni pensemos siquiera —dijo Eustaquio.

Mientras tanto, el discurso de Caspian, ayudado tal vez por un poco de la magia de la isla, estaba produciendo el efecto deseado. Un buen número de los que parecían ansiosos de *dejar* el viaje, pensaban ahora distinto frente a la idea de que los *dejaran* fuera. Y, como es de esperar, cada vez que un marinero anunciaba que había decidido pedir permiso para navegar, los que aún no lo habían dicho advertían que iban siendo menos, y comenzaban a sentirse incómodos. De modo que poco antes de que se cumpliera la media hora, ya muchos estaban abiertamente "haciendo la pata" a Drinian y a Rins (al menos, así se decía en mi colegio) para obtener un buen informe. Pronto había sólo tres que no querían ir, y esos tres trataban por todos los medios de persuadir a otros para que se quedaran con ellos. Y muy poco después, quedó sólo uno, que al final empezó a sentir miedo de que lo dejaran solo atrás, y cambió de parecer.

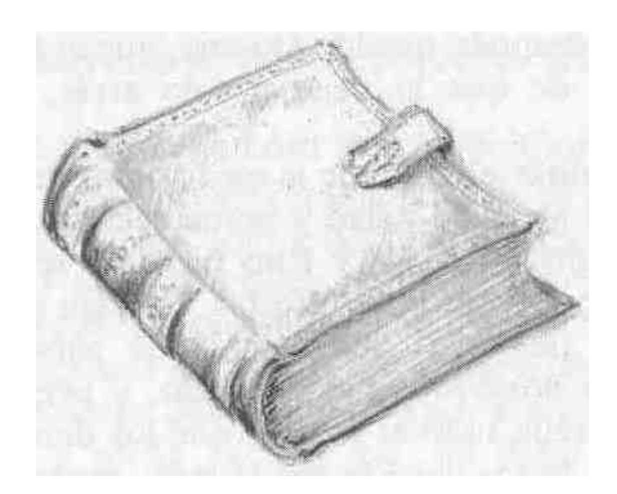
Al cumplirse el plazo de la media hora, todos volvieron en tropel a la Mesa de Aslan y permanecieron de pie en un extremo, mientras Drinian y Rins fueron a sentarse junto a Caspian y le presentaron su informe. Caspian aceptó a todos los hombres, menos al que cambió de parecer al último momento. Su nombre era Pocosueldo, y permaneció en la Isla de la Estrella todo el tiempo que los demás estuvieron navegando en busca del Fin del Mundo, deseando ardientemente haber ido con ellos. No era del tipo de hombre que podría entretenerse conversando con Ramandú y su hija (ni tampoco ellos con él). Además llovió mucho, y a pesar de que todas las noches había un gran banquete en la Mesa, no lo disfrutaba demasiado. Decía que le ponía la carne de gallina sentarse allí solo (tanto si llovía, como si no) con esos cuatro lores dormidos en un extremo de la mesa. Y cuando los otros volvieron, se sintió tan ajeno a todo, que desertó en el viaje de regreso a casa, se quedó en las Islas Desiertas y se fue a vivir a Calormania. Allí

contaba fantásticas historias sobre sus aventuras en su viaje al Fin del Mundo, hasta que él mismo llegó a creerlas. Así que, en cierto sentido, se puede decir que vivió feliz el resto de sus días. Pero jamás pudo soportar a los ratones.

Aquella noche todos comieron y bebieron en la gran Mesa entre los pilares, donde, por arte de magia, se renovaba el banquete. Y a la mañana siguiente el *Explorador del Amanecer izó* velas nuevamente, justo cuando los grandes pájaros habían llegado y vuelto a partir.

—Señora —dijo Caspian—, espero volver a hablar contigo cuando haya roto el encantamiento.

Y la hija de Ramandú lo miró y sonrió.



# XV LAS MARAVILLAS DEL ULTIMO MAR

Muy poco después de abandonar las tierras de Ramandú empezaron a sentir que ya navegaban más allá del mundo. Todo era diferente. Por una parte, se daban cuenta de que cada vez tenían menos necesidad de dormir. No tenían ganas de irse a acostar, ni de comer demasiado, ni siquiera de hablar, a menos que fuera en voz baja; y, por otra parte, estaba la luz. Había demasiada luminosidad. Al salir cada mañana, el sol se veía dos, si no tres veces su tamaño habitual. Y cada mañana (lo que impresionaba a Lucía) las inmensas aves blancas, cantando su canto con voces humanas en un lenguaje que nadie conocía, revoloteaban en el cielo y luego desaparecían a popa, camino a desayunar en la Mesa de Aslan. Poco después, volvían y se perdían en el oriente.

"Qué preciosamente clara es el agua", se dijo Lucía, inclinándose por la baranda a babor al comienzo de la tarde del segundo día.

Y así era. Lo primero que vio fue un pequeño objeto negro, del tamaño de un zapato, que iba a igual velocidad que el barco. Por un instante pensó que se trataba de algo que flotaba en la superficie, pero de pronto pasó flotando un pedacito de pan añejo que el cocinero acababa de botar desde la cocina. Y parecía que el pedazo de pan fuera a estrellarse contra el objeto negro, pero no lo hizo. Pasó sobre él y Lucía se dio cuenta, entonces, de que el objeto negro no podía estar en la superficie. Luego el objeto negro se hizo de repente mucho más grande, pero, un instante después, recuperó rápidamente su tamaño original.

De inmediato Lucía recordó haber visto ocurrir algo semejante en otro lugar...; si sólo pudiese recordar dónde. Se tomó la cabeza con las manos, arrugó la cara y sacó la lengua, en el esfuerzo por recordar. Finalmente lo logró. ¡Por supuesto! Era similar a lo que se ve desde un tren en un radiante día de sol. Ver la sombra de tu propio carro corriendo por los campos al mismo ritmo del tren, hasta que, de pronto, viene una zanja; de inmediato la misma sombra se mueve a tu lado y se hace más grande, mientras corre por el pasto a la orilla de la zanja. Luego sales de la zanja y, ¡ya está!, otra vez la sombra negra recobra su tamaño normal y continúa corriendo por los campos.

—¡Es nuestra propia sombra, la sombra del *Explorador del Amanecer!* —exclamó Lucía—. Nuestra sombra, que va corriendo por el fondo del mar. La vez que creció fue porque subió por un cerro. Pero, en ese caso, el agua debería estar más clara de lo que pensaba. ¡Madre mía! Debo estar viendo el fondo del mar a brazas y brazas de profundidad.

Tan pronto como dijo esto, comprendió que la gran extensión plateada que había estado viendo (sin darse cuenta) durante algunos momentos era, en realidad, la arena del fondo del mar, y que todos esos trozos más oscuros o más brillantes no eran sombras y luces en la superficie, sino cosas reales en el fondo. En ese momento, por ejemplo, estaban pasando sobre una gran masa de suave verdor violáceo con una ancha franja gris pálido que la cruzaba por el medio; pero ahora que sabía que estaba en el fondo, la veía mucho mejor. Podía ver que algunas partes de la cosa oscura estaban más alto que otras, y que ondeaban lentamente.

—Tal como los árboles cuando hay viento —dijo Lucía—, y estoy segura de que eso son. Es un bosque submarino.

Pasaron por sobre él y, de pronto, a la línea gris pálido se unió otra raya gris pálido.

"Si estuviera allá abajo —pensó Lucía—, esa línea perfectamente podría ser como

un camino en el bosque, y el lugar donde se junta con la otra podría ser un cruce. ¡Ay, cómo me gustaría estar allá! ¿Qué pasa ahora? Parece que el bosque se termina. ¡Y creo que la franja era en verdad un camino! Todavía la puedo ver atravesando la arena clara. Es de un color diferente y está marcada con algo en los bordes, unas líneas de puntos. Tal vez sean piedras. Y ahora se pone más ancha".

Pero, verdaderamente, no se estaba ensanchando, sino que se estaba acercando. Lucía se dio cuenta de esto debido a la forma en que la sombra del barco se precipitaba hacia él. El camino, ahora estaba segura de que era un camino, empezó a zigzaguear. No cabían dudas de que subía un cerro empinado. Cuando Lucía ladeó la cabeza y miró hacia atrás, lo que vio era muy parecido a lo que ves cuando bajas la mirada desde la cumbre de un cerro a un camino serpenteante. Podía ver hasta los rayos de luz que caían a través del agua en el valle arbolado; y allá, muy a lo lejos, vio que todas las cosas se fundían en un sombrío verdor. Pero algunos lugares, los más soleados, pensó, eran de color azul ultramarino.

Sin embargo, Lucía no pudo perder mucho tiempo mirando hacia atrás, porque lo que aparecía al frente era sumamente impresionante. Aparentemente el camino había alcanzado la cumbre de la colina y ahora se extendía derecho hacia adelante. En él se movían pequeños puntos de un lado a otro y en ese instante algo maravilloso apareció echando destellos, afortunadamente a plena luz del sol, al menos a toda la luz posible cuando cae a varios metros de profundidad. Era algo nudoso y dentado, de un color nacarado o quizás marfileño. Lucía estaba casi justo encima y, al principio, apenas pudo distinguir de qué se trataba. Pero todo se aclaró cuando vio su sombra. La luz caía por los hombros de Lucía, de manera que la sombra de la cosa se alargaba sobre la arena tras la cosa. Por su forma**,** ella se dio cuenta claramente de que era la sombra de torres, pináculos, minaretes y cúpulas.

"¡Vaya! Pero si es una ciudad, o un castillo enorme —dijo Lucía para sus adentros—. ¿Por qué lo habrán construido en la cumbre de una montaña tan grande?"

Mucho tiempo después, cuando estaba de vuelta en Inglaterra y comentaba todas estas aventuras con Edmundo, dieron con una razón, que estoy muy seguro es la correcta. En el mar, mientras más profundo se llega, más frío y sombrío se vuelve, y es en aquellas profundidades, en el frío y la oscuridad, donde viven cosas, peligrosos monstruos, como el Calamar, la Serpiente Marina y el Kraken*. Los valles son los lugares más salvajes y hostiles. Los habitantes del mar piensan de sus valles lo que nosotros de nuestras montañas; y piensan de sus montañas, lo que nosotros de nuestros valles. Es en las alturas (o, como diríamos más bien, "en los bajos") donde hay paz y cordialidad. Los temerarios cazadores y los valientes caballeros de mar bajan a las profundidades en busca de presas y aventuras, pero vuelven a sus hogares en las montañas al descanso y tranquilidad, a sus costumbres cortesanas y reuniones de consejo, a los deportes, a los bailes y cantos.

Habían dejado atrás la ciudad, y el fondo marino seguía subiendo; ahora estaba sólo a unos treinta metros bajo el barco. El camino había desaparecido. Navegaban sobre una región semejante a un parque abierto, salpicado de pequeños bosquecillos de colorida vegetación. De pronto Lucía casi lanzó un chillido de entusiasmo: había visto Gente.

Eran entre quince y veinte, todos montados en caballos de mar, no esos caballos de mar diminutos, que a lo mejor has visto en los museos, sino caballos bastante más grandes que sus jinetes. Lucía pensó que debía ser gente noble, pues alcanzó a ver el brillo del oro en sus frentes y las banderolas de telas de color esmeralda y naranja que ondeaban detrás de sus cabezas en la corriente. Entonces...

---

* *Kraken:* monstruo marino de los mares de Noruega.

—¡Oh, malditos peces! —dijo Lucía.

Pues un cardumen completo de pequeños y planos peces, que nadaba muy cerca de la superficie, se había interpuesto entre ella y la Gente de Mar. Pero aunque le quitaron la visión, le permitieron ver lo más interesante de todo. De súbito un feroz pececillo, de una especie que ella jamás había visto, subió rápidamente desde las profundidades, mordió y capturó a uno de los peces planos y se sumergió con él en la boca. Todos los Seres del Mar estaban sentados en sus caballos y miraban atentamente lo que acababa de ocurrir. Parecían hablar y reír. Antes de que el pez cazador volviera donde ellos con su presa, otro pez, de la misma especie, salió del grupo de la Gente de Mar. Lucía estaba totalmente segura de que un Hombre de Mar muy grande que se encontraba montado en su caballo al medio del grupo, era el que lo había enviado, o soltado, como si hasta ese momento lo hubiese tenido retenido en su mano o en su muñeca.

—¡Pero por Dios! Si es una cacería, o más bien una de esas cacerías con halcones. Sí, eso es. Ellos cabalgan con esos pececillos feroces en sus muñecas, tal como, hace tanto tiempo, solíamos hacerlo nosotros con los halcones, cuando éramos reyes y reinas en Cair Paravel. Y luego los echan a volar, o mejor dicho *nadar*, hacia los otros. Como...

Se detuvo repentinamente, pues la escena estaba cambiando. La Gente de Mar había visto al *Explorador del Amanecer.* El cardumen se dispersó en diferentes direcciones y la propia Gente de Mar subía para saber qué significaba esa inmensa cosa negra que se había atravesado entre ellos y el sol. Ya estaban tan cerca de la superficie que, si se hubieran encontrado en el aire en lugar del agua**,** Lucía habría podido hablarles. Eran hombres y mujeres**,** todos con una especie de coronita y muchos usaban cadenas de perlas, pero no llevaban otra ropa. Sus cuerpos eran de color marfil viejo y sus cabellos morado oscuro. El rey, que se encontraba en el centro (nadie podía tomarlo por otra cosa que por el rey), miraba con orgullo y ferocidad a Lucía, esgrimiendo una lanza en su mano. Sus caballeros hicieron lo mismo. Los rostros de las damas estaban llenos de estupor. Lucía pensaba que, con toda seguridad, nunca antes habían visto un barco ni a un ser humano; y ¿cómo podrían verlo en los mares más allá del Fin del Mundo, donde nunca antes había llegado un barco?

—¿Qué miras con tanta atención, Lu? —preguntó una voz muy cerca de ella.

Había estado tan absorta en su contemplación, que se sobresaltó al oír la voz y, al volverse, se dio cuenta de que tenía dormido el brazo después de estar tanto rato apoyada sobre la baranda en la misma posición. Drinian y Edmundo estaban a su lado.

—Miren —les dijo.

Ambos miraron, pero, casi al instante, Drinian susurró:

—Sus Majestades, dense vuelta de inmediato; así, con la espalda hacia el mar. Y que parezca como si no estuviésemos hablando de nada importante.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Lucía mientras obedecía.

—Jamás se debe permitir a los marineros que vean *esto* —dijo Drinian—, porque algunos hombres podrían enamorarse de las mujeres de mar, o del propio país submarino y se arrojarían por la borda. Ya antes he oído de cosas como éstas que ocurren en mares extraños. Siempre es mala suerte ver a *esta* gente.

—Pero nosotros sí las conocíamos —dijo Lucía—. En los viejos tiempos, en Cair Paravel, cuando mi hermano Pedro era el gran Rey. Ellos subieron a la superficie y cantaron en nuestra coronación.

—Deben haber sido de otra especie, Lu —dijo Edmundo—. Ellos podían vivir en el aire tanto como en el agua y creo que éstos no pueden hacerlo. Por su aspecto, pienso que haría rato que habrían salido a la superficie y empezado a atacarnos si hubiesen

podido. Parecen muy feroces.
—De cualquier forma... —comenzó Drinian.
Pero en ese momento se oyeron dos ruidos: uno fue un "plaf", y el otro, una voz que gritó desde la cofa:
—¡Hombre al agua!
En seguida todos tuvieron mucho trabajo. Algunos marineros subieron a toda prisa para amarrar la vela; otros se precipitaron abajo a coger los remos; y Rins, que estaba de turno en la popa, comenzó a manejar el timón con gran fuerza, para dar vuelta y regresar al lugar donde había caído el hombre. Aunque ya todos sabían que no se trataba precisamente de un hombre, sino de Rípichip.
—¡Caramba con ese ratón! —dijo Drinian—. Da más problemas que toda la tripulación junta. Si se presenta cualquier lío, es seguro que él se meterá. Deberían ponerle grillos, pasarlo por debajo de la quilla, abandonarlo en una isla desierta, cortarle los bigotes... ¿Alguien alcanza a ver a ese sinvergüenza?
Todo esto no significaba que a Drinian le desagradara Rípichip. Al contrario, le gustaba mucho y, por lo tanto, estaba muy asustado por él, y el asustarse le ponía de pésimo humor, tal como cuando cruzas la calle frente a un auto, y tu mamá se enoja contigo muchísimo más de lo que se enojaría un desconocido. Nadie temía que Rípichip pudiera ahogarse, ya que era un excelente nadador; lo que preocupaba a los tres, que sabían lo que ocurría bajo el agua, eran aquellas lanzas largas y crueles en manos de la Gente de Mar.
Pocos minutos después el *Explorador del Amanecer* había dado vuelta y todos pudieron ver esa gota negra en el agua, que era Rípichip. Estaba parloteando con gran emoción, pero como su boca se llenaba de agua constantemente, nadie podía entender lo que decía.
—Va a revelar todo si no lo hacemos callar —gritó Drinian.
Y para evitarlo, corrió a la borda, él mismo bajó una cuerda y gritó a los marineros:
—Está bien, está bien. Vuelvan a sus puestos. Espero que podré remolcar un *ratón* sin su ayuda.
Y apenas Rípichip empezó a trepar por la cuerda, con muy poca agilidad debido a que su pelaje mojado lo hacía más pesado, Drinian se inclinó hacia él y murmuró:
—No digas nada. Ni una sola palabra. Pero cuando el Ratón subió estilando a cubierta, parecía no tener el más mínimo interés en la Gente de Mar.
—¡Dulce! —chillaba—. ¡Dulce, dulce!
—¿De qué estás hablando? —le preguntó Drinian, con rabia—. Y tampoco tienes que sacudirte encima de *mí*.
—Les digo que el agua es dulce —dijo el Ratón—. Dulce y fresca. No es salada.
Al principio nadie le dio importancia a esto. Pero, en seguida, Rípichip recitó una vez más la antigua profecía:

*"Donde las olas se hacen dulces,*
*no dudes, Rípichip,*
*allí está el extremo oriental".*

Y al oírla, todos comprendieron por fin.
—Rynelf, tráeme un balde —dijo Drinian.
Se lo pasaron, lo sumergió y luego lo subió. En el balde, el agua brillaba como si fuera un espejo.
—Tal vez su Majestad desee probarla primero —dijo Drinian a Caspian.

El rey tomó el balde en sus manos, lo llevó a sus labios y probó un sorbo; luego tomó un trago largo y levantó la cabeza. Su cara había cambiado. No sólo sus ojos, sino todo en él parecía más radiante.

—Sí —dijo—. Es dulce. Esto sí que es agua. No estoy seguro de que no me matará. Pero sería la clase de muerte que habría escogido, si hubiese sabido antes de su existencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Edmundo.

— Se..., se parece a la luz más que cualquier otra cosa —dijo Caspian.

—Eso es lo que es —dijo Rípichip—. Luz que se puede beber. Debemos estar muy cerca del Fin del Mundo ya.

Hubo un momento de silencio y luego Lucía se arrodilló en la cubierta y bebió agua del balde.

—Es lo más delicioso que jamás he probado —dijo con una especie de resuello—. Pero es bien fuerte. Ahora no tendremos necesidad de *comer* nada más.

Y uno a uno, todos bebieron agua y por largo rato permanecieron en silencio. Se sentían demasiado bien y demasiado fuertes para soportarlo; y de pronto empezaron a notar otro resultado. Como ya he dicho antes, desde que abandonaron la isla de Ramandú, les había llamado la atención tanta luz, el sol tan grande (aunque no demasiado caluroso), el mar tan brillante y el aire tan resplandeciente. Ahora la luminosidad no disminuyó, sino, por el contrario, aumentó, pero ellos podían soportarla. Podían mirar derecho hacia el sol sin pestañear y podían ver más luz de la que nunca antes habían visto. Y la cubierta, la vela y sus propias caras y sus cuerpos eran cada vez más luminosos, y hasta las cuerdas brillaban. A la mañana siguiente, cuando salió el sol, esta vez cinco o seis veces más grande de lo habitual, todos lo miraron fijamente y pudieron ver cada pluma de las aves que salían volando de él.

Durante ese día casi no se habló a bordo, hasta que, a la hora de la cena (nadie quería comer, el agua era suficiente para ellos), Drinian dijo:

—No puedo entenderlo. No hay ni una gota de viento, la vela cuelga sin vida, el mar está tan parejo como un estanque y, así y todo, nos movemos tan rápido como si hubiera un ventarrón detrás de nosotros.

—También he estado pensando en eso —dijo Caspian—. Tenemos que haber caído en una fuerte corriente.

—Hmm —dijo Edmundo—. Eso no es muy agradable, si es cierto que el mundo tiene un borde y que nos estamos acercando a él.

—¿Quieres decir —preguntó Caspian— que podríamos..., bueno, ser vaciados al otro lado?

—Sí, sí —gritó Rípichip, aplaudiendo con sus patas—. Esto es tal como siempre lo he imaginado: el mundo semejante a una gran mesa redonda y las aguas de todos los océanos vaciándose sin fin por sus bordes. El barco se ladeará hacia adelante, asomará la cabeza por un momento y, durante algunos segundos, podremos ver por encima del borde..., y entonces, abajo, más allá del fin..., abajo, el torrente, la velocidad...

—¿Y qué piensas que nos esperará en el fondo, eh? —preguntó Drinian.

—El país de Aslan, quizás —dijo el Ratón con ojos brillantes—, o tal vez no existe un fondo. Tal vez se hunda por siempre jamás. Pero sea lo que fuere, creo que nada podría valer más la pena que haber mirado más allá del Fin del Mundo, aunque sólo fuera por un momento.

—Pero oigan —dijo Eustaquio—. Todo esto es una tontería. El mundo es redondo, quiero decir redondo como una pelota, no como una mesa.

—*Nuestro* mundo lo es —asintió Edmundo—. Pero ¿lo será éste?

—¿Quieres decir —preguntó Caspian—, que ustedes tres vienen de un mundo

redondo, redondo como una pelota, y nunca me lo habían dicho? ¡Es el colmo! Porque nosotros tenemos muchos cuentos de hadas en los que hay mundos redondos, y a mí siempre me han encantado. Jamás creí que existieran en realidad, pero siempre he deseado que existieran, y he anhelado vivir en uno de ellos. ¡Oh! Daría cualquier cosa por... Quisiera saber por qué ustedes pueden entrar a nuestro mundo y nosotros nunca podemos entrar al de ustedes. ¡Si tuviera la oportunidad! Debe ser muy emocionante vivir en algo semejante a una pelota. ¿Alguno de ustedes ha estado en los lugares donde las personas caminan cabeza abajo?

Edmundo negó con la cabeza y dijo:

—No es así —y agregó—: No hay nada de emocionante en un mundo redondo cuando vives en él.



# XVI EL VERDADERO FIN DEL MUNDO

Rípichip era el único a bordo, además de Drinian y los dos niños Pevensie, que había visto a los hombres de mar. Se había zambullido inmediatamente, en cuanto vio al rey del mar blandiendo su lanza, pues tomó esto como una especie de provocación o desafío y quiso arreglar el asunto en ese momento y ahí mismo, pero la emoción de descubrir que el agua era fresca y dulce distrajo su atención y, antes de que se acordara nuevamente de la Gente de Mar, Drinian y Lucía lo sacaron del agua y le advirtieron que no comentara lo que había visto.

Tal como se dieron las cosas, casi no debieron haberse molestado, ya que, en ese momento, el *Explorador del Amanecer* se deslizaba por una parte del mar que parecía estar deshabitada. Ninguno, salvo Lucía, volvió a ver a la Gente, e incluso ella misma sólo los vislumbró. Durante toda la mañana siguiente navegaron en aguas bastante poco profundas, y el fondo estaba cubierto de algas marinas. Justo antes del almuerzo, Lucía vio un gran cardumen pastando entre las algas. Comían sin parar y se movían en la misma dirección. “Tal como un rebaño de ovejas”, pensó Lucía. De pronto vio, en medio del cardumen, a una niña marina más o menos de su edad, una niña de aspecto tranquilo y solitario, que llevaba una especie de cayado en sus manos. Lucía pensó que se trataba seguramente de una pastora o, mejor dicho, de una pez-tora y que el cardumen era en realidad un rebaño pastando. Tanto los peces como la niña estaban bastante cerca de la superficie. Y cuando la niña, deslizándose en el agua poco profunda, y Lucía, asomándose por la borda, se encontraron frente a frente, la niña alzó la vista y la fijó en los ojos de Lucía. Ninguna de las dos pudo hablar y un instante después la Niña de Mar desapareció a popa. Pero Lucía nunca olvidaría su cara. No tenía esa expresión de temor ni de furia que vio en las caras de las demás Gente de Mar. A Lucía le gustó la niña y estaba segura de que a la niña le gustó ella. De una u otra forma se habían hecho amigas en esos cortos segundos. Probablemente no habría muchas oportunidades de encontrarse nuevamente, ni en ese mundo ni en otro; pero si alguna vez lo hacían, ambas correrían con los brazos abiertos.

Después de esto, el *Explorador del Amanecer* navegó durante varios días, deslizándose suavemente hacia el este en un mar sin olas y sin viento en sus obenques ni espuma bajo la proa. Cada día y cada hora la luz se hacía más brillante, pero aún la podían mirar. Nadie comía ni dormía y ninguno lo necesitaba, sólo recogían baldes de deslumbrante agua de mar, un agua más fuerte que el vino y, no sé por qué, más líquida y mojada que el agua común, y brindaban unos con otros en silencio bebiendo largos tragos. Uno o dos de los marineros, que al iniciar el viaje eran algo viejos, cada día se volvían más jóvenes. Todo el mundo a bordo se sentía lleno de felicidad y emoción, pero no una emoción que los impulsara a hablar: mientras más avanzaban, menos hablaban, y cuando lo hacían, era sólo en susurros. La quietud de aquel último mar se estaba apoderando de ellos.

—Mi lord —dijo Caspian a Drinian un día—, ¿qué ves allá adelante?

—Señor —respondió Drinian—, veo blancura. Por todo el horizonte de norte a sur, hasta donde pueden ver mis ojos.

—Eso es lo mismo que veo yo —dijo Caspian—, y no puedo imaginarme qué será.

—De estar en latitudes más altas, su Majestad —dijo Drinian—, diría que se trata de hielo. Pero no puede ser, no en este lugar. De todas formas, creo que es preferible poner a los hombres a los remos y que tratemos de frenar un poco el barco contra la

corriente. ¡ Sea lo que fuere, no me gustaría estrellarme contra eso a esta velocidad!

Hicieron lo que decía Drinian y de ese modo siguieron avanzando cada vez más lento. La blancura no se hizo menos misteriosa a medida que se acercaban a ella. Si era tierra, debía ser una tierra sumamente extraña, ya que se veía tan suave como el agua y parecía estar exactamente al mismo nivel del mar. Cuando ya estuvieron muy cerca, Drinian dio un fuerte vuelco al timón e hizo girar el *Explorador del Amanecer* hacia el sur, de modo que quedó dando el costado a la corriente, y comenzaron a remar un poco en esa dirección, por el borde de la blancura. Mientras lo hacían, por casualidad descubrieron algo muy importante: la corriente medía cerca de ciento veinte metros de ancho, y el resto del mar estaba tranquilo como una taza de leche. Esta era una excelente noticia para la tripulación, que empezaba a pensar que un viaje de regreso a la isla de Ramandú, remando contra la corriente todo el camino, sería algo bastante poco deportivo. (Esto explicaba también por qué la pastora había desaparecido tan rápidamente a popa. No estaba en la corriente, ya que de haber estado, se habría movido al este a igual velocidad que el barco).

Pero aún nadie lograba descubrir qué era eso blanco. Entonces bajaron el bote y lo enviaron a investigar. Aquellos que permanecieron a bordo del barco pudieron ver cómo el bote se internaba entre la blancura. Luego oyeron las voces de los tripulantes del bote (se oía claramente a través del agua en calma) hablando en tono agudo y sorprendido. Después hubo una pausa mientras Rynelf sondeaba el fondo desde la proa del bote, y después, cuando el bote volvió parecía estar lleno de la cosa blanca en su interior. Todos se amontonaron en las barandas para oír las noticias.

—¡Nenúfares, su Majestad! —gritó Rynelf, parado en la proa del bote.

—¿Qué dijiste? —preguntó Caspian.

—Son lirios de agua en flor, su Majestad —dijo Rynelf—, igual que en un estanque en el jardín de su casa.

—Miren —gritó Lucía, que estaba en la popa del bote, y levantó sus brazos mojados llenos de pétalos blancos y hojas planas y tiesas.

—¿Qué profundidad tiene, Rynelf? —preguntó Drinian.

—Eso es lo curioso, Capitán —contestó Rynelf—, aún es profundo. Fácilmente, unas tres y medias brazas.

—No pueden ser nenúfares verdaderos; no lo que nosotros llamamos nenúfares —dijo Eustaquio.

Posiblemente no lo eran, pero eran muy semejantes a los lirios de agua. Y cuando, después de algunas consultas, el *Explorador del Amanecer* volvió a la corriente y comenzó a deslizarse hacia el este por el Lago de Lirios o el Mar de Plata (probaron ambos nombres, pero el que más gustó fue Mar de Plata, y así figura hoy en día en el mapa de Caspian), la parte más extraña del viaje comenzó. Muy pronto el mar abierto que dejaban atrás se transformó en una delgada línea azul en el horizonte occidental. La blancura jaspeada con tenues visos dorados se extendía alrededor del barco, menos a popa, donde, a su paso, el *Explorador del Amanecer* apartaba las flores y abría un sendero de agua que relucía como un oscuro espejo verde. Por su aspecto, este último mar era muy similar al Artico; y si los ojos de los navegantes no se hubieran ahora vuelto fuertes como los del águila, difícilmente habrían podido soportar la luz del sol en toda esa blancura, especialmente al amanecer, cuando el sol era tan inmenso. Y cada tarde esta misma blancura prolongaba más la luz del día. Parecía que los lirios no tuvieran fin. Día tras día, de estas millas y leguas de flores se desprendía un olor que a Lucía le costaba mucho describir: dulce... sí, pero en ningún caso pesado o abrumador; un aroma fresco, natural, melancólico, que parecía penetrar en el cerebro y hacerte sentir que eras capaz de subir una montaña corriendo o de luchar con un elefante. Lucía

y Caspian se decían uno al otro “creo que no podré resistir esto por mucho tiempo más y, sin embargo, no quisiera que terminara”.

Sondeaban el fondo muy a menudo, pero fue sólo unos días más tarde que el agua se notó mucho menos profunda. A partir de entonces, continuó haciéndose cada vez más baja, hasta que llegó el día en que tuvieron que remar fuera de la corriente y tantear su travesía a paso de tortuga, siempre remando. Y muy pronto se hizo evidente que el *Explorador del Amanecer* no podría seguir navegando hacia el este. De hecho, se salvaron de encallar sólo gracias a una muy inteligente maniobra.

—Bajen el bote —gritó Caspian— y luego reúnan a los hombres en la popa. Quiero decirles algo.

—¿Qué irá a hacer? —susurró Eustaquio a Edmundo—. Hay algo muy raro en su mirada.

—Creo que a lo mejor todos tenemos esa mirada —dijo Edmundo.

Se reunieron con Caspian en la popa, y pronto todos los hombres se apiñaban al pie de la escalera para oír el discurso del rey.

—Amigos —comenzó Caspian—, ya hemos cumplido el objetivo de nuestro viaje. Hemos resuelto el misterio de los siete lores y, como sir Rípichip juró nunca más volver, cuando regresen a la isla de Ramandú, sin duda encontrarán despiertos a lord Revilian, a lord Argoz y a lord Mavramorn. A ti, lord Drinian, encargo este barco y te pido que navegues de vuelta a Narnia lo más rápido que puedas, y, sobre todo, que no desembarquen en la Isla de Aguas de Muerte. Di a mi regente, el Enano Trumpkin, que dé a todos mis compañeros de barco la recompensa que les prometí. Se la tienen bien merecida. Y si yo no regreso, es mi voluntad que el Regente, y el maestro Cornelio, el tejón Cazatrufas y Lord Drinian, elijan un rey para Narnia, con el consentimiento...

—Pero, su Majestad —interrumpió Drinian—, ¿está usted abdicando?

—Yo iré con Rípichip a ver el Fin del Mundo —contestó Caspian.

Se oyó un murmullo de desaliento entre los marineros.

—Tomaremos el bote —dijo Caspian—. Ustedes no lo necesitarán en estos mares tranquilos y al llegar a la isla de Ramandú deberán construir uno. Y ahora...

—Caspian —dijo de súbito Edmundo, en tono severo—. No puedes hacer eso.

—Por supuesto que no —dijo Rípichip—. Su Majestad no puede hacer eso.

—Por cierto que no —dijo Drinian.

—¿No puedo? —preguntó Caspian con aspereza, asemejándose bastante, por un instante, a su tío Miraz.

—Le ruego me perdone, su Majestad —dijo Rynelf desde la cubierta de abajo—, pero si alguno de nosotros hiciese tal cosa, se le llamaría desertor.

—Presumes demasiado por tus años de servicio, Rynelf —repuso Caspian.

—No, Señor. El tiene razón —dijo Drinian.

—¡Por la Melena de Aslan! —exclamó Caspian—.

Pensaba que todos ustedes eran mis súbditos, no mis maestros.

—Yo no lo soy —dijo Edmundo—, y te digo que *no* puedes hacerlo.

—¿Que no puedo? ¿Otra vez? —dijo Caspian—. ¿Qué quieres decir?

—Si su Majestad lo prefiere, diremos que no *debería* —dijo Rípichip, con una profunda reverencia—. Eres el Rey de Narnia. Si no regresas, faltarás a tu palabra ante todos tus súbditos, especialmente Trumpkin. No te entretendrás en aventuras como si fueras un particular. Y si su Majestad no escucha razones, será el deber de lealtad de todos a bordo apoyarme para desarmarlo y atarlo, hasta que recupere la cordura.

—Así es —dijo Edmundo—. Como lo hicieron con Ulises cuando quiso acercarse a las sirenas.



La mano de Caspian se había apoyado en la empuñadura de su espada, cuando Lucía añadió:

—Y le prometiste a la hija de Ramandú que volverías.

Caspian se detuvo.

—Bueno, así fue —dijo.

Permaneció indeciso un momento, y luego gritó dirigiéndose a todo el barco en general:

—Está bien, ustedes ganan. La búsqueda ha terminado. Todos volvemos. Suban el bote.

—Señor —dijo Rípichip—. No *todos* volveremos. Yo, como le dije antes...

—¡Silencio! —rugió Caspian—. Ya me han dado lecciones, pero no me dejaré convencer. ¿Nadie callará a ese Ratón?

—Su Majestad prometió —continuó Rípichip— ser bueno con todos los Animales que Hablan de Narnia.

—Con los Animales que Hablan, sí —dijo Caspian—, pero no dije nada de los animales que no paran nunca de hablar.

Luego se tiró escalera abajo de pésimo humor y se encerró en su cabina dando un portazo.

Pero cuando los demás fueron a reunirse con él un poco más tarde, lo encontraron muy cambiado: estaba pálido y tenía lágrimas en los ojos.

—Es inútil —les dijo—. Podría haberme portado en forma decente, en vez de actuar con mal humor y fanfarronería. Aslan habló conmigo. No..., no quiero decir que haya estado realmente aquí. En primer lugar, no habría cabido en la cabina. Pero esa cabeza de león dorada que hay en la pared, cobró vida y me habló. Fue terrible..., sus ojos. No es que haya sido en lo más mínimo rudo conmigo..., sólo un poquito severo al principio. Pero igual fue terrible. Y me dijo..., dijo... ¡No puedo soportarlo! Dijo lo peor que podría haberme dicho. Tienes que partir Ríp... y también Edmundo, Lucía y Eustaquio; y yo debo regresar. Solo. Y de inmediato. ¿De qué sirve *todo esto?*

—Querido Caspian —dijo Lucía—. Tú sabias que tarde o temprano tendríamos que volver a nuestro mundo.

—Sí —dijo Caspian con un sollozo—, pero no *tan* temprano.

—Te sentirás mejor cuando hayas vuelto a la isla de Ramandú —afirmó Lucía.

Poco después se animó algo, pero aquella fue una despedida muy dolorosa para ambas partes, y no voy a insistir en este punto. Alrededor de las dos de la tarde, bien provisto de víveres y agua (aunque pensaban que no necesitarían ni comida, ni bebida), y con la barquilla de Rípichip a bordo, el bote dejó atrás al *Explorador del Amanecer*, y se internó en la interminable alfombra de lirios. El *Explorador del Amanecer* desplegó todas sus banderas y escudos para honrar su partida. Alto, imponente e íntimo se veía desde la posición de ellos, abajo, rodeados de lirios. Y, aun antes de perderlo de vista, vieron que daba vuelta y que los marineros comenzaban a remar lentamente rumbo al oeste. A pesar de que derramó algunas lágrimas, Lucía no estaba tan triste como era de esperar. La luz, el silencio, el aroma estremecedor del Mar de Plata y aun (de alguna manera rara) la misma soledad, eran demasiado emocionantes.

No tenían necesidad de remar, ya que la corriente los arrastraba continuamente hacia el este. Nadie durmió ni comió. Toda esa noche y el día siguiente se deslizaron hacia el este y, cuando amaneció al tercer día, con una luminosidad que ni ustedes ni yo podríamos soportar ni aunque estuviésemos con anteojos oscuros, vieron algo maravilloso frente a ellos. Parecía como si un muro se irguiera entre ellos y el cielo, un muro gris verdoso, tembloroso, reluciente. Entonces salió el sol y lo vieron asomar a

través del muro, que tomó los maravillosos colores del arco iris. Después se dieron cuenta de que el muro, en realidad, era una grande, una inmensa ola, una ola sin fin, fija en el mismo lugar, como casi siempre ves al filo de una catarata. Parecía medir cien metros de alto, y la corriente veloz los arrastraba hacia ella. Seguramente pensarás que temieron algún peligro. Pero no fue así, y no creo que nadie en su lugar temiera nada, pues en ese instante vieron algo no sólo al otro lado de la ola, sino detrás del sol. Ellos ni siquiera podrían haber visto el sol si sus ojos no se hubieran fortalecido con el agua del Ultimo Mar. Pero ahora podían mirar el sol naciente y verlo claramente, y ver cosas más allá de él. Lo que vieron (más allá del sol, al este) fue una cadena de montañas. Eran tan altas, que no sé si alcanzaban a divisar sus cumbres, o lo olvidaron. Nadie recuerda haber visto cielo en esa dirección. Y las montañas deben haber estado realmente fuera del mundo. Porque cualquier montaña que tenga un cuarto de un vigésimo de esa altura, tendría que haber tenido hielo y nieve en sus cumbres. Sin embargo, éstas eran cálidas y verdes, cubiertas de bosques y cataratas hasta las alturas. De pronto sintieron una brisa que venía del este, que revolvió la cresta de la ola formando figuras de espuma, y encrespó el agua tranquila a su alrededor. Duró sólo un segundo, pero ninguno de esos tres niños podrá olvidar jamás lo que les trajo en ese segundo. Les trajo un aroma y un sonido, un sonido musical. Edmundo y Eustaquio nunca hablaron de esto después. Lucía sólo pudo decir:

—Era de partir el corazón.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Era muy triste?

—¿Triste? ¡Oh, no! —dijo Lucía.

Ninguno en aquel bote dudó de que estaba mirando más allá del Fin del Mundo, hacia el país de Aslan.

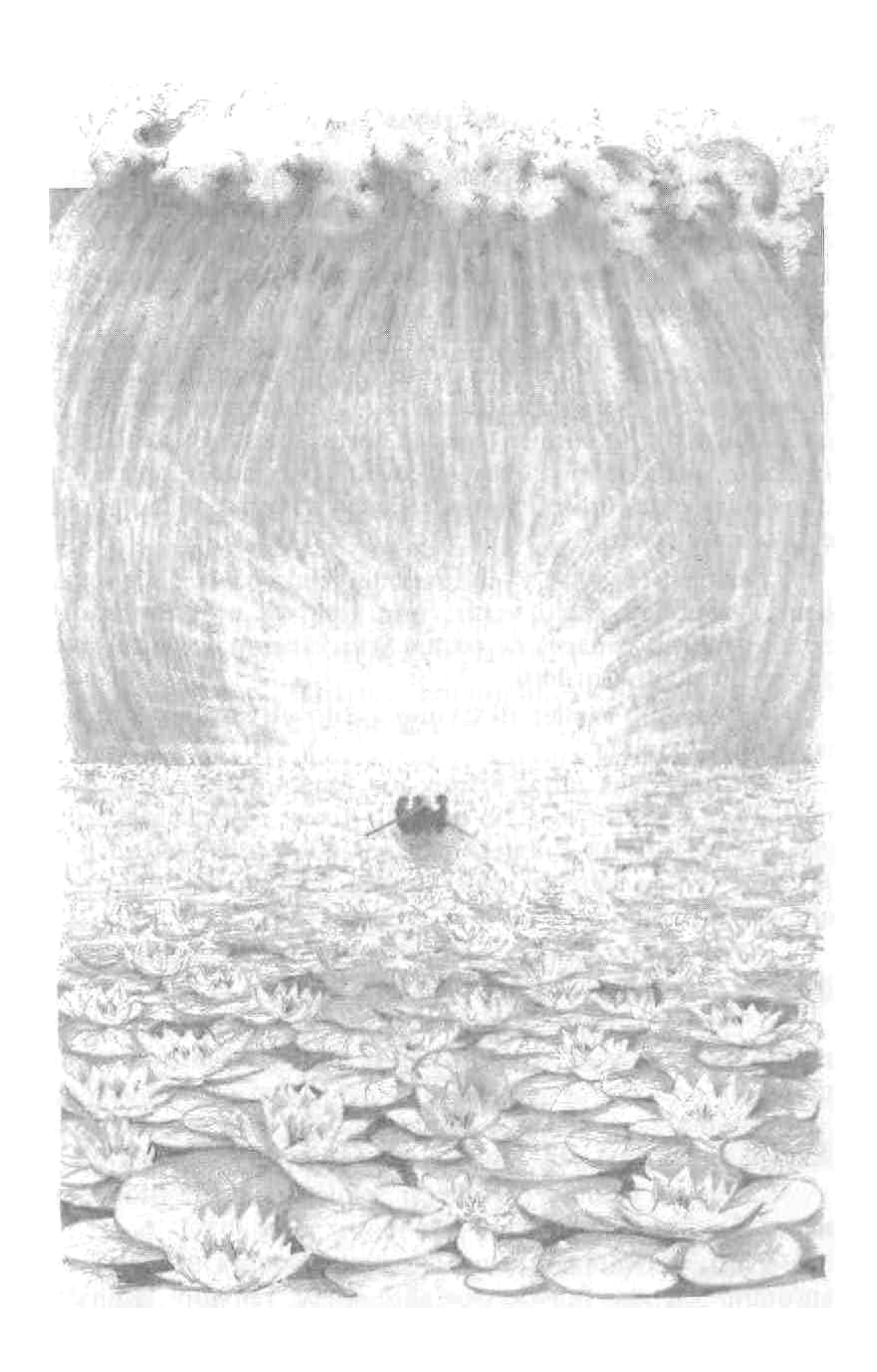
En ese momento, con un crujido, el bote encalló. El agua era demasiado baja, incluso para el bote.

—Aquí —dijo Rípichip— es donde yo sigo solo.

Ni siquiera trataron de detenerlo, ya que todo parecía estar predestinado, o haber ocurrido antes. Lo ayudaron a bajar su pequeña barquilla; él se sacó su espada (—No la volveré a necesitar —dijo) y la arrojó lejos sobre el mar de lirios y, donde cayó, quedó parada con la empuñadura por encima de la superficie. Luego dijo adiós a todos, tratando de sentir tristeza por ellos; pero la verdad es que se estremecía de felicidad. Lucía, por primera y última vez en su vida, hizo lo que siempre había deseado: lo tomó en sus brazos y lo acarició. Luego Rípichip se subió apresuradamente a su barquilla, tomó su remo, y la corriente lo envolvió y se lo llevó. Se veía muy negro en medio de los lirios. Pero no crecían lirios sobre la ola; era una cuesta suave y verde. La barquilla iba cada vez más rápido y finalmente subió por el lado de la ola en una forma maravillosa. Por una fracción de segundo vieron su silueta y la de Rípichip en la cumbre. Luego se desvaneció, y desde entonces nadie puede afirmar que haya visto verdaderamente a Rípichip, el Ratón. Pero yo creo que llegó sano y salvo al país de Aslan, y que sigue viviendo allí hasta el día de hoy.

A medida que salía el sol, se perdían de vista esas montañas de fuera del mundo. La ola permaneció allí, pero tras ella sólo se veía el cielo azul.

Los niños abandonaron el bote y empezaron a vadear, no hacia la ola, sino hacia el sur, teniendo el muro de agua a su izquierda. No podrían explicar por qué hacían eso; era su destino. Y, aunque habían sentido (y así había sido) que habían crecido mucho a bordo del *Explorador del Amanecer,* ahora sintieron justo lo contrario y se tomaron de la mano mientras avanzaban dificultosamente entre los lirios. Nunca tuvieron cansancio. El agua era tibia y cada vez se hacía menos profunda, hasta que finalmente pisaron arena seca y luego pasto, un inmenso llano de pasto muy fino y corto, casi al mismo



nivel del Mar de Plata, que se extendía en todas direcciones, sin ningún tope. Y, por supuesto, como a menudo ocurre en un lugar absolutamente plano y sin árboles, parecía que el cielo bajaba a juntarse con el pasto delante de ellos. Pero a medida que avanzaban tenían la extrañísima sensación de que aquí realmente por fin el cielo bajaba y se juntaba con la tierra, un muro azul muy brillante, pero sólido y real, y lo más parecido a un cristal que hayas visto. Pronto ya no tuvieron ninguna duda. Ahora estaba muy cerca.

Pero entre ellos y el final del cielo vieron algo tan blanco sobre el pasto verde, que aun sus ojos de águila apenas fueron capaces de mirar. Se acercaron y vieron que se trataba de un Cordero.

—Vengan a tomar desayuno —dijo el Cordero con su voz dulce y tímida.

Entonces los niños vieron una fogata en el pasto, que no habían visto antes, y un pescado que se estaba asando en ella. Se sentaron y comieron el pescado, con hambre por primera vez en muchos días. Fue la comida más deliciosa que jamás habían probado.

—Por favor, Cordero, dime si este es el camino para llegar al país de Aslan —pidió Lucía.

—No para ustedes —dijo el Cordero—. Para ustedes, la puerta para llegar al país de Aslan se encuentra en su propio mundo.

—¿Qué? —exclamó Edmundo—. ¿Hay un camino hacia la tierra de Aslan desde nuestro mundo también?

—Hay un camino para llegar a mi país desde todos los mundos —dijo el Cordero.

Pero a medida que hablaba, su blancura de nieve se encendió en un dorado tostado, y su tamaño también cambió, y fue el propio Aslan quien se alzó ante ellos, desparramando luz de su melena.

—¡Oh, Aslan! —dijo Lucía—. ¿Nos dirás cómo podemos llegar a tu país desde nuestro propio mundo?

—Siempre se los estaré diciendo —respondió Aslan—, pero no les diré cuán largo o corto será el camino; sino sólo que el camino va a través de un río. Pero no deben temer, porque yo soy el Gran Constructor del Puente. Y ahora vengan. Voy a abrir la puerta en el cielo y los enviaré a su propio mundo.

—Por favor, Aslan —rogó Lucía—. Antes de partir, dinos cuándo podremos volver de nuevo a Narnia. Y por favor, te suplico que sea pronto.

—Mi adorada niña —dijo Aslan con mucho cariño—. Tú y tu hermano nunca volverán a Narnia.

—¡Aslan! —dijeron Edmundo y Lucía al mismo tiempo y con voz desesperada.

—Niños —les dijo Aslan—, ustedes ya son demasiado grandes y ahora deben empezar a acercarse a su propio mundo.

—No se trata de Narnia, eso tú lo sabes —sollozó Lucía—. Se trata de *ti.* Allá no te veremos. Y ¿cómo podremos vivir sin verte más?

—Pero si me van a ver, mi amor —dijo Aslan.

—¿Estás..., estás allá también, Señor? —preguntó Edmundo.

—Sí —repuso Aslan—, pero allá tengo otro nombre. Ustedes deben aprender a conocerme por ese nombre. Esa fue la verdadera razón para que ustedes vinieran a Narnia: para que conociéndome un poco aquí, pudieran conocerme mejor allá.

—Y Eustaquio, ¿tampoco volverá? —preguntó Lucía.

—Hija —sonrió Aslan—, ¿en realidad necesitas saberlo? Vengan, ya estoy abriendo la puerta en el cielo.

Entonces, en un segundo, se rasgó el muro azul (como se desgarra una cortina) y una luz de una blancura sumamente intensa provino del cielo más allá. Luego sintieron

la melena de Aslan y un beso del León en sus frentes y, de pronto, estaban en el cuarto trasero de la casa de tía Alberta, en Cambridge.

Sólo quedan dos cosas por decir.

Una es que Caspian y sus hombres llegaron sanos y salvos a la isla de Ramandú. Los tres lores despertaron de su sueño. Y Caspian se casó con la hija de Ramandú, y volvieron finalmente a Narnia, y ella llegó a ser una gran reina, y fue madre y abuela de grandes reyes.

La otra es que al regresar a nuestro mundo, todos comenzaron a hablar de cómo había mejorado Eustaquio y que "jamás lo reconocerían como el niño de antes". Todo el mundo, menos tía Alberta, que decía que Eustaquio se había puesto muy aburrido y pesado y que, seguramente, esto se debía a la influencia de esos niños Pevensie.



## COMENTARIO de Ana María Larraín

¡Cuántas veces nos instalamos, en los días lejanos de una infancia absorta, frente a algún cuadro de particular belleza, imaginando qué sentían, cómo se movían o en qué pensaban aquellos minúsculos personajes representados en la tela!

Cuántas veces intentamos entonces—quizás como ahora—, oler el perfume de un paisaje sugerente, oír hasta el más insignificante de los sonidos que bailaban en nuestra cabeza o impregnarnos gota a gota de la humedad evocada por el ambiente selvático de alguna pintura.

Y cuántas veces nos vimos realmente en la cubierta de ese barco que desplegaba en el lienzo sus velas, mientras la brisa marina azotaba nuestros cabellos sobre los ojos, exhalada por la fuerza inigualable de la imaginación.

Tal vez por eso, porque pertenecen de un modo muy íntimo a nuestro pasado y a nuestro presente, estas *Crónicas* de Lewis no causan un desmedido estupor en quienes una vez —y todavía— han sido, son o siguen siendo niños. Y es que el paso de la pura contemplación a la acción directa está dado aquí por el instante fundacional en que la fantasía se enseñorea de nuestro ser. De allí a lanzarse a boca de jarro sobre el mundo no media siquiera un par de pataleos: en definitiva, el “mundo” es todo aquello que no somos nosotros, pero que en virtud de unas mágicas aunque estructuradas leyes nos permite ser, oh paradoja, mucho más nosotros mismos.

¿Quién más que Lucía, en verdad, para decirlo? Nadie más que ella se merece el advenimiento de la aventura. Y no sólo por haber sido la iniciadora (escogida entre los escogidos de siempre) de esta fascinante exploración hacia lo ignoto, sino sobre todo por su comportamiento alegre y vital, pero nunca desmesurado, tonto o indiscreto. Muy lejos de su actitud está, en todo caso, la aburrida perfección; en cambio, cercana a ella vive esa peculiar forma de sabiduría (tan femenina) que intuye inalterablemente dónde está cada cosa y para qué sirve con exactitud cuanto se sitúa en la propia órbita...

No obstante, también al insoportable Eustaquio le toca su oportunidad, por indeseada que ésta le parezca en un principio. Es como si a mayor “pesadez” personal, mayor y más profunda fuera la obligatoriedad de “vuelo”. Por lo menos ante los ojos del lector —habría que preguntárselo, en realidad, a él mismo—, a Eustaquio le está destinada la MEJOR aventura: no cualquiera puede incluir en su hoja de vida una metamorfosis como la suya. ¡No cualquiera se transforma en... dragón! Es cierto que Edmundo recibió en otro lugar su buen tironcillo de orejas, y por eso le confiesa a su primo, con humildad y bastante ternura: *“Tu sólo fuiste un burro, en cambio yo fui un traidor”*. Pero ahora es el minuto de Eustaquio o, más bien, la eternidad de Eustaquio: los demás desaparecen del juego —incluso Caspian y su cohorte de leyenda— y el centro focal de desplaza hacia el escepticismo del niño.

El que no quiere ver que no vea, el que no quiere creer que no crea... Mas, por si fueran a fallarle nuevamente los ojos —los otros, los del alma—, el narrador de toda esta historia (que no es, por si acaso, ningún inventor, sino un mero “cronista” de los hechos contados por Lucía) habla repetidamente del pozo de agua que relumbra en el paisaje idílico. ¿Dónde podría emerger con más propiedad la lenta figura del dragón, imagen totalizadora del sentido más íntimo de estas *Crónicas?*

Aire, agua, tierra y fuego: los cuatro elementos primigenios que constituyen, según los griegos, el ser, laten al unísono en la encarnación mítica del “animal”. En el aire vuela el dragón, en el agua se desplaza con soltura (?), en la tierra recorre la ruta del hombre y, en su interior, bulle como un volcán ese fuego que expele por la boca. ¡Pobrecito dragón! Todos los elementos le son “conocidos”, pero él no pertenece, en última instancia, a ninguno (NO PERTENECER es la puerta abierta para el sondeo de la

verdad. Y la verdad no es sino el autoconocimiento: Sócrates sabía, claro, lo que decía). De allí la presencia de la niebla; como ésta, ni más ni menos, pesa sobre los hombros la soledad. Las escamas han de cambiarse célula a célula; el despojo debe ser tan absoluto como la entrega. ¿Y a quién remitir el bulto? ¿A quién remitir las dudas y falsas certezas, la no pertenencia y las soledades?

Aslan. Aslan disipa la niebla (o su presencia), Aslan sostiene, abraza, abrasa, Aslan ama y mira. Aslan o la fuerza más que magnética del amor ("le tenía miedo a El"). No vale desvestirse solo: hay que abandonarse para que otro desnude. ¿Qué realidad es *tan* contundente?

Y se produce entonces el milagro regenerador del ciclo, la rueda, el círculo. Nace el dragón, muere el dragón, muere el dragón, nace el dragón. La criatura "vieja y triste" que agoniza junto al agua (el decrépito *lord)* cede paso al dragón nuevo que, como lo propone San Pablo, mata en sí al antiguo. Y resurge otro —aún queda mucho por expiar— bajo otra piel. La violencia del canibalismo se atenúa así por la fuerza ritual de la necesidad: no deben quedar restos del pasado, porque la incredulidad del pasado ya no existe. Hay que parir (con dolor) la FE.

Y hay que parir (con dolor) el sueño. El que no sueña, Eustaquio, no vive, y eso le corta el vuelo a toda aventura. ¿No ves que las profundidades de la cueva son requisito esencial para verificar el misterio del cambio? La pelea, sin embargo, no va contra los demás, aunque haya dragones viejos y tristes frente a ti: la pelea va contra uno mismo. Contra uno mismo y la estúpida codicia; contra uno mismo y la ceguera y la ignorancia.

...Y, desde luego, contra la tara fatal de la "gravedad" o la mala conciencia del propio "peso". Porque a duras penas con su cuerpo, el dragón *gravita* y no *levita.* Lo que levita es el arte y el humor de Lewis: él se ríe con cariño de Eustaquio porque se ríe, en el fondo, de sí mismo.

Tonto, tontito, Eustaquio: tu deficiencia en materia de dragones te impide el vuelo liberador de la fantasía.

"POR NO HABER LEIDO NUNCA UN BUEN LIBRO".